



Cathy Williams

La verdad de sus caricias

La mejor amante

Dane Sutheríand era rico, poderoso y muy atractivo, Lo tenía todo, pero quería más. Quería a Suzanne... y ella estaba decidida a no caer en sus brazos, ni en su cama... Sentía un gran resentimiento hacía su familia, y, además, Dane solía relacionarse con mujeres elegantes y guapas dispuestas a cualquier cosa por él. Suzanne era demasiado alta, demasiado deslenguada, muy poco sofisticada, No era en absoluto la mejor amante para él...

Capítulo 1

OTRO mal día. Otra mala semana. Suzanne, sentada al borde de la cama, se preguntaba cuándo le irían mejor las cosas. Había tocado fondo ya, así que por lógica tendría que ir saliendo dei pozo. No era posible que alguien se siguiera hundiendo eternamente.

Pero cómo se salía del pozo, era algo a lo que todavía no hallaba respuesta.

De hecho, se sentía atrapada en esa situación, y desesperanzada; el mismo sentimiento que la había acompañado en los últimos seis meses.

Levantó la cabeza y se miró en el espejo, desviando inmediatamente la vista de allí.

No le gustaba lo que veía. No le gustaba recordar que se había abandonado. Que había engordado, que su pelo largo no tenía la menor gracia, que se la veía cansada, aunque hubiese tratado de olvidar los hechos vividos recientemente y sonreír al mundo.

Extendió la mano y alcanzó su bolso. Metió la mano y sacó una chocolatina, y trató de no pensar, mordiendo el chocolate distraídamente, mientras las lágrimas pujaban por salir a la superficie.

«He descuidado mi curso de contabilidad», pensaba mientras envolvía el trozo de chocolatina que quedaba. «He venido a Londres con falsas expectativas acerca de un futuro mejor, y me he encontrado con que no era posible. Y para peor, he perdido mi trabajo». Pero también pensó que tal vez debiera buscarle algo positivo a todo eso, y entonces se encontró reflexionando que en realidad odiaba su trabajo.

Había hecho un poco de todo en su trabajo, corriendo de aquí para allá haciendo tareas aburridas y desagradables. Pero, aunque fuera un trabajo poco satisfactorio, había algo que estaba claro: era una fuente de ingresos que le había permitido pagar una casa, las facturas, y había impedido el cuadro en el que se vería próximamente, durmiendo en un banco de algún parque.

Debía hacer algo, porque esa idea era como una losa sobre su cabeza que no la dejaba reaccionar. Tenía que hacer algo.

Volvió al espejo. Hubo un tiempo, cuando ella era una mujer

atractiva, en que su cabello era suave, sus ojos azules brillaban, y su figura era alta y delgada. Y ahora en cambio su pelo necesitaba desesperadamente que alguien se ocupara de él, sus ojos habían perdido el brillo. Y su cuerpo había perdido la buena figura.

Ella seguía mirándose al espejo y diciéndose que debería ir a la peluquería, y que no debía seguir comiendo todas esas cosas que le engordaban tanto, cuando oyó que alguien golpeaba la puerta muy fuerte. Enseguida se imaginó que sería la dueña de casa para reclamarle algún pago atrasado.

«No debes ser cobarde», se dijo. Al fin y al cabo vivía en un estudio que estaba hecho un desastre, con una nevera que se obstinaba bien en congelarlo todo o bien descongelarlo en el momento más inoportuno, y además ella era más fuerte que la casera.

Pero lo cierto era que no se le ocurría qué decirle, y no podía evitar sofocarse.

A quien jamás hubiera esperado encontrar al otro lado de la puerta era a Dane Sutherland. Y en cuanto lo vio, se puso nerviosa. Alto, moreno, terriblemente guapo... Pero por nada del mundo hubiera querido verlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a la figura que ocupaba casi todo el espacio de la puerta, haciendo que la entrada al estudio pareciera más pequeña.

—Me ha costado mucho encontrarte.

Tenía la misma voz de años atrás. Profunda, aterciopelada, con un toque burlón. Con una voz así podía lograr cualquier cosa que quisiera. Una voz tan sensual, que parecía prometer algo que las palabras no decían. Ella lo había visto seducir a más de una mujer a la distancia. Y ahora se preguntaba en qué momento se había transformado de amigo de su hermano, en uno de los hombres más devastadoramente atractivos.

Se acordaba de cuando tenía catorce años y lo miraba de soslayo. Entonces se daba cuenta de que además de ser el amigo de su hermano era un hombre. El finalizar el primer año de universidad le había dado una seguridad e ironía, que suponía un toque de madurez que a su hermano le faltaba.

—Supongo que debería hacerte pasar... —dijo ella secamente, entrando a la casa, y dejando la tarea de cerrar la puerta al recién

llegado—. Me temo que sólo tengo té para ofrecerte —agregó, consciente de su falta de cortesía. Estaba decidida a no ser amable con él.

—Te acepto el té —él la siguió hasta la cocina pequeña, donde apenas cabía una persona, y que se volvía claustrofóbica con su presencia.

Ella preparó té para dos, y una vez que él fue al salón y se acomodó, regresó a servirlo, y tomó asiento en el lugar más alejado de él.

—Lamento mucho la muerte de tu padre — mur—muró él, mirándola intensamente con esos ojos grises.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. No podía dejar de pensar en la muerte de su padre. Y él se la recordaba nuevamente.

—Me hubiera gustado ir al funeral, pero estaba en Nueva York en ese momento, y no me fue posible —la miró por encima de la taza.

—No esperaba que vinieses. ¡Después de todo, él era el chófer de tu familia solamente! —dijo ella fríamente.

Sólo era el chófer que había trabajado con ellos toda su vida, y había vivido en la casa del jardinero, y había hecho todo tipo de chapuzas en la casa y el jardín. No era más que el chofér que había muerto cumpliendo con su deber.

—¿Por qué sigues trabajando con Martha? —le había preguntado a su padre una vez.

—El viejo señor Sutherland lo hubiera querido así —le había contestado.

Pero para ella no tenía sentido, porque el viejo señor Sutherland estaba muerto desde hacía tiempo. Y su segunda mujer era terrible.

Y no le había dicho nada más porque sabía cuál iba a ser la respuesta de su padre: era demasiado viejo para cambiar, y además le gustaba la casa, los terrenos, la calma y paz del campo. Y así se había quedado haciendo cualquier tipo de trabajo que se le ocurriera a la señora, desde pasear a los caniches hasta arreglar cualquier cosa que hiciera falta en la mansión, más que trabajando de chófer.

Y todo para nada. Porque Martha Sutherland ni siquiera había ido al funeral. Había estado muy ocupada preparándose para un crucero, y no podía cambiar sus planes en lo más mínimo.

Así que había enviado una corona en su lugar. Y Dane, que había conocido al padre de Suzanne desde que había nacido, también había estado muy ocupado. Después de todo, no era más que su chófer, ¿no?

Ella lo sabía muy bien. Recordaba perfectamente la conversación que había oído una vez por casualidad. Y ahora esperaba que él le preguntase a qué se estaba refiriendo con eso de que su padre era sólo un chófer. Pero no, él la miraba inquisidoramente, de un modo que casi la avergonzaba.

—Pensé que estabas trabajando con esa empresa de contables en el pueblo —dijo él.

Ella se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Lo dejé cuando murió mi padre.

Se había sentido tan triste que entonces le había parecido algo muy trivial seguir estudiando para terminar la carrera de contable, algo que había sido deseo de su padre, y de lo que se había sentido muy orgulloso, pero de lo que ella nunca había estado segura. Y luego, sin el apoyo de su padre, había empezado a sentir que realmente no era lo suyo. Ella había sido muy buena para los números, y se había dedicado a la contabilidad igual que otra gente se había dedicado al matrimonio, porque era cómodo, fácil.

—¿Por qué?

—Porque quise dejarlo. ¿Te alcanza esa explicación?

Ella había hecho planes en su momento. Pero luego se había encontrado divagando, y perdiéndose en una niebla espesa. ¿Qué había sido de su firme decisión?

—¿Y crees que él se sentiría feliz viéndote vivir de este modo? —dijo Dane, mirando la habitación cochambrosa.

—¿A qué has venido? —preguntó Suzanne.

—Quería darte personalmente mis condolencias, y debo admitir que he estado muy preocupado cuando me dijeron que te habías ido de la empresa.

—Así que decidiste incluirme en tu agenda. Muy generoso...

Vergüenza debería haber sentido por no intervenir cuando su padre se había visto obligado a trabajar para su madrastra, vergüenza por no haber sido lo suficientemente generoso para escuchar a su padre cuando éste se había empezado a sentir cansado sin motivo. Vergüenza tendría que haber sentido por no ser

lo suficientemente generoso para permitir que su padre se retirara de su trabajo y se quedara viviendo

tranquilamente en la casa del servicio; vergüenza por permitir que su madrastra decidiera que si el viejo ya no servía para nada debería irse de la casita y dejar sitio para otro...

La amenaza de no tener adónde ir había sido lo suficientemente fuerte como para mantener a su padre activo, cuando en realidad él tendría que haber descansado más de lo que lo había hecho.

—¿Te parece mejor que siga haciéndome el desentendido, Suzie, o prefieres que me meta en una discusión acalorada sin sentido?

—¡Sin sentido! ¿Cómo te atreves a sentarte aquí y decir eso? ¿He perdido al único ser querido que tenía y me dices eso? Era viejo y frágil, y tendría que haber podido disfrutar dignamente el resto de sus días en esa casita tuya, sin pensar que si dejaba de pasear perros y subirse a escaleras se iba a quedar sin techo.

Él se puso de pie y fue hacia la ventana. Se quedó allí mirando. Suzanne sabía, aunque no lo veía, que estaba enfadado, lo adivinaba por la rigidez de sus hombros.

—No me gusta lo que tú estás dando por supuesto —dijo él con suavidad, y se volvió a mirarla.

—Entonces vete, nadie te lo impide elijo ella, haciendo un gesto hacia la puerta. Estaba gritando. Y se alegró de ello, porque en los seis meses que habían pasado desde la muerte de su padre, no había podido hacerlo.

Luego dijo más calma:

—Mi padre amaba a tu padre. ¿Por quéé crees que siguió trabajando allí después de que tu padre se hubiera vuelto a casar hace tres años? ¿Por qué crees que se quedó allí después de que muriese tu padre?

—He estado fuera del país casi tres años —dijo Dane con voz controlada, si bien no escondía del todo la rabia y la impaciencia ante las acusaciones de ella.

—¿Y así es como te interesas por el lugar? ¡Cómo le habría dolido a tu padre!

Dane iba de un lado a otro. Por momentos estaba cerca de la ventana, y otros estaba muy cerca de ella.

—Ahora escúchame, mi niña —dijo él—. No he venido a discutir contigo. Ni para que me ataques por cosas de las cuales no sé nada.

—¡Durante tres años no has vuelto nunca para ver cómo marchaban las cosas, ni para asegurarte de que la gente era feliz!

—Tenía mis razones para hacerlo —le dijo él, inclinado sobre ella.

A Suzanne le molestaba sentir lo que sentía: que había algo más que rabia hacia él, algo turbador en esa cercanía.

Una vez, de adolescente había estado loca por él. Y no tenía intención de experimentar ese sentimiento.

Podía jurarle inocencia en lo que quisiera, pero debería haberse enterado de lo que ocurría en Chadwick House. Tendría que habersee enterado de las promesas que su padre había hecho a los trabajadores y que inmediatamente después de la muerte de su padre habían sido incumplidas.

El viejo Sutherland le había prometido a su padre la casa del servicio. Era un acuerdo entre caballeros, porque aunque su padre había sido su empleado, los dos habían sido camaradas, viejos amigos que com

partían el té y se lamentaban del paso del tiempo compartiendo los recuerdos de los hombres viejos.

Dane debería haber sabido que su madrastra había puesto un precio al acuerdo entre los dos hombres, hecho pocos meses antes de la muerte del viejo Sutherland.

Porque Dane era un hombre inteligente, muy inteligente, y después de todo, la casa era suya. Ella no podía creer, dijera lo que dijera, que se había distanciado tanto de su pasado.

—¿Qué diablos haces aquí, Suzie? —le preguntó él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me refiero a que eres una chica muy inteligente. Podrías haber ido a la universidad, pero elegiste estar al lado de tu padre y ser aprendiz en una compañía. Lo estabas haciendo muy bien. Entonces, ¿por qué lo tiras todo por la borda y te vienes a Londres?

—Te olvidas de que ya no tenía un techo donde resguardarme. Tu madrastra dejó bien claro que quería que dejase la casa del servicio, y cuanto antes mejor.

—¡Maldita sea, Suzie! Debiste escribirme a Nueva York —se pasó la mano por el pelo nerviosamente, un gesto impaciente, que lo acompañaba desde la adolescencia y que aparecía junto al enfado. Su hermano había intentado imitarlo, pero nunca había

logrado ese efecto magnético, y ese encanto sin esfuerzo alguno.

—Gracias —dijo ella educadamente—. Pero prefiero no acudir a la caridad. Además, no me imagino soportando la vecindad de tu madrastra. No puede haber nada peor.

Se acordó de Martha Sutherland con desagrado. Una mujer rubia, de treinta y dos años, menos de la mitad de años que el hombre con quien se había casado. Las uñas pintadas de rojo eternamente. Jamás salía de casa sin llevar toda la ropa y los accesorios haciendo juego.

—Así que dejas todo y te vienes a una habitación de mala muerte en Londres...

—No entiendes nada —le soltó ella.

—Lo entiendo mejor de lo que tú crees.

—Después de verme al cabo de años, y de estar conmigo cuarenta y cinco minutos... ¡Eres un genio para comprender a otras personas!

Ella odiaba estar diciendo esas cosas, y hubiera preferido resguardarse comiendo uno de sus chocolates...

Por primera vez desde que él había llegado se preguntaba qué pensaría él ahora que estaba frente a ella. Ahora que estaba tan cambiada. Sabía que él nunca la había encontrado atractiva. No era su tipo. Demasiado alta, demasiado morena. Y ahora que estaba con unos kilos de más, con el pelo echado hacia atrás sin una pizca de gracia, vestida con colores apagados. De algún modo había perdido el interés por encontrar cierto estilo en su arreglo personal.

Se reprimió las ganas de ir a buscar un chocolate a su bolso.

—¿Y cómo te arreglas con el dinero?

—Tengo un trabajo. He estado con trabajos temporales desde que llegué —dijo, entrelazando los dedos y frunciendo el ceño.

—¿Haciendo qué exactamente?

—Lo que sea, para pagar la renta.

—Pero nada relacionado con la contabilidad...

—Me molestan tus reproches. No tienes derecho a irte y luego volver aquí a hacerme todo tipo de críticas. Hubiera sido mejor que te ocupases de eso un año atrás. Habría sido más útil. Tal vez hasta habrías salvado la vida de mi padre. Ahora es tarde para que te decidas a hacer el bien.

Hubo un silencio espeso. Pero alguien llamó oportunamente a la

puerta, y él no tuvo que contestar.

Ella se levantó a abrir.

Era mejor no oponerse demasiado a Dane Sutherland, porque si bien era tranquilo, podía ser terrible si estaba enfadado.

Por eso cuando apareció la casera, casi fue un alivio, aunque no del todo.

—Llevo cuatro días intentando dar con usted, señorita Stanton... —dijo la mujer, con ese tono que expresaba aprehensión por sus inquilinos, aunque no hubieran hecho nada malo.

—Estoy un poco apurada este mes, señora Gentry ——contestó Suzanne, tomando al toro por los cuernos.

—Sí, así es. Más de uno estaría dispuesto a venir corriendo si tuviera la oportunidad de alquilar este estudio. No hace falta que se lo diga. Le advertí cuando vino que había mucha competencia por conseguir este sitio. Y muchos que estarían dispuestos a hacer una larga cola para conseguirlo. Es una zona...

—¡Oh! Sí, claro —dijo Dane.

Nadie había hecho callar a la señora Gentry de ese modo, como lo acababa de hacer Dane.

Se quedó de pie, cerca de ella, con las manos en los bolsillos y una sonrisa fría en los labios.

—Me gustaría conocer a alguien que tuviera estómago para elevar esta pocilga a la categoría de estudio.

La señora Gentry lo miraba, totalmente desconcertada, moviéndose nerviosamente.

—Hay mucha gente... —comenzó a decir la señora Gentry con cierta autoridad. Pero él la interrumpió abruptamente.

—Que está deseosa de meterse en este agujero simplemente porque no tiene otra opción. Y hay otros, entre los cuales me incluyo, que desearían llevarla a los tribunales por alquilar un sitio como éste.

—Por supuesto que estaría dispuesta a arreglar algunas cosas, más que dispuesta, si la señorita tiene alguna queja...

—La nevera no funciona, señora Gentry —intervino Suzanne—. Ya se lo dije hace cuatro meses, y siempre se lo estoy recordando desde entonces.

—Sí, por supuesto. Le iba a decir que la vamos a quitar y traerle otra. Tenía intención de solucionarlo desde hace tiempo, señor... —

se dirigió a Dane claramente—. Pero he estado muy ocupada en los últimos meses, con mi marido y sus problemas con el alcohol.

Era la primera vez que Suzanne oía esa historia. De hecho, estaba segura de que la señora Gentry vivía sola.

—El fin de semana le pagaré la renta —dijo Suzanne, sabiendo que luego se las tendría que ver sola con la señora Gentry cuando se fuera Dane. Era mejor no llevar las cosas a un extremo.

—Ya está atrasada —apuntó la mujer, sintiéndose ya en terreno seguro—. Haré la vista gorda. Pero a más tardar esperaré hasta el sábado a mediodía

—dio un paso atrás y sonrió malevolamente antes de agregar—: De todos modos, me temo que tendré que subirle la renta a partir del mes que viene. La inflación... ya sabe...

Le dijo entonces cuánto le iba a aumentar.

Suzanne, cuando la mujer ya se había ido en busca de otra víctima, pudo expresar su desesperación con un gruñido.

—No podré pagarle. ¿De dónde voy a sacar el dinero?

—No es mucho dinero —le dijo Dane.

¡Claro! Para él no era mucho dinero. Ella lo miró con resentimiento.

—Para ti, no. Pero para mí, sí es mucho.

—¿Por qué no pides un aumento de sueldo?

—¿Un aumento? Difícilmente. Acabo de engrosar el número de desempleados —ella se puso de pie, recogió las tazas vacías, y se dirigió a la cocina diciendo—. Tendré que arreglármelas con mis pequeños ahorros.

No era mucho lo que tenía ahorrado. Pero se sentía más segura sabiendo que contaba con ese resguardo para cualquier eventualidad. Y hoy parecía haber llegado el día de esa eventualidad. No le apetecía nada tener que tocar los ahorros. Pero no le quedaba otra alternativa.

—¿Cómo es que has perdido el trabajo? —preguntó él cuando ella regresó de la cocina.

—¿No decías que tenías que irte? Puedes considerar dadas tus condolencias personalmente... —dijo ella. Y fue a hurgar en su bolso para sacar chocolate y comerlo. No le importaba qué pensaría él.

—Contesta a mi pregunta.

—¡Oh, de acuerdo!

¡Qué fácil era todo para él!

—Tuve una discusión con el supervisor. Y no voy a defenderme diciendo que no tuve nada de culpa en ello. No me gustaba el modo en que hacía ciertas cosas. No había ningún control. Y él prefería irse al pub, en lugar de poner las cosas en orden. Se lo dije, y me despidió en ese mismo momento. Tuve que irme, ya que era una empleada temporal —ella se sonrió amargamente, recordando el episodio con Mike Slattery, el odioso supervisor con cara de rata, pequeño, muy dado a dar órdenes.

—Siempre has sido un poco deslenguada. Siempre dispuesta a decir las cosas sin pelos en la lengua. Pero eso no resuelve el problema de lo que vas a hacer ahora.

Suzanne se encogió de hombros, y miró el envol

torio del chocolate distraídamente.

—Ya me las arreglaré.

—¿Vas a seguir viviendo aquí?

—Te asombraría saber que esto es un palacio comparado con otros lugares que he conocido. Al menos el techo está sano, y hay una especie de alfombra.

Parecía su padre, diciendo esas cosas. ¿Pensaría lo mismo Dane?

Su padre se había alterado tanto cuando Martha Sutherland le había informado que la casa del servicio iba a agregarse a la casa principal... Iba a transformarse en casa de invitados.

¿Dónde había estado Dane cuando su padre lo había necesitado? ¿0 él había estado al corriente de los planes de su madrastra mientras estaba en América?

—No puedes seguir amparándote en el dolor el resto de tu vida —le dijo él mirándola.

—¡Cómo te atreves! ¡No me amparo en el dolor!

—Comprendo cómo te has podido sentir por la muerte de tu padre, pero el que tu vida se venga abajo no te lo va a devolver.

Suzanne no dijo nada. Recordaba lo comprensivos que habían sido todos en el funeral, lo amables... Incluso el señor Barnes se había solidarizado con ella cuando le había dicho que iba a dejar la empresa y que se pensaba ir a Londres.

También sus amigas la habían comprendido. Y desde entonces, ahora se daba cuenta, no había visto a ninguna de ellas. Al

principio porque ella no tenía ganas de ver a nadie, y luego porque parecía haber perdido el punto de contacto con ellas.

—La vida continúa, Suzie —le dijo él—. Debes seguir viviendo tú también.

—¡Deja de darme sermones! —se puso de pie y fue hacia la ventana—. No te he pedido que vinieses. Es mi vida, y está bien así —dijo Suzanne con los brazos en jarras.

—¡No está bien! —dijo Dane—. Has dejado tus estudios, ahora has perdido tu trabajo aquí... —los ojos de él se fijaron en ella, y Suzanne se ruborizó, porque sabía lo que le iba a decir—. ¡Y no hace falta que te diga que en otros tiempos tenías mejor aspecto que hoy!

Eso sí le dolió, y la enfureció también. Porque no podía negarlo.

Done hizo una pausa, y se quedó rumiando algo. Luego dijo:

—Vas a irté de aquí. Vas a ir a mi apartamento de Londres, donde estoy viviendo actualmente, hasta que encuentres un lugar menos insalubre que éste para vivir. Trabajarás para una de mis empresas subsidiarias en Londres, y no la dejarás por ninguna razón.

Suzanne lo miraba anonadada. Luego por fin dijo:

—¡Estás loco!

—Será mejor que hagas las maletas y te vengas conmigo. Veo que no tienes muchas cosas tuyas aquí...

—¡No voy a ir a ninguna parte contigo! ¡No voy a aceptar tu caridad!

Y con ello sabía que estaba implícito que no lo iba a hacer como lo había hecho su padre. Había muerto como un infeliz, gracias a su madrastra y a toda su familia.

—Vas a hacer lo que yo te diga —le dijo él poniéndose de pie.

—¿Por qué? ¿Por qué razón voy a hacerte caso? —Porque yo te lo digo.

—¿Y tu palabra es sagrada? —se rió sarcásticamente ella.

Él se acercó a ella y la tomó por el brazo.

—Sé que necesitas echarle las culpas a alguien por la muerte de tu padre. Y sé que yo te vengo fenomenal para ello. Pero no tengo intenciones de permitir que sigas en este sitio, y no hay más que decir. —¡No me vas a chulear!

—Alguien tendrá que hacerlo para que reacciones —dijo él con

impaciencia—. Si tu hermano estuviese aquí y no en Australia, asumiría ese papel. —¿Ese papel? ¡Pobre Suzanne, que no puede tomar las riendas de su vida! —dijo burlona.

—Exactamente.

Suzanne lo miró. Y supo que discutir no serviría de nada. Era inamovible en sus decisiones, como el Peñón de Gibraltar.

—¡No necesito que me tengas lástima! ¡Ni que nadie me tenga lástima!

—Eres una cría, Suzanne. No sabes qué es lo que necesitas. ¡Deberías agradecer a Dios que haya vuelo a tiempo para ayudarte! —dijo como respuesta él.

Capítulo 2

UN petulante y un chulo, eso era Dane.

Suzanne estaba sentada en el coche de Dane, a su lado, rumiando su resentimiento. Y él sin embargo ignoraba su incomodidad y conversaba con ella de cosas triviales, haciéndole preguntas que ella contestaba a regañadientes.

Lo peor era que ella sabía que se estaba comportando como una niña. La proposición que le había hecho iba contra sus principios, pero debía reconocer que era mejor que cualquier otra cosa: tendría un trabajo y un techo.

Además le había satisfecho decirle a la señora Gentry que se podía quedar con su estudio.

Lo miraba de reojo. Se decía que él le estaba haciendo un favor, nada más. Pero no podía dejar de sentir que ella era un pez atrapado en una red.

—¿Cuánto tiempo se quedó Tom después del funeral de tu padre? —preguntó él distraídamente.

Por lo que parecía, no tenía intención de abandonar el tema de la muerte de su padre.

Mucha gente evitaba hablar de ello. Pero él no.

—Quince días ——contestó ella, mirando por la ventanilla—. Marian no pudo venir. Está embarazada de ocho meses, y hace seis meses le dijeron que no podía viajar. Tom quería volver a su lado cuanto antes.

Recordó con resentimiento la apurada estancia de su hermano en Inglaterra. Le hubiera hecho bien tener a su hermano cerca un poco más de tiempo, a pesar de que las cosas habían cambiado un poco entre ellos. Tom ahora estaba casado, y llevaba tres años casado.

Su hermano le había enviado el billete a su padre para Australia para que fuera a su boda. Recordó la excitación previa al viaje. Cualquiera hubiese dicho que se iba a la luna.

Pero el matrimonio lo había alejado de su hermana. Todavía podían conversar fácilmente, se escribían a menudo, pero la atención de Tom ya no se centraba en su hermanita como antes. Ahora tenía una esposa, a quien ella no conocía, aunque las fotos

mostraban a una mujer agradable aparentemente, y un niño en camino.

—Me dijo que me fuera con él ——dijo ella de repente.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Me pareció el fin del mundo. Además, odio las arañas grandes —agregó para cambiar de conversación, porque temía que se avecinaba un sermón.

—Supongo que Australia tiene más cosas que arañas grandes —dijo él secamente, pero sonriendo burlón.

Y ella recordó cuando era adolescente, y él le
sonreía... Entonces ella sentía que la desarmaba y
que le robaba sus secretos.

—¿Por qué te fuiste a América? —preguntó ella. —Tuve razones para hacerlo. —¿Qué razones?

—Veo que el tacto sigue siendo una de las cosas
de las que careces.

—¿Por qué te sientes con derecho a hacer pre
guntas sobre mi vida privada y yo no puedo pregun
tar?

—Porque eres una niña, y los niños no deben hacer muchas preguntas —se rió él. Pero ella no se rió con él.

—¿Quieres decir que, puesto que estoy en deuda contigo, debo agachar la cabeza y obedecer sin preguntar nada?

—Eso es una tontería. Pero si de verdad te interesa saberlo, me fui a América para hacer fortuna.

—Pensé que tu padre te había dejado todo a ti... —y se dio cuenta de que él tenía razón: el tacto no era una de sus virtudes.

—Me dejó la finca y una herencia respetable. Pero el control de la compañía quedó en manos de Martha.

—Me sorprende que no te haya pedido que la llevases tú —dijo Suzanne, porque él había controlado la compañía durante cuatro años, antes de que su padre muriese.

—¡Oh, Martha quería muchas cosas! —dijo con frialdad, como para que ella no indagase más en el tema—. Pero uno no siempre consigue lo que quiere

en la vida, ¿no? Yo decidí hacer mi propia fortuna en América.

—Y lo lograste.

—Y lo logré —contestó él, girándose hacia ella un instante.

Habían entrado a una zona elegante de Londres. El tipo de urbanización en la que parecían estar en el campo. Había montones de árboles y casas escondidas detrás de paredes altas y setos, ordenadas a lo largo de calles sinuosas y largas.

El coche dobló en uno de los caminos, y los ojos de Suzanne se agrandaron al ver la casa a la que conducía. Era enorme. Un edificio vitoriano convertido en apartamentos.

No le extrañaba que la suma que ella pagaba a la señora Gentry por el alquiler le hubiera parecido mínima a Dane.

Había un guarda de seguridad en la planta baja, sentado en un escritorio estratégicamente situado, rodeado de plantas, y con algunos muebles formando un conjunto. Parecía el salón de una casa.

—¿Te permiten tener invitados? —preguntó mientras subían al ascensor.

—Este bloque entero me pertenece. Lo compré como inversión dos semanas antes de dejar el país.

—¿Tenías idea de volver?

—¡Oh, sí! Sabía que volvería. Lo que no sabía era cuándo.

Ella lo miró, pensando que había algo oculto en sus palabras. Pero seguramente no lo desvelaría si no quería. Eso era lo que lo hacía tan formidable.

Lo siguió al salir del ascensor, a lo largo de la alfombra blanca mullida. Tenía la sospecha de que la planta entera era su piso.

Cuatro habitaciones, dos baños, un office, un salón, una cocina, todo exquisitamente alfombrado, todo listo y a la espera de que él volviera de su viaje.

Suzanne dejó las maletas en el salón, y miró todo con la boca abierta.

—No me extraña que pensaras que el estudio era horrible.

—Ese estudio es horrible —se había quitado la chaqueta, y arremangado las mangas de su camisa blanca, dejando descubiertos sus poderosos brazos.

—Bueno, es revelador saber cómo viven otros... —dijo ella frunciendo el ceño.

—Quiero que te quede clara una cosa. Vas a vivir aquí. Tus habitaciones están separadas de las mías, y yo estaré la mayor parte del tiempo fuera de la casa. Así que probablemente no nos veamos

más que de pasada, pero en esos breves momentos, espero que no me bombardees con reproches e insultos. ¿Me has entendido?

—No hace falta que me hables como si fuera una cría.

—Entonces no te comportes como tal. Te mostraré tu habitación —le dijo acercándose a ella, y recogiendo su maleta.

Tenía razón en que iba a estar separada de él. Su habitación, que incluía un baño y otra habitación pequeña, convertida en salón donde había una televisión, estaba en el extremo opuesto del bloque.

Ella miró a su alrededor, y señalando la cama y todo aquello que parecía estar sacado de una revista de decoración, le preguntó:

—¿Cuánto quieres de renta?

—¡No seas ridícula! —contestó él impacientemente.

—Tengo que pagarte algo. No puedo vivir aquí gratis —contestó obstinada.

—No quiero tu dinero. Te conozco desde que llevabas en pañales. ¿Crees que espero que me pagues por el privilegio de tener un techo?

—No quiero más caridad de parte de tu familia

—murmuró ella, mirando sus ojos grises.

Había aprendido la lección de la experiencia de su padre: lo que se da con una mano se quita con la otra.

—No tiene sentido que mezcles el orgullo en esto, Suzie.

—Sin orgullo no somos nada. —¿Y de dónde has sacado eso?

Ella se acaloró, pensando que lo había leído en algún sitio y que le había parecido algo muy sabio. —Te pagaré lo que le pagaba a la señora Gentry le dijo ella—. Sé que no es ni la cuarta parte de lo

que vale esto, pero no puedo pagarte más. No pienses que dejaré que te tranquilices la conciencia de jándome una vivienda gratuita.

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios! ¡Compra algo para el sitio una vez al mes! ¿Con eso estará satisfecho tu orgullo?

Ella se quedó pensativa, y luego dijo asintiendo con la cabeza:

—De acuerdo.

—Y ahora... ¿Quieres algo de comer? ¿0 se te atragantará en la garganta? ¿Se estaba riendo de ella?

—¿Cocinas? Me acuerdo que una vez, cuando tenías trece años, cocinaste algo para Tom y para mí, y no había quien pudiera tragarlo...

—Muy gracioso.

¿Por qué la seguía tratando como a una niña?

—¿Qué fue lo que cocinaste? —él parecía divertirse con los recuerdos.

Ella lo siguió a la cocina. Lo miró moverse como una pantera, admiró su cuerpo delgado, que se movía silencioso y ágilmente.

—Pollo asado ——contestó—. Se me quemó.

Todo se había quemado. Había puesto el horno
muy fuerte. Lo único que se había salvado había
sido la salsa.

Recordaba perfectamente lo mal que se había sentido frente a ese muchacho moreno, devastadoramente atractivo, que acababa de terminar la universidad... Ella, que apenas tenía trece años, y las piernas largas y desgarbadas; el pelo alborotado, que esa vez se había recogido en un moño porque pensaba que la hacía mayor.

—Tu padre era un cocinero muy bueno —dijo él, sacando varias cosas de la nevera, después de hacerla sentar—. Cuando eras pequeña, solía hacer platos especiales para tu hermano y para mí. Al principio resultaban un poco raros, pero luego sabían muy bien.

Él no la miraba. Estaba ocupado abriendo latas y cortando cosas. Pero esperaba una respuesta. Ella se daba cuenta.

—Sí, era un cocinero estupendo —asintió con un nudo en la garganta.

Le costaba hablar de su padre. Extendió la mano para revolver el bolso en busca de chocolate. No es

taba acostumbrada a hablar de su padre. Desde su muerte no se había permitido expresar sus sentimientos, y ahora se sentía indefensa frente a los recuerdos.

Cuando sacó el chocolate del bolso se dio cuenta de que Dane la estaba mirando.

—Voy a hacer dieta.

El no dijo nada, lo que la puso más nerviosa aún. Fn cambio le hizo señas hacia un armario, le pidió que pusiera la mesa, y luego siguió con lo que estaba haciendo.

Suzanne se puso de pie y empezó a colocar los Flatos.

—Sé que he engordado —dijo, sintiendo el silencio de Dane como una crítica—. Es que he empezado a picar últimamente —aunque sabía que llevaba meses haciéndolo.

Y se decía siempre que iba a empezar una dieta.

I;n ese momento intentó arreglarse el pelo con MM mano, pero inmediatamente se dio cuenta de que era imposible: su pelo siempre hacía lo que quería, y 110 lo que su dueña deseaba.

—No hace falta que te justifiques —dijo él, poniendo la comida en la mesa.

Había dos recipientes, uno con spaghetti, y otro con salsa roja, que olía a ajo. Había abierto una botella de vino y estaba sirviendo dos copas. Entonces se sentó frente a ella.

—No me estoy justificando —comenzó a decir Suzanne—. Simplemente te estaba explicando... —su voz comenzó a desvanecerse mientras se servía la pasta con salsa—. Lo que ocurre es que me gusto tal cual estoy.

¿Por qué insistía él en ponerla a la defensiva? ¿Por qué no la había dejado que se las arreglara sola? ¿Por qué tenía que sentir lástima por ella? No le debía nada, y ella hubiera preferido que la dejara sola.

—Tú también has cambiado —le dijo ella acusadoramente.

—¿Sí? ¿De qué manera?

Suzanne lo miró y sintió que se había metido en un gran lío. Porque al mirarlo le pareció verlo, si acaso, más atractivo que antes. El tiempo había hecho una buena labor.

—Se te ve mayor.

—Soy mayor.

—Por supuesto que eres... aún eres un hombre muy atractivo... —dijo ella, centrando su atención en los spaghetti.

Él se echó hacia atrás y se rió.

—¡Dios mío! ¡Qué incómoda se te nota diciendo eso! —la miró como a un bicho raro y agregó—: Cualquiera pensaría que no te tratas con el sexo contrario... —la miró con interés.

Suzanne sintió que su cara se le acaloraba. Aunque quisiera, no podía recordar ninguna relación seria con el sexo opuesto. A los veintiún años era aún virgen. Novios, sí. Su padre siempre había sido muy indulgente con los novios, porque sabía que, a pesar de que asistía a muchas fiestas y llevaba chicos a

casa, era inocente como una niña pequeña.

Dane Sutherland había sido el único que había despertado su fantasía. Todos los demás habían sido un juego de niños. Era cierto

que a los diecinueve años había tenido una relación con un hombre, al

guien que había trabajado con ella. Pero nunca había sentido una pasión desenfrenada. Y no se había acostado con él, a pesar de su insistencia para que lo hiciera. Y esto era lo que la había llevado a la ruptura de esa relación.

—He salido con hombres, sí.

—¿Y te has acostado con alguno? .

—Eso no es asunto tuyo.

—Es curiosidad, simplemente.

—Yo no te pregunto por las mujeres de tu vida...

—Pregunta, si quieres.

Ella lo miró, y en sus ojos encontró la misma mirada de atención total hacia ella que años atrás la había hecho picar.

—No estoy interesada en ello.

Se preguntó si quedaría mal dejando el plato vacío. La cocina no era su fuerte. Y esta vez la comida había estado exquisita. A ella sin embargo siempre ¡e le quemaba la carne, las salsas se le solidificaban, p se olvidaba completamente de que había dejado algo en el fuego hasta que empezaba a oler a quema

Se Se levantó y quitó los platos, reflexionando que si ella no estaba interesada en sus mujeres, él lo estarla menos en sus hombres.

Entonces se acordó de que tenía una empleada que se ocupaba de limpiar todo al día siguiente. 'I'~unhién le planchaba y le hacía la comida cuando él %c lo pedía.

—¡Qué suerte tienes! —le dijo ella mientras él sacaba dos tazas para el café y le hacía señas de que fueran al salón.

—¿Qué te parece si dejamos que corra el aire entre nosotros? ¿Te disgusto personalmente? ¿0 simplemente te disgusta la familia a la cual pertenezco?

Se sentó frente a ella y estiró las piernas, y las cruzó a la altura de los tobillos.

—¿Cómo quieres que te conteste sinceramente a la pregunta si no te pago renta por la habitación?

—Porque todavía no has aprendido a fingir. Siempre necesitas expresar lo que sientes. ¿Me equivoco?

—Tú siempre tienes razón, ¿no es así?

—Creo que es por ello por lo que te has abandonado de ese modo en los últimos meses. No has hablado con nadie acerca de la muerte de tu padre. Sin embargo te has tragado todas las emociones, lo que te ha hecho bastante mal, y el resultado es que estás tan afectada y confusa como cuando él se murió.

—No estoy afectada y confusa.

—Piensas que yo me lavé las manos en el asunto de tu padre al irme de la casa. Yo le escribí, ¿sabes?, y hace un poco más de un año le envié un cheque por si le hacía falta dinero. Sabía que había rechazado la herencia que mi padre le había dejado para ti. Me devolvió el cheque con una carta amistosa en la que me decía que estaba bien.

Suzanne estaba sorprendida por lo que él le revelaba. Y no atinó más que a balbucear:

—Orgullo...

—Sí, seguramente. Pero yo no tenía ni idea de que mi madrastra se había comportado de ese modo con él —dijo él, ignorando el efecto que habían tenido sus palabras sobre ella.

—¿Habrías venido corriendo de haberlo sabido?

El hizo una pausa antes de hablar. Ella sabía que

él se había alejado de su pasado, y que no quería que lo resucitasen. A su padre le habría ofrecido dinero, pero otra cosa era ofrecer tiempo de su apretada agenda.

—Ya lo hubiera solucionado —le dijo él con gravedad.

Pero ella no quedó satisfecha, y su rabia no se aplacó en absoluto.

—¿A miles de kilómetros de distancia? ¡Qué compasivo!

No negaba que Dane hubiera pensado en ello en su momento, y que le hubiera escrito una carta llena de cortesía. Pero la urgencia de la situación habría necesitado otra respuesta. Él estaba en otro mundo. Y los chóferes no entraban allí.

—¿Por qué decidiste volver? Si América era tan excitante, ¿para qué regresar?

—Era ahora o nunca —cuatro palabras que acallaron a Suzanne —. Pero tú nunca contestas mis preguntas. ¿Te disgusto personalmente o te disgusta ¡wlurllo que represento?

—¿Y eso te importa? F —Me interesa saberlo.

—No me disgustas —dijo, queriendo usar un lano sofisticado—. Aunque admito que no eres mi

Y cuál es tu tipo? Ya que sabes tanto de hom

Ahora estaba segura de que e reía de ella. Le llevaba nueve años, pero en experiencia de vida parecía er infinitamente mayor que ella.

—Eres cruel, arrogante, demasiado guapo, demaiada alejado de los sentimientos y la emoción.

—No tienes idea de cuáles son mis emociones —murmuró él, sorbiendo el café sin dejar de mirarla.

No le había dicho qué era lo que de verdad no le gustaba de él. Algo que sentía desde hacía muchos años. Una conversación que había oído por casualidad a través de una puerta entreabierta.

—Ten cuidado con la niña del chófer —había dicho Martha con una risotada con aire de superioridad—. Está loquita por ti, Dane.

Suzanne se había detenido detrás de la puerta a punto de dar un mensaje de parte de su padre, el chófer. Dieciséis años solamente, y unas piernas desgarbadas.

—No te preocupes por ello —había contestado él indiferente. Como si no pudiera dedicarle un solo pensamiento a una tonta adolescente.

—Pero querido, tú eres un hombre muy atractivo, y una criatura como ésa seguramente te verá irresistible. Siempre te está mirando. Te habrás dado cuenta de que aprovecha la menor oportunidad para entrar a la casa cuando sabe que estás aquí —había dicho Martha en un tono suave y risueño.

El no había contestado nada. Y lo peor fue lo que había agregado Martha, como guinda de la tarta:

—Además, debes recordar que ella sólo es la hija del chófer. No debes dejar que se haga ilusiones...

Y Suzanne se había ido corriendo, y luego había oído cerrarse la puerta. Y se le había olvidado por completo el mensaje que tenía que darles.

—Te hago responsable por el modo en que trataron a mi padre. No habrás estado allí. Pero debiste ocuparte de la gente que trabajaba para tu padre.

¿No sabías que después de la muerte de tu padre hubo gente a la que despidieron a las pocas semanas?

—Sí, lo supe. _

Ella no podía creer que no se inmutase al contestar.

—¿Sí?

—Me aseguré de que se les compensara económicamente por ello.

—¿Cómo lo supiste?

¿Tenía una bola de cristal?

—Tengo mis recursos para enterarme.

—¿Espías?

—Nada tan dramático —una sombra de sonrisa asomó a sus labios—. Había alguien que me mantenía al tanto de lo que pasaba.

—¿Entonces por qué no volviste para solucionarlo?

—Hubiera sido imposible.

Lo que para ella significaba que no se había molestado.

—¿Así que sabías lo que había hecho Martha con mi padre, no? —lo acusó.

Él negó con la cabeza.

—Por lo que sé, fue uno de los empleados que permaneció en su trabajo, y como te he dicho, el dinero que le ofrecí me lo rechazó. Aunque debo admitir que me hablaron de ciertos cambios... Me informaron de ciertos hechos.

—¿Qué hechos?

—Nada de tu incumbencia —le dijo en un tono que no animaba a más preguntas.

Le soltaba unos cuantos datos, pero nada más. Probablemente porque no veía que tuviera que darle más explicaciones a una chica de una clase social por debajo de la suya.

—¿Qué hiciste con las cosas de tu padre? —preguntó él de pronto.

—No había mucho que digamos. Algunas cosas que había acumulado a largo de los años. Lo llevé a casa de una amiga en Leamington Spa. Y me traje a Londres las cosas pequeñas —miró la taza de café.

Había un manojo de cartas suyas escritas a Santa Claus a través de años, y que su padre había conservado, un retrato de su madre. Una caja de fotos, un reloj que el viejo señor Sutherland le había regalado al cumplir cincuenta años y que él había llevado desde entonces. Estaba todo en una caja de cartón y las había guardado en

un armario del estudio.

Y ahora esperaba que no la hubiera visto derramar una lágrima. No quería que corriera a consolarla y a ofrecerle un pañuelo.

—Bueno, y ahora, ¿qué te parece si hablamos sobre el trabajo?

—No hay necesidad de... —comenzó a decir, del mismo modo que lo había hecho cuando él le había ofrecido la habitación en su apartamento.

—Me doy cuenta. Como me doy cuenta de lo que te cuesta aceptar algo de algún miembro de mi familia. Pero no se trata de una obra de caridad como piensas. Tengo varias compañías aquí, todas compradas con la herencia que me dejó mi padre hace dos años. Las compré cuando estaban mal, y ahora están bien.

¿Se había comprado empresas en Inglaterra después de haberse ido a América? ¿Por qué lo habría

hecho? ¿Y en ese caso, por qué se había ido a América?

—¿Has vuelto a Inglaterra después de que te marchaste?

—¡Oh, sí!

—¿Y no fuiste nunca a visitar a tu madrastra?

—No.

—¿Por qué no?

—No hagas tantas preguntas —dijo él impaciente.

—¡Sí, señor! —contestó ella obediente.

—¡Así me gusta! Mira, hay un puesto vacante de contable ayudante. ¿Hasta qué curso has estudiado?

Suzanne se inclinó hacia adelante, y puso los co(los sobre las rodillas. Su pelo largo cayó a los lados de su cara. Se quedó pensando.

—A punto de terminar la carrera —dijo ella, preparándose para otra contienda. Pero él no dijo nada.

Entonces ella le contó lo que podía hacer, las áreas en las que estaba cualificada, su conocimiento sobre impuestos, sobre asuntos de litigio de las empresas, todos sus conocimientos acerca de control de auditorías. Mientras hablaba, él asentía en silencio.

—Por supuesto, puede que se me haya olvidado todo.

—No creo. Si hay alguna pega, es que estás más cualificada de lo necesario para el trabajo que tengo en mente para ti. Pero si tenías un trabajo temporal, esto será mejor que lo que estabas haciendo.

—Supongo que cualquier cosa es mejor que rellenar fichas y

fotocopiar —dijo ella con una risa.

No podía creer que se hubiera reído, y menos con tin hombre que ocupaba un puesto como él.

Él le dijo cuánto ganaría. Y a ella le pareció mucho.

Él negó con la cabeza.

—Nunca llegarás lejos en los negocios si te obstinas en rebajarte. Yo pago bien a mis trabajadores porque quiero su lealtad y un trabajo concienzudo. Después de todo son la columna vertebral de la compañía, y si no se los valora, se terminan yendo. Y eso no sirve para que un negocio tenga éxito.

—Y el éxito lo es todo.

—Exacto.

Ella lo miró. Porque si era éxito lo que buscaba, había dado en el blanco, porque había nacido para ello. Se le veía la seguridad con que se movía, y el poder que irradiaba.

—¿Voy a trabajar para ti? —preguntó ella de pronto, un poco alarmada.

—¡Oh, no! Yo estoy en otra compañía. He dejado en manos de mis directores esta compañía en la que vas a trabajar tú. Periódicamente tenemos reuniones.

—¿Entonces quién va a ser mi jefe?

—Una mujer. Angela Street. Es americana. La mandé para aquí hace unos cuatro meses cuando supe que volvería a Inglaterra. Es agradable y eficiente, y no se duerme sobre los laureles.

¿Una mujer? ¿Y americana? Como si Londres no estuviera lleno de mujeres eficientes y agradables...

¿A quién quería engañar? Ella podía ser ingenua, pero no había nacido ayer. Seguramente Angela Street era más que una máquina de trabajar. ¿Por qué no lo decía claramente? ¿Por qué no decía que era su amante directamente?

Capítulo 3

SUZANNE se miraba al espejo. ¿Es que toda la ropa de talla superior a cuarenta estaba hecha para quedar mal? Había usado el traje durante un tiempo, pero ahora se veía horrible.

Era un traje de verano liviano, pero los colores eran insípidos, y no la favorecía nada.

Dane estaba fuera unos días. Se alegró, porque no le hubiera gustado tenerlo merodeando por allí. Sus ojos se lo habrían dicho todo aunque no hubiera abierto la boca para opinar sobre su apariencia.

Dane había hablado con Angela Street, y no tenía por qué estar nerviosa, le había dicho él.

¿Y por qué iba a ponerse nerviosa?

—Es una mujer muy capaz, pero no aguanta las salidas de tono.

—No he perdido mi último trabajo por mi carácter —le había contestado Suzanne.

Pero se daba cuenta de que sus pocos pelos en la lengua habían colaborado a perderlo.

Pero ahora no quería perder su nuevo trabajo. Habría sido un favor de Dane Sutherland para tranquilizar su conciencia, pero no estaba dispuesta a perderlo de ningún modo.

Miró la fotografía de su padre, y esta vez aguantó el llanto. Y le dijo a la foto que Dane Sutherland no le estropearía la oportunidad de hacer un buen trabajo. Porque no le daría el gusto de decir que qué podía esperar de la hija del chófer...

Ya hablaba con fotografías... ¿Se estaría volviendo loca?

La empresa era una de las cuatro que Dane había comprado en tres años. Y era más grande de lo que ella se había imaginado. Y al pisarla sintió por primera vez un cierto deseo de tener éxito.

El edificio de oficinas era de cristal oscuro. Había un montón de gente yendo y viniendo. Suzanne se quedó de pie un momento bajo el sol de verano y observó cómo las figuras eran absorbidas por el inmenso edificio de cristal. Entonces respiró hondo y se unió a ellos.

Había llevado su maletín, por un lado para llevar unos libros de contabilidad, y por otro porque era un regalo de su padre que le había hecho hacía tiempo. Nunca había pensado que lo usaría...

Lo dejó sobre su regazo y se sentó en la recepción hasta que la llamasen.

Era una empresa con aire americano, pensó ella.

Había una sensación de espacio y luz, y muchas plantas por todos lados. Los tres cuadros grandes que había por allí, eran abstractos. Sus colores fuertes y bien definidos. Ella prefería cuadros en los que distinguiera bien las cosas, montañas, paisajes, bosques, en los que pudiera imaginarse muy lejos del de las prisas y ajetreos del siglo que le había tocado vivir.

Al otro extremo de donde se hallaba sentada, había un grupo de ascensores. Y ella se imaginaba que Angela Street saldría de uno de ellos.

Se decía que no tenía sentido especular sobre la americana y la relación que tendría con Dane, porque a ella realmente no le importaba si era una amante con quien sólo se acostaba, si le habría propuesto matrimonio, o incluso si tendría planeado tener con ella varios Dane Sutherland en miniatura. Pero sí le picaba la curiosidad de cómo sería la mujer.

Suzanne miraba de lejos a las chicas que había por allí. ¿Cómo sería ella?

—¿Señorita Street? —preguntó una chica de piel clara y sonrisa agradable.

—Soy una de las secretarias de la señorita Angela. A ella le gusta que la llamen Angela, le aclaro. Dice que no debe haber barreras entre empleados y jefa.

Suzanne apretó el maletín y asintió.

—¿Encontró bien el lugar?

Luego le dijo que se llamaba Emma, y ambas conversaron con cortesía durante la subida del ascensor al último piso.

Bajaron en un corredor alfombrado.

Las oficinas de los altos puestos estaban al final de la planta, de manera que para acceder a ellas, había que atravesar toda la zona de las oficinas de menos rango primero.

Era muy distinto del lugar en donde había trabajado anteriormente, donde reinaba el caos.

—Es muy tranquilo esto. Me da la impresión de estar en una biblioteca —le dijo Suzanne a su acompañante.

—Hay una biblioteca aquí. Una pequeña al final del edificio. Al

lado de la biblioteca, esto parece Piccadilly Circus. A Angela no le importa que hablemos, pero dice que la charla constante no le va bien a los negocios eficientes.

Al llegar a la oficina última del fondo, Suzanne ya había agregado algunos datos más a la lista de características de la amante de Dane. Porque no había duda de que era su amante, aunque él no se lo hubiera dicho.

Pero no estaba preparada para encontrarse con la mujer que la esperaba al otro lado del escritorio.

Emma había cerrado la puerta después de hacerla pasar, y Suzanne estaba de pie, frente a Angela Street, que estaba hablando por teléfono, y que apenas le dirigió la mirada en ese momento.

Era la mujer más bella que había conocido, pensó Suzanne.

Tenía unos treinta y tantos años. La piel color miel, el pelo rubio y corto, perfectamente arreglado.

Terminó de hablar por teléfono y se puso de pie diciendo:

—Soy Angela. Por favor, siéntate —dijo en un tono más que eficiente.

Había algo que no le gustaba. ¿Era su dureza?

¿Sus ojos que le decían que no sería capaz de perdonar lo que no le gustara?

—No sé muy bien qué te ha dicho Dane sobre la compañía, así que tendrás que decirme si te repito cosas de las que ya te ha informado. Te explicaré lo que hacemos aquí.

Suzanne pensó que si la interrumpía en algún momento para decirle que estaba repitiendo algo probablemente la decapitaría. No parecía ser una mujer a quien se pudiera interrumpir.

Así que la escuchó educadamente, con el presentimiento de que no era una persona en quien se pudiera confiar. También se había dado cuenta por qué Dane la había importado. Tenía, al igual que él, una combinación perfecta de inteligencia y belleza.

Escuchó el monólogo acerca de la empresa, y acerca del éxito que la hablante había conseguido para la compañía. Y se imaginaba a la pareja perfecta de exitosos: ella, rubia, pequeña y guapísima; él, moreno, alto, e irresistiblemente atractivo.

—¿Tienes alguna pregunta que hacer? —preguntó al terminar, mirando el reloj.

Suzanne preguntó varias cosas, y deseó no parecer tan torpe

como se sentía.

—El señor Dane Sutherland no tiene nada que ver con, la compañía. Ha dejado la dirección de la misma totalmente en mis manos —Angela entrelazó sus dedos, y agregó inclinándose hacia Suzanne—. Ésta es una situación bastante poco común, Suzanne. Y no voy a decirte que me alegré de tenerte aquí. No

me gusta el nepotismo de ningún tipo. Dane me ha

dicho la pena que sentía por ti, y que se sentía más o menos obligado a darte un trabajo. Pensó que te vendría bien trabajar para mí.

Suzanne tuvo que hacer esfuerzos por escucharla y callarse. Pero estaba indignada.

—Parece que se siente algo así como responsable de ti porque te conoce desde hace mucho. De todos modos, no pienses que esto te da derecho a un trato diferente al de otros empleados.

—No lo pienso —contestó Suzanne, cansada de la sonrisa amable que estaba poniendo todo el tiempo para parecer educada.

—Y también... Y creo que deberíamos hablar de esto abiertamente, porque no me gusta que las cosas se oculten, no me parece bien que estés compartiendo su apartamento.

Se quedó esperando una respuesta, pero Suzanne no fue capaz de contestar. Así que continuó hablando.

—Eres una chica joven, y estoy segura de que no te hará gracia verte sujeta a las limitaciones que te dará el compartir su casa. Lo he hablado con Dane, y ambos hemos estado de acuerdo en que sería mejor que te buscases un lugar para ti sola, una vez que te asientes en tu trabajo y tu nueva vida, por supuesto —hablaba como si Dane y ella fueran una pareja.

Y Suzanne tuvo que reprimirse el preguntarle cuál era de verdad la relación entre ellos.

—¡Dane no me ha dicho nada de ello! Por supuesto, no tengo intención de quedarme más tiempo del estrictamente necesario ———dijo Suzanne.

Angela se sonrió.

—Por supuesto que no. Una criatura como tú necesita intimidad para llevar a sus novios y esas cosas.

—¿Novios? No tengo novio.

Angela se puso de pie.

—Pero los tendrás —le dijo con tono de camaradería—. Yo me acuerdo que a tu edad iba a fiestas, y era todo muy excitante, la ropa, los chicos...

Suzanne no podía imaginar a Angela riéndose de los chicos y emborrachándose en fiestas. No parecía de ese tipo de chica.

—Estoy segura de que me verás más de la cuenta a mí, y de que Dane y yo te pareceremos dos viejos...

—¿Por qué voy a verla más de la cuenta? —preguntó Suzanne inocentemente.

—Porque trabajamos juntas. Y tenemos muchas tareas en común —dijo Angela con un tono cortante.

—Siento parecer grosera, pero no tenía idea de que Dane y usted estuvieran juntos. Dane no me ha dicho nada.

¿Eran imaginaciones suyas o un brillo especial y desconfiado había atravesado aquel bello rostro de mujer?

—A veces es muy reservado —contestó rápidamente—. De todos modos, no suelo hablar de asuntos privados con mi plantilla. Lo dejaré libre a tu imaginación, aunque me imagino que, siendo tan joven, tu imaginación estará demasiado ocupada en tus propios asuntos —dijo al final con un tono cálido poco natural.

Suzanne se sintió tentada de señalar que él no era mucho mayor que ella, pero pensó que era mejor tragárselo, porque con esa mujer cualquier comentario de ese estilo caería en lo que Dane llamaba falta de tacto.

—Ahora, si me permites, tengo una reunión muy

importante con unos clientes...

Por lo que se veía, Angela tenía cosas más importantes que despachar, después de haber atendido ese

pequeño asunto.

La sensación de ser grande y poco agraciada se apoderó de Suzanne. Nunca se había quejado de ser alta, pero ahora le pesaba, porque se veía obligada a mirar desde arriba a esa mujer rubia con una presencia tan compacta.

Angela la llevó a su oficina, que compartiría con otro ayudante de contabilidad, un hombre pelirrojo con pecas, cuya cara beatífica, parecía a punto de estallar en una risa.

—Roben te enseñará las normas —dijo Angela, frunciendo el ceño por el cigarrillo depositado por Robert en un cenicero.

—Quiere que deje de fumar —le dijo Robert cuando se cerró la puerta—. Incluso me mandó a un curso para dejar de fumar. Pero no hay forma. Espero que no te importe. La verdad es que ya no fumo mucho. Pero desgraciadamente, cada vez que se le ocurre venir aquí, me encuentra fumando.

Suzanne se sintió enseguida como en casa.

—¡Qué mala suerte! —le dijo Suzanne sonriendo.

Robert le mostró fichas, archivos, gráficos, y otros datos de la empresa.

El trabajo parecía abarcar una amplia variedad de tareas, más allá de la estricta contabilidad.

Y si bien Angela no le había caído bien, por lo que acababa de ver, admitía que era una mujer muy competente.

Debía respetarla, se dijo frente al televisor esa noche, mientras cenaba tranquilamente en una cocina espaciosa cuyos fuegos funcionaban como era debido. Era una trabajadora brillante, y una mujer muy guapa.

Disfrutaba de su cena porque Dane no estaba, y no estaría en unos días. Por primera vez había dejado su dieta insana de hamburguesas con patatas fritas para comer un plato de pasta, que había hecho siguiendo las indicaciones de un libro de cocina, que le había regalado su padre para evitar, como él mismo había dicho riéndose, que un día fuese una esposa deleznable. Se había olvidado de un par de ingredientes, pero no estaba mal.

De pronto pensó en la figura de Angela, y después de tomar otros dos bocados del plato, dejó el resto.

Había sido como tomar consciencia de sí misma, incluso no tomó la barra de chocolate que tenía en su bolso.

También recordó todo lo que le había dicho Angela, no directamente pero sí implícitamente. Que ella era una persona inmadura, por quien Dane sentía pena, y que su presencia en su apartamento era un obstáculo en la relación entre ellos. Y lo peor era que Dane estaba de acuerdo en todo eso.

Daba igual que ahora no estuviese él allí.

No iba a ser una empleada servil por gratitud. Habían sido las circunstancias lo que la había obligado a aceptar sus propuestas...

De todos modos, después de dos días de trabajo, empezó a sentir que le gustaba. Si bien ella había sentido en algún momento que la

contabilidad ya no le atraía, ahora sentía que lentamente volvía a disfrutar de su carrera.

No veía casi a Angela. Se libraba de ver sus dientes blancos como perlas, y su sonrisa de suficiencia y diosa alejada del resto del mundo.

Y trabajar con Robert era un placer. Era un hombre brillante, capaz, y muy divertido con sus interminables historias sobre su novia. Y por otra parte le había dejado completamente el control sobre su trabajo, lo que le había hecho descubrir que le gustaba la responsabilidad.

Le gustaba sentirse en medio del engranaje de una compañía en desarrollo, donde siempre hacía falta el empuje, donde las ideas nuevas eran bienvenidas muchas veces.

Dos días más tarde, cuando estaba en su escritorio comiendo una manzana, porque parecía que ya no tenía tiempo para comer algo más sustancioso, se abrió la puerta.

Ella no se molestó en levantar la vista. Sería Robert, de capa caída, que volvía de almorzar con su novia, con quien tenía una relación de discusiones y reconciliaciones cíclicas...

—Hola —la voz profunda le hizo dar un respingo—. Quise venir a ver qué tal te iba...

No había pensado verlo allí, en realidad no pensaba verlo en ningún sitio, al menos durante unos días más.

—Bien., me va bien, gracias —dijo ella levantándose un poco y volviéndose a sentar. Se sentía tan torpe frente a Dane...

En ese momento se acercó Angela, y lo tomó del brazo, en un gesto que parecía indicar posesión. Hacían buena pareja, sin duda.

—Nos vamos a almorzar —era la primera vez que Angela le comunicaba lo que iba a hacer, aparte de dejarle los números de teléfonos móviles donde localizarla. Y por lo visto, esta vez no iba a dejar que el teléfono los interrumpiera.

—Bien —contestó Suzanne, un poco molesta.

—¿Pasas la hora del almuerzo aquí? —preguntó Dane sorprendido.

—Siempre le digo que estire las piernas y que salga a almorzar, pero prefiere seguir trabajando durante el almuerzo.

Era la primera vez que Angela le decía algo semejante.

—El ejercicio te haría bien —agregó Angela en un tono tierno

que le dio repelus.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —preguntó Dane—. Vamos a un restaurante italiano en Covent Garlen.

—No, gracias, tengo que terminar un trabajo —la idea de ser el tercero en discordia no le hacía gracia.

—Sí, Dane. No debemos arrastrar a la chica si quiere hacer el trabajo. No es muy frecuente ver esa dedicación en los jóvenes, ¿no te parece?

—Venga, puedes terminar ese trabajo más tarde —dijo Dane ignorándola.

Suzanne no sabía si la idea de un almuerzo de tres era más desagradable para ella o para Angela...

Pero por fin los siguió hacia el ascensor, a regañadientes. Angela había quitado la mano del brazo de Dane como no queriendo hacer más demostracio

nes en público, y por otro lado, él se había puesto al otro extremo, y no parecía querer unirse a ella.

—¿Y qué te ha parecido el trabajo, comparado con lo que estabas haciendo en Warwick? —pregun tó Dane en el taxi.

—Es muy interesante —contestó Suzanne, tratando de no sentirse disminuida al lado de Angela.

—Tu último trabajo fue en una pequeña empresa, ¿no es así? —preguntó Angela, moviéndose de modo que se le viera un poco más de pierna.

—Bastante pequeña, pero...

—Al principio tenía desconfianza de que pudieras hacer bien el trabajo, ya que una compañía familiar es muy diferente. ¿No es así? Pero lo está haciendo muy bien.

—Gracias, pero mi última empresa era...

—Bueno, Dane, cuéntame lo del viaje. ¿Cómo estaba Nueva York? —la interrumpió.

—Todavía está en su sitio —dijo Dane secamente, mirando a Suzanne.

Esa situación le recordaba otras épocas, cuando era una adolescente, y se lo encontraba con alguna novia, y ella se sentía torpe y desubicada totalmente.

—¿A quién has visto? ¿Has visto a Bruce? Me mandó un fax

hace dos días. Se ha logrado la compra en la que estabas interesado, ¿no?

—No me apetece hablar sobre cuestiones laborales ahora, ¿no te parece? —dijo Dane en un tono que no dejaba dudas sobre lo que quería.

—Por favor, no os preocupéis por mí. Me entretengo mirando por la ventanilla. No suelo tener la oportunidad de dar una vuelta en coche a menudo.

Ya que para él era un asunto de caridad su relación con ella, haría el papel de agradecida.

Dane la miró frunciendo el ceño.

—Es la única forma de recorrer Londres. El metro es tan gris... —dijo Angela.

—A mí me gusta. Es un poco claustrofóbico a las horas punta, pero...

—Es más fácil aguantar esos apretujones cuando uno es joven. ¿No te parece, Dane? No es que sea una vieja —se rió sorpresivamente—, pero debe ser que yo me he criado en una casa de esas que son tan tradicionales en América, que tienen tres coches... Y casi no conocía el transporte pública.

—No sabía que era tradicional tener una casa con tres coches —dijo Suzanne muy educadamente.

—A mí también me parece sorprendente lo quee dices —Dane se rió.

Angela no pareció sentirse cómoda, porque enseguida agregó:

—Bueno, quizás «tradicional» no sea la palabra apropiada. No quiero poner en evidencia el estrato social al cual pertenezco, que es bastante privilegiado... —y luego dijo, dirigiéndose a Dane—: Tú seguramente compartirás mi sentimiento.

Ahora Suzanne se daba cuenta a dónde quería llegar Angela. Quería recordarle que no era de su clase social. Seguramente Dane le habría contado quién era.

—No demasiado ——contestó él, justo al llegar al restaurante.

—Me imagino que no. Te admiro por ello. No soporto la gente snob.

Suzanne hubiera deseado darle un pequeño empujón a la rubia, para verla tirada en el suelo.

Realmente se sentía muy desgraciada al lado de ellos, y si bien

hubiera deseado ahogar su incomodidad en un plato sustancioso, decidió tomar una ensalada, y se hizo la distraída ante la mirada de sorpresa que puso Darse al oír lo que pedía.

En el momento en que Angela fue al servicio, Darse le dijo:

—¿Qué te ocurre, Suzie? No creo que te disguste tanto el trabajo. Se te ve amargada.

«Gracias por el piropo», pensó ella.

—Me encanta el trabajo. ¡Lo que no me gusta es que me mandes a Angela Street para que haga el trabajo sucio conmigo!

—¿Qué diablos estás maquinando ahora?

—¡Lo sabes perfectamente!

—No creo en la telepatía. No tengo ni la menor idea. Así que dímelo, en lugar de jugar a las adivinanzas.

—¡No juego a las adivinanzas!

—¿No? No has dicho nada durante todo el almuerzo, y cuando te preguntamos algo contestas con monosílabos. Para mí que estás maquinando algo, pero no lo dices.

—¡De acuerdo! Realmente no me he sentido cómoda en este almuerzo. No sé si te has dado cuenta, pero Angela no tenía ninguna gana de que me invitases.

—Son imaginaciones tuyas —se bebió el resto de gin—tonic que le quedaba.

—No parece que sepas mucho de mujeres, si no te has dado cuenta de que Angela no quería que viniese. Quería estar a solas contigo, y no en una reunión de tres.

—¿Estar sola conmigo? Ella quería hablar conmigo sobre algunas cuestiones de mi viaje, pero eso es todo.

¿Sí? —dijo ella entre dientes.

El se rió.

—Porque hayas estado loquita por mí, no quiere decir que todas las mujeres estén locas por mí.

—¡Yo no estoy loca por ti!

—He dicho «hayas estado». Tiempo pasado. Se te olvida que me has dicho lo que yo te disgustaba, y lo inmune que eres a mis encantos. Arrogante, demasiado guapo... ¿Es lo que has dicho, no?

Entonces se frotó la barbilla como pensando, y dijo:

—¿No será que tu autoestima está un poco baja, y que al lado de Angela te sientes un poco celosa? Ella es, supongo, una mujer muy

guapa…

«Y tú no lo serás jamás», se dijo ella, como completando el pensamiento de Darse.

Alguna vez se había creído atractiva. Pero demasiado alta para ser considerada realmente guapa. Y un pelo endemoniado, no como el de Angela, que le caía dócil a ambos lados de la cara.

—¿He dado en el blanco, Suzie? —le preguntó él, mientras firmaba la cuenta.

—¡No! Simplemente que Angela parece saber toda la historia por la que he empezado a trabajar en

su empresa…

—¿Tendría que haberlo mantenido en secreto?

—Y no me gusta que hablen a mis espaldas…

—¡Estoy empezando a cansarme de las discusio nes de niña tonta por todo!

—¿Crees que es bonito saber que le has estado contando al mundo entero que me has hecho entrar en la empresa porque sientes pena por mí, y porque te sientes con la obligación moral de hacerlo? ¿Y que por lo mismo me has ofrecido un techo donde vivir?

—¡Estás agotando mi paciencia!

—Te pido disculpas… Pero pienso que sería mejor que me busque otro sitio donde vivir. ¿No te parece?

Angela había salido del servicio de Damas.

—Este no es el momento ni el lugar para hablar sobre este tema. Hablaremos más tarde, en mi apartamento. Estaré en casa a las ocho. Y espero que para entonces, hayas domado un poco tu carácter.

Capítulo 4

PENSABA decírselo tranquilamente, sin sobresaltos, sin discusiones violentas:

«Angela me ha sugerido la idea de que me busque otro lugar donde vivir, así que te estoy muy agradecida por tu ayuda, pero estoy de acuerdo con ella, es mejor que me busque un lugar lo antes posible».

No más discusiones infantiles. Debía ser fría, y tener dominio de sí misma.

Por supuesto podría haber hecho algún comentario en el almuerzo. Eso sí, omitiendo la intervención de Angela en la decisión. Pero él se las había ingeniado para que el tema no se volviera a tocar.

Eran las siete y media, y ella esperaba el momento de la confrontación.

Dane volvió a casa antes de las ocho. Lo supo porque oyó movimientos a través_ de la puerta. A las ocho y media, Suzanne salió vestida con sus vaqueros y una camiseta blanca, y puso cara de sorpresa al verlo haciéndose una taza de café en la cocina.

Se había quitado la chaqueta y arremangado la camisa.

—No sabía si estabas o no —le dijo Dane, apoyado contra la cocina—. No hace falta que te escondas en tu habitación...

—¡Oh! No me estaba escondiendo. Me gusta estar allí. Leo, miro la televisión, descanso —dijo ella, sentándose junto a la mesa de la cocina.

—Una persona de tu edad no debería tener noches de descanso, ¿no te parece? —se rió él.

—¿Y qué debería estar haciendo alguien de mi edad? ¿Invitar amiguitos a tomar la merienda y ver programas de tele para niños?

—No te sienta bien el sarcasmo —él se sentó frente a ella, con la taza de café en la mano, y la miró.

—No es sarcasmo. Es una reacción a tus constantes comentarios acerca de que soy muy joven, como si tú pudieras ser mi padre o algo así. Tengo casi veintiún años, y hace tiempo que he dejado los programas infantiles.

—Sé que no eres una cría, Suzie —dijo él, mirándole las curvas

de su cuerpo.

Ella se ruborizó.

—Sería ciego si no viera que has dejado de ser la niña desgarbada y sin pechos que venía corriendo cuando la llamaba.

Era cierto, sus pechos apenas cabían en el sujetador. Los sentía pesados.

—Entonces deja de tratarme como a una cría. Apareciste en mi casa sin avisar, me dijiste que era

incapaz de cuidar de mí misma, me traes aquí, me inventas un trabajo para una de tus directoras… ¿Y pretendes que no te acuse de que me tratas como a una niña?

—Ya hemos hablado todo esto. Tú has decidido interpretar mis acciones de la manera que más te conviene, y no me parece mal. Pero ahórrame los prontos.

—¿Niegas que hay algo de cierto en lo que digo? —dijo ella dando un golpe con la mano en la mesa.

—Me pintas como si fuera el lobo. ¿Por qué no miras la realidad más desapasionadamente? ¿Quieres?

No parecía muy impresionado por el arranque que ella acababa de tener. El nunca se había destacado por expresar sus sentimientos.

—¿Y cuál es la verdad, según tú?

—La verdad es que tú habías tirado la toalla. Vivías en un lugar a punto de caerse abajo, acababas de perder tu trabajo, que por lo que se ve no era ninguna maravilla, y si eres sincera admitirás que no tenías ni la menor idea de qué hacer.

—¡Era feliz sin saberlo! —se levantó, no podía permanecer quieta.

—¡Eras desgraciada! —no gritó, pero su voz era clara, y ella disfrutó al verlo impacientarse.

—¿Entonces tú decidiste hacer una buena obra para aliviar el cargo de conciencia? ¡Yo sólo he venido a tu casa porque no tenía otra opción!

—Tú has venido porque has querido. Y si quieres convencerte de que yo te he traído por la fuerza, eres tonta.

—¡0 sea que soy una tonta, además de otras cosas!

Él se levantó y se inclinó hacia ella, de modo que parecían estar frente a un espejo, pero con la mesa por medio. Parecía querer asesinarla de un momento a otro.

Entonces ella se dio cuenta de que por la posición en que estaba se le veían los pechos por el escote de la camiseta, y que él había dirigido la mirada hacia abajo. Luego Dane se alejó, y ella se abrochó un botón.

Cuando él se dio la vuelta, ella todavía estaba colorada.

—No, no eres tonta, Suzie Stanton. ¡Cualquier cosa menos tonta!

Se miraron un instante.

—¿Has comido esta noche? —preguntó él. Ella asintió.

—Una ensalada.

—¿Otra ensalada? —era evidente que él quería aligerar la atmósfera que se había alzado entre ellos. ¿Habría sentido lo mismo que ella? ¿Esa sensación de entrar en un terreno espinoso?

—Estoy tratando de perder peso. Creo que ya te lo he comentado.

—Tampoco hay que pasarse...

—¿No? No parecen decir lo mismo las revistas de moda. 0 las tiendas de ropa.

La tensión pareció aflojarse entre ellos.

—Mira, no quiero ser infantil ni agrandarme, pero me parece que soy lo suficientemente mayor como para saber que mi presencia aquí puede suponer un problema para ti.

—¿De qué manera?

—Tienes una vida privada, y sé que mi presencia aquí interfiere en ella. Y si no interfiere ahora mismo, lo hará en el futuro —no iba a mencionar a Angela.

—No te preocupes por mi vida privada. ¿Me preocupo yo por la tuya? ——dijo en tono suave, pero tal vez él lo dijera porque las niñas no tienen vida privada.

—Pero me lo dirás cuando te moleste, ¿de acuerdo? No quiero estar en tu casa indefinidamente, pero no me iré al primer sitio que encuentre, si tú no me lo pides...

—Me parece bien.

Ella le sonrió, y se puso de pie. La discusión había terminado. Era el momento de volver a su habitación, donde se encontraba más cómoda y segura.

—¿Por qué te vas tan pronto? —preguntó él, cuando ella pasó por su lado.

—Bueno, sólo he venido para que hablásemos.

—¿Y qué vas a hacer en tu habitación que sea tan importante?
—Terminar mi libro —contestó ella.
—Suena muy interesante —dijo él con cierto encanto.
Ella debía estar atenta, porque nunca había podido resistir sus encantos en el pasado.
—Ven a la sala, y conversa conmigo. Ha sido una semana muy dura.
—¿Quieres quedarte dormido con mi conversación aburrida? —no había querido ser ácida.
—No —se rió él—. No creo que seas nada aburrida. Un poco tempestuosa, sí, pero aburrida, no.
Él se sentó en el sofá, y ella en una silla frente a él.
Se había hecho una coleta, pero su pelo se le había escapado por todos lados, como siempre.
—¿Por qué ha sido una semana dura?
—Estoy tratando de lograr la compra de una empresa. Y es un asunto muy delicado. Cada paso hay que hacerlo con cuidado. Y es extenuarte.
—¿Y prefieres estar presente en todas las negociaciones?
—Si me voy a ocupar de una compañía, quiero ser yo quien haga las negociaciones directamente —dijo él, apoyando la cabeza en el sofá, y cerrando

los ojos.
Se le veía cansado.
—Es como un baile que tiene que ir muy lento... De pronto abrió los ojos y preguntó:
—¿Veías mucho a Martha cuando aún estabas en

casa?
—Sólo lo imprescindible. Ella es parte de tu familia, a pesar de que no hay lazos de sangre entre vosotros. Pero no tengo nada en común con ella.
Si hubieran tenido la misma edad tampoco habrían tenido nada en común. A Suzanne siempre le había gustado correr libremente, vestir ropa informal. Ser libre, desde niña. Y en cambio Martha siempre había sido una mujer que se vestía impecablemente. Esa era la diferencia esencial.
—¿Aparte de lo que estaba sucediendo en la casa, qué más ocurrió allí?

—¿Te refieres al pueblo? —Suzanne se sentía en terreno inseguro, porque sabía que detrás de su conversación trivial, estaba buscando algo. Pero no tenía idea de qué.

—Lo de siempre. Unos cuantos nacimientos,

unas cuantas muertes, unas pocas discusiones entre vecinos. La mujer de Stanley Cooper se fue con el vecino. La hija de Mary Deacon tuvo un hijo sin padre… —se rió, porque Mary Deacon siempre había sido muy criticona en ese tipo de cosas, cuando se trataba de otros.

—¿Nada más?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y no echas de menos todo eso? ¿La paz y tranquilidad?

—Londres es una buena experiencia —contestó a la defensiva—. Cuando mi padre estaba vivo era otra cosa. Entonces todo aquello tenía otra importancia para mí —dijo ella, dándose cuenta de que se le había pasado la rabia y la pena que la había atenazado siempre que nombraba a su padre desde que había muerto.

—¿Y crees que van a atraparte las luces de la gran ciudad o te vas a hartar pronto?

—¿Te preocupa que deje el trabajo?

—¿Yo he dicho eso?

—No hace falta. Sé leer entre líneas. Y puedes estar seguro de que no tengo intenciones de volver a casa —y se rió—. Entre otras cosas porque no tengo una casa adonde volver.

—¿Otra vez vas a sacar el mismo tema?

Parecía mentira que en otro tiempo no hubiera habido animosidad entre ellos…

—Lo siento. Me he olvidado de que tenía prohibido mencionar ese tema nuevamente… En cualquier momento me vas a decir que me comporto como una niña. ¿Acaso piensas que el viejo y grande Londres es demasiado grande para una chica como yo?

—No lo sé. Aunque el día que te encontré en el

estudio sí parecías una niñita abandonada…

Se veía que él no lo decía con ánimo de ofender

la. Pero ella no podía apreciarlo.

—No hace falta enfadarse. Si te sirve de consue

lo, ahora pareces menos abandonada e indefensa

—se rió él—. Ahora lo que pareces es enfadada todo

el tiempo.

—Sólo cuando estoy contigo. Cuando estoy en el

trabajo soy una persona normal, y no me enfado con

Robert —dijo ella con desdén.

—¿Robert?—dijo él, frunciendo el ceño. —Trabaja conmigo —le aclaró. —¿Te llevas bien con él?

—Muy bien. Es encantador. Y tiene muy buen

carácter.

—¿Me estás advirtiendo de que pronto vas a tener una lista de novios que van a venir a la puerta de casa para verte?

—No hace falta que seas sarcástico.

Ella no era el tipo de chica que atraía a montones de hombres. No tenía nada provocador. Jamás se contoneaba con tacones altos, ni usaba ropa ajustada, ni se hacía peinados llamativos.

—Robert tiene novia.

—¿Y eso te ha decepcionado mucho?

—Mira, si estuviera desesperada por encontrar un novio, saldría a buscarlo —dijo, como si pudiera encontrar un novio en un supermercado—. ¿Te dejaría tranquilo eso? ¿Te gustaría?

«¿Así no tendrías miedo de que se me ocurriera alguna idea por encima de mis posibilidades?»

—¿Y hay alguna razón para temer eso?

—Ninguna.

—¡Qué alivio! ¿Quiere decir eso que no tengo

que cerrar mi habitación con llave por la noche? Suzanne trató de controlarse.

—Exacto.

—¿Y supongo que no tendrás miedo de que eche

abajo la puerta de tu habitación, no? «Muy gracioso», pensó.

—Exactamente.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque, como hemos dejado claro anteriormente, yo no soy tu tipo, como tú no eres el mío —ella se puso de pie, porque pensó que era la única forma de terminar la conversación.

—¿Te vas ya? —dijo él, poniéndose de pie y yendo hacia ella—. Ahora que se me estaba yendo el cansancio con tu conversación... —dijo él sonriendo.

—Ya veo. «Cuando se sienta cansado, tome dos cucharadas de

mi infantil compañía y dormirá muy bien».

—No seas tonta —la sonrisa de él se desvaneció. Ahora la miraba serio, y ella no sabía qué era peor—. Cuando no te compadeces de ti misma, eres muy divertida. Tu inocencia es refrescante.

«Pero no estimulante», pensó ella. Para él estimulante sería una mujer como Angela.

—Deberías estar agradecida a la forma en que te criaron, por la que eres así. Tu padre hizo un buen trabajo contigo, Suzie.

—Lo sé —dijo, con un nudo en la garganta, y mirando en otra dirección—. Nunca eché de menos tener una madre. Él era suficiente. Aún no puedo acostumbrarme a la idea de que se haya ido para siempre. Había tantas cosas que quería decirle...

Una lágrima se deslizó por su rostro. Odiaba ser tan vulnerable, y mostrarse así delante de él. Pero no pudo reprimirlo.

—Lo sé. Pero él no se ha ido, lo sabes bien. Tienes un montón de recuerdos que te acompañan —le dijo Dane amablemente.

Otra lágrima acompañó a la primera, y ella dijo:

—Lo siento.

—¿Qué es lo que lamentas? —se sorprendió él.

—Ser tan sentimental.

El no dijo nada. Se acercó y la abrazó fuertemente. Ella sentía su pecho contra sus mejillas. Escuchaba el latido de su corazón debajo de su camisa. Las manos de él acariciaron su pelo, en un gesto suave.

—Shh —le dijo él, como si ella fuera a decir algo.

Ella se rió nerviosamente, y lo miró. Lo suyo hubiera sido decir algo tonto, para cortar la densidad del aire. Le pareció percibir algo en la atmósfera que la descolocó. ¿0 serían imaginaciones suyas?

Ahora los brazos de él se habían aflojado, y sentía la palma de la mano deslizarse por su espalda.

—No llores.

Ella le sonrió.

Tenía la boca muy cerca de la boca sensual de Darse. Y no pudo evitar imaginarse cómo sería sentir sus labios presionando los suyos...

Las manos de él se deslizaron levemente. Inclinó su cabeza, y la besó en la frente. No era para alarmarse, ¿no? El vicario había

hecho lo mismo en el funeral de su padre... Trató de reemplazar a Darse

por el vicario, pero no pudo. Era consciente de que la abrazaba Darse Sutherland, y aunque se tratase de unas caricias de consuelo, se estremeció.

—¿Te sientes mejor? —la voz de Dane parecía venir de kilómetros de distancia para ella.

—Sí, gracias. Mucho mejor —apenas podía hablar.

Ella se movió un poco. Pero él no le quitó los brazos. ¿Pensaba que se caería sin él? Era cierto que se sentía un poco floja. Las emociones fuertes tendían a debilitar y a quitar estabilidad a las personas...

—¡Bien! Sea lo que sea lo que pienses de mí. Aunque te desagrade, y me culpes por cosas que le han pasado a tu padre, y aunque sea infundado, es mejor que expreses tus emociones, y no que las reprimas.

Se miraron. ¿Qué le quería decir? ¿Que ofrecía su hombro para que llorase en él?

Lo que pasaba era que ella hubiera deseado más. Pero enseguida trató de borrar ese pensamiento de la cabeza.

—Sí, tienes razón —dijo ella.

¿No pensaría tener una conversación prolongada con ella en esa posición, no? Porque para ella era una agonía sentirlo tan cerca.

—¿Estás de acuerdo conmigo? —y se rió de una forma terriblemente sexy—. ¡Debo ponerlo en mi diario!

La besó nuevamente en la frente, y entonces, cuando ella todavía tenía el mentón hacia arriba, se inclinó y le dio un beso en la boca, un beso tierno y superficial.

Cualquiera con simpatía por una pobre chica angustiada hubiera hecho lo mismo. Suzanne trató de pensar otra vez en el vicario para quitarle importancia.

Entonces él la volvió a besar en la boca, pero esta vez con más demora.

Suzanne sintió que su cuerpo se estremecía en brazos de él, y el beso se hizo más profundo. Empezó a sentir la lengua de él dentro de su boca, dándole exquisitas oleadas de placer. Los dedos de ella se aferraron al cuello de él, y sus pechos se apretaron contra el torso de Dane, con la urgencia del deseo.

Las manos de Dane se movieron levemente. Ella hubiera deseado que él las dirigiera a sus pechos. Hubiera deseado que acariciara sus pezones. Cerró los ojos y se estremeció, con la sensación de que no era lo que debía hacer, pero disfrutando de ello, y deseando que siguiera.

Pero entonces él se separó de ella mirándola a los ojos, y le dijo, con la respiración pesada:

—Es hora de que te vayas a la cama, ¿no crees?

Dane se dio la vuelta y caminó hacia la ventana, y se quedó allí, mirando a través del cristal, esperando que ella se fuera.

Suzanne lo miró y fue incapaz de decir nada para salvar la situación. Nunca se había sentido tan humillada.

Se quedó donde estaba durante unos segundos, dudando, y luego abandonó la habitación con calma. No iba a correr como quien está desesperado.

Se fue a su habitación y no encendió la luz. Se quedó sentada en la cama, reflexionando sobre lo que había pasado.

Lo único que podía consolarla era que él pensara que se había aprovechado de una inocente joven en un estado de angustia.

Pero seguramente él se había dado cuenta de que ella había respondido positivamente a sus estímulos. No lo había parado. Le había correspondido cuando él la había besado.

Él no se sentía atraído por ella, y ahora recordaría cómo ella se había apretado contra él.

Se desvistió en la oscuridad. No se atrevía a ver su propia desnudez. Y ni siquiera el chocolate le podría servir de consuelo. Ya no sentía esa necesidad compulsiva de comerlo. Sin querer, había perdido peso desde que él había irrumpido en su vida. Ahora tendría que aprender a achicarse la ropa, algo que nunca se le había dado muy bien.

Suzanne se quedó un rato más en la cama a la mañana siguiente, haciendo tiempo para que Dane ya se hubiese ido.

No quería encontrárselo. Ni que se le ocurriera decirle algo así como: «¡Qué mayor te has vuelto!»

Pero cuando entró en la cocina se lo encontró sentado, bebiendo una taza de café y leyendo el periódico.

El corazón de ella dio un respingo.

—Hola —dijo ella, y comenzó a prepararse una tostada.

Él estaba vestido como para ir al trabajo, impecable, sin importarle la posibilidad de mancharse su elegante traje, en cuyo caso mandaría a la tintorería o se compraría otro nuevo.

—Te estaba esperando —dijo él.

—¿Sí? Lo siento. Si lo hubiera sabido habría venido antes —mintió ella.

—Quiero que me disculpes por lo de la pasada noche —dijo Dane.

—Está bien. No tiene importancia —contestó ella, un poco dolida—. Supongo que en ese momento no éramos nosotros realmente. Yo estaba mal. Pensé que había superado la muerte de mi padre. Pero de pronto fue como si lo reviviera todo nuevamente. Y tú estabas cansado también… Y ocurrió lo que ocurrió, simplemente —se rió torpemente—. Que no fue nada, la verdad…

Él la miró durante un rato, en silencio.

—Bien —dijo él fríamente.

Luego se puso de pie y agregó:

—Nos conocemos desde hace mucho, y podemos tomarlo como un desafortunado desliz. Pero es mejor que sepas esto: otro hombre podría haberlo tomado de otro modo. Así es como ocurren realmente esas desafortunadas historias…

—Puedo cuidarme sola. ¡No necesito que me hagas de ángel de la guarda!

Pero antes de que pudiera agregar algo más, él se marchó.

Capítulo 5

DURANTE las semanas siguientes, Suzanne se hizo la firme determinación de mantenerse alejada de Dane. Incluso empezó a buscar algún sitio donde irse a vivir. Pero eso resultó una pesadilla. Como no necesitaba buscar un sitio urgentemente, podía permitirse el lujo de ver las habitaciones y estudios con una mirada crítica, y no había nada que le convenciera. Y por lo que podía pagar, no podía aspirar a más que otro estudio o habitación, mejor que el anterior, pero nada que la atrajera demasiado.

Una tarde, después de cinco intentos fallidos de encontrar un lugar donde vivir, volvió al apartamento de Dane.

Se lo encontró, por primera vez, en el salón, sentado frente a su maletín, con una calculadora y rodeado de papeles por todos lados.

—¡Dios mío! —dijo ella, pisando un papel¡Es como si hubiera habido un huracán!

—¿Dónde has estado? —dijo él.

A su alrededor tenía papeles con correcciones en rojo, y escritos por los márgenes. Pero en ese mo mento se echó hacia atrás en su asiento y la miró prestándole atención.

Suzanne no lo miraba. Se preguntaba cómo sortear los papeles para llegar hasta una silla.

—No podrás llegar. Quédate donde estás. Vamos a salir a comer algo.

—¿Y eso? —lo miró desconcertada.

—Sí. Me parece que tú todavía no has comido nada, ¿no?

—No, pero...

—Bueno, entonces ya está decidido —se levantó, estiró las piernas y la miró divertido.

Ella se había quedado de pie, apoyada sobre un solo pie.

—Pareces una cigüeña —le dijo sonriendo con esa sonrisa encantadora que lo caracterizaba.

—No ofendas a las cigüeñas con semejante comparación —dijo ella.

Y él se rió.

No habían compartido la risa en todo ese tiempo.

De hecho apenas lo había visto en esos días. El siempre se iba de casa antes que ella y volvía después.

El día estaba agradable. Eran más de las siete y media, y sin embargo todavía brillaba el sol y estaba cálido.

—No estoy vestida adecuadamente—dijo ella.

—¡Oh! Para mí estás bien. Además, no sabes adónde te llevo.

—Cierto. Los sitios de comida rápida no necesi tan etiqueta. Y esos son los únicos sitios que están a mi alcance —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta.

Ella esperaba que él le contestara irónicamente que tenía razón, o algo así. Pero él dijo:

—No te voy a llevar a un sitio de comida rápida. Iremos a un restaurante italiano normal.

—Déjame que yo te lleve a algún sitio —dijo ella desafiándolo.

—Me acabas de decir que no puedes permitirte pagar más que un sitio de hamburguesas...

—¿Y no quieres compartir la experiencia?

—Si quieres... —le contestó él con una sonrisa pícara.

—Así me gusta... Aunque, no sé bien si llevas la ropa adecuada... —murmuró ella.

Pero él no se cambió. Y en menos de cuarenta minutos estuvieron sentados en una hamburguesería, después de un largo viaje en metro.

El clima cálido había echado a la calle a la gente. Había muchos turistas, y todos parecían haberse decidido por comer una hamburguesa.

Suzanne bajó la mirada para ocultar la sonrisa ante aquel hombre vestido impecablemente, con la ropa más cara en un sitio de hamburguesas.

—Supongo que no vendrás muy a menudo a sitios como éste.

—Supongo que no me interesa venir. Aunque parece un sitio muy popular —dijo él, levantando la hamburguesa y mirándola—. Lo que no sé si se puede clasificar como un cadena de sitios para comer.

—¡Qué condescendiente! —se rió ella. Hacía tiempo que no comía hamburguesas, y en ese momento la comida le pareció muy rica.

—Nunca contestas a mis preguntas —le dijo él,

bebiendo la coca—cola sin pajita.

—¿Qué pregunta?

—¿Dónde has ido después del trabajo?

—¡Oh! Estuve buscando piso.

—¿Buscando piso? ¿Y para qué? —preguntó él, molesto.

—Para encontrar un piso, claro.

A él no pareció gustarle la respuesta.

—Creo haberte dicho claramente que no tenías que dejar mi casa.

—Pensé que te gustaría.

—¿Y por qué me iba a gustar tener que ir a rescatarte nuevamente de un sitio de mala muerte?

—Ya te he dicho que no había ninguna necesidad de que fueras a rescatarme. De todos modos, ¿por qué lo hiciste?

—Después de haber estado de visita en Inglaterra varias veces, una vez que vine ya para quedarme, su pongo que eras el único vínculo con el pasado que tenía deseos de recuperar...

—Martha no cuenta, ¿verdad?

—No cuenta, no.

—Por razones que no me vas a explicar.

—No, de momento —le sonrió de medio lado—. Espero que te baste con saber que siempre te he re cordado con mucho afecto, y me preocupó mucho saber que te habías ido a Londres después de la muerte de tu padre. Por eso fui a verte. 0 sea, que no quisiera ir a buscarte a otro sitio cochambroso.

—No sería un sitio cochambroso —le dijo ella, molesta.

Le molestaba que la tratase como a una cría.

«Siempre te he recordado con afecto», como si se tratase de un perrito.

—Ya has cometido el error una vez —le apuntó.

—Ahora puedo pagar algo mejor. No estoy desesperada por encontrar algo, y además puedo pagar un poco más que cuando acababa de llegar a Londres —y al decirlo le pareció que hacía años de entonces.

—¿Y qué has encontrado? —le preguntó él, desafiante.

—Nada que valiera la pena. Es muy difícil. Me he malacostumbrado viviendo en tu apartamento. No hay nada que me convenza, al menos nada que yo pueda permitirme.

—¿Entonces por qué te molestas en buscar?

—Porque no puedo quedarme contigo toda la vida. Ya sé que tú piensas que la chica de pueblo volverá inevitablemente al lugar al que pertenece, pero puede ser más tiempo de lo que tú supones, y no puedo estar en tu casa mientras tanto.

La hamburguesa se había enfriado, y las patatas no tenían buen aspecto ya, por lo que dejó la comida a un lado.

—Ya es hora de que me vaya a otro sitio. Quiero decir... No creo que mi presencia no te moleste en absoluto para...

—¿Qué estás diciendo?

—Para llevar mujeres —aunque hubiera dicho que a Angela Street, simplemente—. No he visto a ninguna desde que vivo allí.

—Me haces sentir como un depredador...

—Simplemente un hombre normal, con normales... Bueno, ya sabes lo que quiero decir —y se puso colorada.

—¿Apetitos? ¿Y qué sabes tú de eso, Suzie?

—Deja de reírte de mí —le dijo ofendida.

—No me estoy riendo de ti. En absoluto —dijo con gesto serio y suave a la vez.

En ese momento él se puso de pie, y ella lo siguió automáticamente. No volvieron directamente al apartamento. Sino que pasearon por la Plaza Leicester, que a esa hora del atardecer estaba muy animada.

Luego tomaron un taxi, donde ella dijo:

—¡Qué fácil es acostumbrarse a la buena vida! ¡Los sitios que he visto eran horribles! —suspiró Suzanne.

En los últimos tiempos había empezado a comprender por qué le habría costado tanto a su padre abandonar los terrenos de la mansión de los Sutherland. ¿Cómo se podía comparar una triste casa del centro de la ciudad con la idílica mansión rodeada de césped?

—¿No es irónico que yo ahora dependa de ti, como una vez mi padre dependió del tuyo? ¡Incluso trabajo para ti!

—La ironía sólo está en ti.

—No creo.

—¿Y te imaginas que vas a correr la misma suerte que tu padre en manos de mi madrastra?

—No lo sé —contestó Suzanne, sabiendo que la conversación

estaba tomando un rumbo difícil.

—¿Me estás diciendo con eso que me comparas con Martha? —el tono de voz de Dane parecía diferente al nombrarla.

—No —no le repitiría lo que Angela le había dicho, en el sentido de que sería mejor que se fuera buscando otro sitio.

Angela siempre hacía ver que ella y Dane compartían sus opiniones. ¿Pero sería cierto? Suzanne comenzó a dudarlo.

Lo que estaba claro era que Angela lo quería para sí misma.

Al llegar al bloque de apartamentos, el taxista silbó asombrado ante lo que veían sus ojos.

Caminaron hacia la casa.

Suzanne volvió a pensar en su padre. No, la dependencia de ella hacia él era más complicada que la de su padre con el señor Sutherland. Porque si ella perdía el trabajo, y la casa, también lo perdería a él, y eso la inquietaba más que nada. Con esos pensamientos, evitó mirarlo al entrar a la casa.

—¿Vas a seguir trabajando? —le preguntó ella educadamente.

Él asintió con la cabeza.

—¿No dejas nunca de trabajar?

—Acabo de dejar de trabajar —él se sirvió un vaso de agua, lo bebió, y dejó en el fregadero.

Dane fue hacia Suzanne. Y al notar su cercanía, ella sintió un calor que le subía por todo el cuerpo.

—Bueno, gracias de todos modos por el rato agradable que hemos pasado —le dijo ella.

El la miraba de frente.

—¿Y no seré yo quien tiene que agradecértelo? —preguntó secamente él—. Después de todo, fuiste tú quien me llevaste. Espero que yo no haya quedado muy mal en ese sitio.

—¿Qué quieres decir?

—¿No decías que yo iba a quedar un poco fuera de lugar en ese sitio?

—¡No!

—Claro que sí. Eres demasiado transparente, Suzie. Pero como ves he sobrevivido a esa hamburguesería. He comido otras veces en hamburgueserías. En América están por todas partes.

—Pero no están a tu altura, ¿no? Tú prefieres elegantes restaurantes franceses, con cantidad de camareros que estén a tu

servicio.

—¡No empieces!

—¿Que no empiece a qué?

—A especular. Generalmente te equivocas —se rió él.

Ella tuvo que desviar la mirada, porque empezaba a sentir que no quería que la velada terminase allí, en la puerta de la cocina, sino en un dormitorio. Y le daba rabia desearlo.

—Intentaré no hacerlo. De momento, no habrá más pensamientos. Me voy ahora mismo a la cama.

Suzanne se dispuso a marchar, y a medio camino él le dijo:

—¡Oh! Se me olvidaba decirte: Hay una fiesta el sábado por la noche aquí.

—¿Y quieres que me vaya?

—No seas estúpida —contestó él con gravedad—. Estás invitada. Habrá unas cuarenta personas.

—¿Tiene que ver con cuestiones de trabajo? —preguntó ella.

El negó con la cabeza.

—No, una gente de América. Y los demás son amigos y colegas míos de Londres.

¿La habría invitado si hubiera podido evitarlo? No podía imaginárselo invitando a la hija del chófer de su padre, para que conociera a sus amigos y colegas.

—¿Y qué ropa van a llevar?

—No lo sé —se encogió de hombros él.

¿Tendré que llevar un vestido?

—¿Tienes alguno?

Ella lo tomó como una especie de insulto.

—Puedo comprarme uno. De hecho estaba pensando comprarme un vestido —no era cierto, pero ahora que lo había dicho, empezaba a gustarle la idea de mejorar su imagen.

—¿Por qué no? Va a ser interesante descubrir que llevas piernas debajo de esos eternos vaqueros —se rió él.

Pero ella no le siguió la broma.

—¡Oh! ¿He metido la pata con ese comentario? —y se siguió riendo.

Pero Suzanne se fue a su habitación.

Al día siguiente, él ya se había marchado cuando ella se levantó.

Le costó ponerse en movimiento, pero finalmente, al llegar a la

oficina y tomar una taza de café, recuperó energías.

Robert estaba intrigado con la fiesta que celebraba el jefe.

—¿Y por qué no me invita a mí? ¿Qué problema tiene conmigo? —se olió las axilas y se rió diciendo—: ¿Se trata de un problema de desodorante? Suzanne se rió con él y le dijo:

—No te lo diré. Simplemente pediré que pongan tu escritorio en otro lugar del edificio. De todos modos, el único motivo por el que me ha invitado es porque no tiene otra opción. No se ha atrevido a pedirme que me vaya de su casa desde las ocho de la tarde hasta la una de la madrugada.

—¿Crees que no? Bueno, mi novia debería aprender de él. Ella siempre me está pidiendo que desaparezca a esas horas...

Suzanne se rió.

Al día siguiente, se dio cuenta de que la ropa le importaba más de lo que se hubiera podido imaginar.

Seguramente Angela no tendría dudas de qué ropa usar. En cambio ella no sabía bien qué era lo más adecuado, o lo más sexy, o lo suficientemente sofisticado.

El viernes se pasó la hora de la comida haciendo compras. Le había llevado el doble de tiempo, porque raras veces lo hacía, y no había sabido por dónde empezar.

Los grandes almacenes la mareaban, las pequeñas boutiques la amenazaban. Y en algún momento había tenido que resistir la tentación de esconderse debajo de una pila de ropa y desaparecer.

Finalmente volvió a su escritorio hacia la una, con unas compras que deliberadamente no permitió ver a Robert.

—¿Algo sexy? —le preguntó Robert.

—No. No soy Brigitte Bardot, ¿no crees?

—Podrías serlo si dejaras de usar ropa tan poco atractiva.

—¿Y qué quieres que use entonces?

Ella no comprendía por qué le decía eso Robert. Era cierto que ahora le quedaba un poco grande la ropa después de haber perdido peso. Pero de todos modos le servía.

—¿Qué quieres que use? ¿Minifaldas y botas?

—Sí, eso te vendría bien —dijo Robert peinándose con los dedos.

—No son para mí. No tengo el tipo para ello.

—Nunca te has probado algo así.

—No me he sentido tentada de hacerlo tampoco.

—A veces puedes ser un poco aburrida —le dijo él.

—Eres un encanto —le contestó ella con una sonrisa.

Pero la imagen de Angela asomada a la puerta los dejó inmediatamente en silencio. Llevaba un traje negro, y así, de pie como estaba, parecía un insecto exótico.

—Veo que trabajáis mucho —dijo Angela.

—Sí. De hecho estaba terminando el informe para Algiban —dijo Suzanne seriamente y con aire de inocencia—. Estará listo al final de la tarde, y mecanografiado para que se lo pueda llevar.

—Bien. ¿Y esas cuentas que te dije que mirases?

—Ya está hecho —le dijo Suzanne sonriente.

—Eres una fuera de serie —por fin la boca siniestra se abría en una sonrisa.

—Sí —sonrió Suzanne. Sabía que era una empleada eficiente.

Le gustaba formar rompecabezas con la información que le llegaba. Lo encontraba fascinante. Y debía admitir que su trabajo en la empresa le había resucitado el placer por los números.

—Me alegro. Pasaba por aquí hacia una reunión con Bill Cooper, de Ventas, pero si puedes dedicarme unos minutos, Suzanne...

Suzanne se levantó, interpretando sus palabras como una orden.

Robert estaba ocupado encendiendo un cigarrillo. Había reducido su consumo a cinco cigarros al día, pero siempre encendía uno cuando veía a Angela, porque sabía que la irritaba.

Angela fue en dirección a su oficina, y Suzanne la siguió, con sus informes en las manos, segura de que no habría ninguna pregunta que no le pudiera responder.

Pero los informes no fueron el tema de discusión.

—Dane me ha dicho que te ha invitado a la pequeña fiesta de mañana.

—Sí.

Sabía que no debía suministrar más información voluntariamente, cuando su interlocutor era alguien frío y duro como una pared. Sabía que no le gustaba a Angela. Y el sentimiento era mutuo. Pero el trabajo estaba bien pagado, y le daba energía para enfrentarse a la hostilidad.

—No hace falta que vayas —dijo Angela—. Supongo que para ti

será muy aburrido.

—Quizás sea divertido —le dijo Suzanne, con un toque de malicia.

—Vas a ser mucho más joven que los demás invitados —le informó Angela.

¿Quema una respuesta? Suzanne no dijo nada y sonrió.

—Estoy segura de que te lo pasarás mejor saliendo con tus amigas. Parece que has hecho algunas amistades desde que estás en Londres, ¿no es así?

—Sí, unas pocas.

Era cierto, tenía una relación de amistad con varias chicas de la compañía. Y también había vuelto a ver a viejas amigas, con quienes había podido reanudar la amistad como si no hubiera pasado el tiempo.

—Sería un poco desconsiderada con Dane, si rechazara la invitación —agregó Suzanne, sabiendo que era lo último que Angela quería oír de su boca.

—Por supuesto que sí. Y estoy segura de que Dane se sentirá decepcionado si su pequeña protegida no va a la fiesta... Pero no obstante pensamos que tú quizás puedieras ayudar a servir las bebidas. La gente del servicio de comidas se encargará de la comida, y habrá un camarero, por supuesto, pero estoy segura de que preferirás ayudarlo en lugar de aguantar a vejestorios hablando de los viejos tiempos.

¿Había sido idea de ambos? Lo dudaba.

—Por supuesto, está en tus manos la decisión, pero al menos puedes ser útil en algo, te será más fácil soportar las aburridas charlas —se rió Angela—. Me acuerdo de cuando mis padres celebraban fiestas. ¡Eran tan tediosas!

—¿Celebraban muchas fiestas?

—Bastantes. No creo que te diviertan las historias sobre mis padres —se fue hacia la puerta—. Y ahora, espero que no vayas corriendo a contarle a Dane nuestra conversación...

—¿Y por qué iría a contarle nuestra charla? Le estoy muy agradecida por lo que ha hecho por mí. Pero sé cuál es mi lugar.

—Eres muy razonable —incluso con tacones Angela debía mirar a Suzanne hacia arriba—. Se ve en tu trabajo. Ahora tengo que irme. Si llama John Grieves, ¿puedes tomar el recado? Quiero

captarlo como cliente. Es un cliente muy importante.

—Sí, por supuesto. Nos veremos mañana —apenas pudo articular, porque estaba terriblemente enfadada.

¿Cómo se le habría ocurrido a Angela que ella estaría mejor sirviendo bebidas en la fiesta? Y si Dane no tenía nada que ver en ello, ¿no pensaría lo mismo que Angela?

Pero ella sabía lo que haría. Lo había decidido en un pronto, en un ataque de resentimiento madurado durante el viaje en metro de vuelta del trabajo.

A la mañana siguiente, sábado, se levantó y se fue directamente a hacer compras. No hacía falta que estuviera en la casa para nada. La casa estaba llena de gente del servicio de comidas. Sería una cena fría pero con muchas ensaladas, carne fría y distintas variedades de pan y diversas tartas.

Cuando volvió, por la tarde, se encontró con el mostrador de la cocina lleno de comida.

—Normalmente, suelo dejar todo en manos de mi ayudante, Derek, pero hoy, ¡el muy listo!, se ha tomado el día —le dijo el chef, un hombre moreno de gesto afeminado, que andaba por allí—. Y éste —y dirigió la mirada hacia un muchacho que colocaba platos eu la mesa—, no es como para confiarle semejante responsabilidad. Acabo de ver cómo ha decorado el salmón ahumado con zanahorias. Le falta profesionalidad.

A ella le pareció que el modo en que había decorado los platos era muy profesional. Pero, ¿quién era ella para opinar sobre ello?

—Bueno,.te veré más tarde. Yo ayudaré con la bebida.

—Pero, ¿no vives aquí?

—Sí, temporalmente. Soy una especie de huésped. Creo que será divertido hacer de camarera, no obstante. Es una manera de librarme de la charla de hombres de negocios y conversaciones formales.

Y se fue, dejando al chef completamente confuso y asombrado.

Más tarde escuchó la voz de Dane, hablando con ese tono de autoridad que lo caracterizaba, luego escuchó su risa, y más tarde, cuando los invitados no habían llegado aún, llamó a la puerta de su habitación, y le preguntó si no pensaba salir de su dormitorio, a lo que ella contestó que se iba a vestir.

Ni siquiera se había bañado todavía. Pensaba bajar cuando todos

los invitados estuvieran allí..

Se bañó demoradamente. Luego se cepilló el pelo, que se había hecho alisar desde que trabajaba con Angela, aunque no se le notaba porque solía llevarlo atado. Jamás lo tendría liso, pero por lo menos ahora se le ondulaba más suavemente, incluso se le veía una cabellera atractiva.

Entonces se maquilló. Eso era peor. Porque casi nunca se maquillaba. Le llevaría su tiempo. Sólo se pondría rímel, algo de colorete, y lápiz de labios. Si le hubiera dado tiempo, se habría pintado las uñas también, pero ya era demasiado tarde. Podía oír las voces desde el salón, lo que indicaba que los invitados estaban ya reunidos.

Por fin terminó de prisa. No quería que Dane fuera a buscarla, impaciente.

Cuando estuvo lista, dio un paso atrás, y se miró al espejo.

Había perdido peso, si bien nunca sería demasiado delgada. Siempre había tenido bonitas piernas, largas, y bien torneadas, con un tobillo fino y elegante. Bueno, Dane se había atrevido a bromear acerca de no haber visto nunca sus piernas, pero ahora las vería bien…

Se sonrió y salió de la habitación.

Capítulo 6

TODOS habían llegado. El apartamento era grande, pero cuarenta personas lo llenaban. Se oían voces por todos lados. Dos camareros servían a los invitados con bandejas por distintos sitios.

Suzanne de pronto encontró a Dane, que en ese momento la descubrió. Estaba con un grupo de cuatro personas conversando, pero la vista de Suzanne le llamó poderosamente la atención y la de las personas que estaban con él. Todas las miradas se concentraron en ella.

La conversación bajó el volumen, y se fue apagando lentamente, mientras ella absorbía las miradas sobre su uniforme de camarera. El delantal perfectamente ajustado, los zapatos de tacón negros haciéndola más alta de lo que era.

Jamás se había sentido tan observada. El primer efecto se fue diluyendo, y entonces ella comenzó a

sonreír a las caras a su alrededor. ¿Tendría que decirles «hola»?

Pero Dane le ahorró la decisión.

—Como veo que vuestra atención está centrada en la chica que acaba de salir, me permito presentaros a Suzanne Stanton, una vieja amiga de la familia que está viviendo en mi casa temporalmente.

Entonces ella se acercó a Dane y a su grupo.

Estaba incómoda con los zapatos de tacón, y tenía que avanzar despacio entre la gente.

Finalmente logró llegar hasta Dane, quien hizo las presentaciones pertinentes.

—Cuando te dije que podías llevar ropa informal, no tenía idea de que pudieras tomar mis palabras literalmente —le dijo Dane en un aparte.

Ella lo miró, y comprendió que él estaba seriamente disgustado; lo expresaban sus ojos grises fríos, y una boca tensa.

Angela, que estaba de pie al lado de Dane, no parecía impresionada.

—Me sugirieron que ayudase con la bebida, así que pensé que lo mejor era vestirme adecuadamente —sonrió, ajena a los demás.

Al principio le había parecido una buena idea, pero ahora empezaba a dudar de lo acertado de su decisión.

—Has tenido una gran idea —dijo uno de los hombres, un hombre joven, americano, con pelo rubio rojizo y ojos azules. Le sonreía, con los brazos cruzados, y una copa en una mano.

—Parece que tendré que empezar contigo —dijo ella, extendiendo la mano para rellenarle su copa.

—Hay camareros aquí para servir las bebidas, Suzanne. No hace falta que ayudes. Si te hace feliz estar vestida de ese modo ridículo, hazlo, pero no quiero que estés trayendo y llevando cosas.

Ella no supo qué decir, y siguió sonriendo en el silencio incómodo que se había hecho.

—Personalmente pienso que estás estupenda —dijo el joven americano.

Y la mujer a su lado hizo un comentario similar, pero Angela no estuvo de acuerdo. Tenía una mirada de hielo, y la boca fruncida.

—Gracias —dijo Suzanne, mirando al americano, agradecida—. Es muy amable.

—Sincero, nada más —dijo sonriendo el americano, lo que le resultó halagador.

—Quizás… Quizás debieras ponerte algo menos… —dudó Angela, y miró a Dane—. ¿Obvio?

—Quizás no —contestó Suzanne, dirigiéndose a los dos—. Quizás se me haya ocurrido que pudiera ser una idea divertida ayudar con la bebida —y le quitó el vaso al americano, lo que lo hizo sonreír.

—Debo decir que me gusta tu estilo —le contestó el joven, siguiéndola a la cocina—. Muy impactante. ¿Es algo típicamente británico?

—No. Simplemente estaba tratando de que no hubiera duda de cuál era mi papel.

—Comprendo.

Y ese fue el comienzo de una noche en que el americano se convirtió en su aliado. La seguía a todas partes, y ella trataba de mantenerse lo más alejada que podía de Dane.

Después de unas dos horas, Suzanne sintió que se lo estaba pasando bien. No tanto por su tarea de ser

vir bebidas como por el hecho de que era el centro de atención dondequiera que fuese.

Porque todos los hombres trataban de captar su atención, los

que estaban sin pareja con comentarios insinuantes, y los que estaban con pareja con comentarios caballerosos. Y Dane la miraba desde lejos, con rabia.

La comida fue excelente. Se había sentado a comer durante media hora, y había descubierto, con satisfacción, que alguna gente se había querido sentar junto a ella, y no sólo los hombres.

—Es una lástima que mañana me vaya a Nueva York —dijo Gary Cooper, el joven americano.

—¡Una pena! ——contestó Suzanne. Porque se había sentido a gusto con él, si bien no la había atraído sexualmente.

Le dio su tarjeta por si un día pasaba por Nueva York. Y ella entonces hizo un comentario acerca de las pocas posibilidades de hacer un viaje de ese calibre, por falta de fondos.

Sobre la una de la madrugada se fue el último invitado.

Durante toda la fiesta se había mantenido a distancia de Dane, pero ahora tendría que enfrentarse a él, puesto que ahora estaban solos.

Ella se resguardó en la cocina, como quien busca un escondite. El servicio de catering la había dejado totalmente limpia.

Tarde o temprano tendría que enfrentarse a él. Pero prefería darse tiempo para la confrontación.

Comenzó lavando algunas cosas. Y entonces, cuando estaba de espaldas en el fregadero, intuyó la presencia de Dane; un escalofrío la recorrió.

—¿Vas a darme la cara o vas a seguir lavando vasos?

Ella se dio vuelta para mirarlo.

Él estaba apoyado en el quicio de la puerta, con las manos en los bolsillos, mirándola con dureza.

—Fue una fiesta deliciosa —empezó a decir ella, mientras seguía con un vaso que acababa de lavar en la mano. No se sentía cómoda, a pesar de su tono de desenfado.

Ahora que él la miraba, se daba cuenta de que su falda era exageradamente corta, y que los pechos es taban demasiado ceñidos debajo del uniforme.

—¿Todo ha salido muy bien, no crees? —dijo ella—. La comida estaba exquisita. Ha sido muy buena idea encargar el buffet frío. Así la gente se ha podido servir cuando le apetecía, y lo que quería.

Él no dijo nada. Sólo la miraba.

—¿Y por qué diablos se te ocurrió vestirte con ese uniforme? —preguntó Dane, molesto.

—Creo que ya te lo he explicado —sonrió ella. Él se quedó serio; no dijo nada.

—Creo que no me hubieras invitado a la fiesta de no ser porque estaba viviendo en tu casa. Así que pensé que sería mejor ayudar en algo, en lugar de es tar ahí en medio de una reunión en la que no pintaba nada.

—Entonces decidiste vestirte para el papel —dijo él, clavándole la mirada a Suzanne.

—Pensé que sería divertido.

—¿Divertido mostrarte de un modo tan provocativo? ¿Para deleite de mis invitados, no?

Dicho de ese modo, parecía que ella hubiera hecho algo indecente. Se sintió ofendida.

—¡Tú has sido el único a quien parece no haberle gustado! ¡A todos los demás les gustó!

—Ha sido una chiquillada estúpida —dijo él disgustado.

—Bueno, ¿qué otra cosa puedes esperar de mí? Soy estúpida e infantil. Siempre me lo dices. Lo siento, si te he puesto en ridículo delante de tus amigos.

—La mayoría no te quitaban ojo. El joven americano, Cooper, te seguía por todos lados como un perrito faldero.

0 sea que se había fijado en ello.

—Es una persona agradable. Me gusta.

—Iba a la pesca de algo...

—¡No! —contestó ella acaloradamente.

—Eres muy ingenua si piensas que cualquiera de esos hombres podía tener buenas intenciones hacia ti, con ese uniforme.

—¡No todos los hombres piensan sólo en el sexo!

—ella cruzó los brazos a la defensiva.

—Pero la mayoría de ellos lo hacen cuando ven un cuerpo como el tuyo con poca ropa.

Suzanne no registró inmediatamente lo que le de cía. Pero cuando lo hizo, se sintió orgullosa. ¿Qué le quería decir? ¿Que era atractiva?

—¿Un cuerpo como el mío? Soy demasiado alta, demasiado grande. Puede ser que sea ingenua e infantil, pero no soy estúpida.

Nunca se me ha ocurrido que pudiera ser un objeto sexual vestida con ese uniforme.

Él se acercó a ella, y la acorraló.

El corazón de Suzanne bombeaba sin cesar.

—¿Estás ciega?

Ella desvió la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Has adelgazado, aunque eso no importa de todos modos. Eres muy sexy, Suzanne —pocas veces usaba su nombre completo. En cierto modo, estaba poniendo énfasis en la seriedad de lo que decía.

—¿Yo, sexy? —se rió ella—. ¡No seas ridículo! —nadie le había dicho algo así—. Será la ropa. No volveré a usar algo así.

—¿Quieres decir que no te gusta llamar la atención?

—Supongo que no está mal, pero no ha sido mi intención —murmuró ella, bajando la mirada hacia sus zapatos de tacón.

—Me ponía enfermo que los hombres me dijeran que eras un deleite para los ojos...

—Lo siento —ella se preguntaba si estaría borracho para decir esas cosas—. ¿Y piensas que yo era un deleite para los ojos? ¿0 simplemente algo molesto que te ponía en un aprieto? —se sentía molesta por haberlo incomodado.

—¿Y tú que crees?

Entonces él hizo algo que la hizo sentirse insegura. Puso las manos en el mostrador de la cocina, cercándola, y se inclinó hacia ella, de modo que sus caras estuvieran casi pegadas.

—Supongo que lo último. Después de todo, siempre me estás diciendo que soy una cría, así que supongo que he sido un estorbo más bien.

—Físicamente eres una mujer, y una mujer muy deseable...

Sus ojos se encontraron. Y ella deseó tanto que él la besara, que cuando él lo hizo no se sorprendió.

No dudó un segundo. Lo rodeó con sus brazos y le devolvió el beso.

Él seguía con las manos en el mostrador, pero besándola profundamente. Su lengua la exploraba con desesperación.

Cuando él se puso erguido, ella creyó que era para girarse, pero en cambio vio que le hundía las manos en su cabello y que la atraía hacia sí, y la apretaba tanto contra él, que parecían un solo cuerpo.

Le costaba respirar. Podía percibir también la pesada respiración de Dane.

Entonces dejó de besarla en la boca para besarla en el cuello.

Le levantó la blusa y se la desabrochó. Al ver sus pechos descubiertos, él gimió. Se los acarició con la mano, y ella se arqueó de placer contra el mostrador. Entonces él suspiró de goce al acariciarle los pechos con la lengua, hasta endurecer su pezón. Succionaba con suavidad, y la hacía estremecer. Luego exploró su otro pecho, hasta que ambos estuvieron duros y erectos.

Entonces los dedos de Dane se dirigieron a su propia camisa. La ropa le estorbaba. Y ella deseaba desesperadamente sentir la dureza de su pecho maslilino contra el suyo. Y cuando finalmente él se de desabrochó todos los botones, la apretó contra sí para sentir el contacto de su piel.

Le acarició entonces los muslos, y le abrió las piernas, acariciándola de un modo que ningún hombre lo había hecho hasta entonces.

Nunca se había imaginado que pudiera existir un deseo tan fuerte; se sentía como un animal enjaulado a quien hubieran dejado correr en libertad.

Él había deslizado su mano hacia su ropa interior, un conjunto a juego con su atuendo exterior.

Ella se excitó más. Y el deseo se hizo tan intenso que le pareció que no lo iba a soportar.

Los dedos de Dane se movían con maestría, aumentando más y más la necesidad de ella de tenerlo en su interior.

—Es una locura —le murmuró él al oído.

—¿Por qué?

—Porque te conozco desde hace siglos. Hemos crecido juntos. ¡Dios mío! Siempre te he visto como la pequeña Suzie! ¡Nunca como a una mujer!

—¿Cuántas veces tengo que decirte que he crecido? —le preguntó ella con ferocidad, y deslizó la mano por el pecho de él.

No quería que parase. Tampoco quería que comenzaran a pensar. No quería romper el hechizo de aquella fuerza poderosa que la arrastraba en aquel momento.

Él volvió a besarla. Y ella le llevó la mano nuevamente a sus pechos.

No podía comprender cómo podían cambiar tan súbitamente sus sentimientos hacia él, de manera que en un momento dado le desagradara tanto, y al minuto siguiente necesitara de él con tanta desesperación.

Pero no pudo saber hasta dónde habría llegado esa pasión, porque de pronto oyó una voz que decía:

—¡Holaaaa...! ¿Dónde estás, Dane?

Suzanne se sobresaltó. Se puso rígida, y comenzó a arreglarse la ropa, con sentimiento de culpa y horror.

Dane se había erguido y parecía estar tranquilo y

controlado. Cuando Angela apareció en la cocina, Suzanne se había podido arreglar un poco y tenía un plato en la mano y un mantel individual en 'la otra, como si nada hubiese pasado.

Angela los miró. Hubo un silencio espeso, que nadie intentó romper, entonces Angela se vio obligada a decir que se había olvidado el bolso.

—La puerta de entrada estaba abierta —dijo Angela, mirando a Suzanne.

Suzanne se puso colorada.

—¿Y lo has recogido? —preguntó Dane.

Entonces Dane se alejó del mostrador, y se dirigió hacia Angela, diciendo:

—Ven conmigo —y cerró la puerta de la cocina.

Suzanne se quedó esperando en la cocina sin saber qué hacer. La espera se le hacía eterna, y el ruido de la puerta de entrada anunciándole la retirada de Angela, no se oía.

Por fin, decidió escuchar detrás de la puerta para ver si estaban cerca y poder salir hacia su habitación. No se oía nada.

Estaban en el salón, y la puerta estaba cerrada. No querían que los oyese.

¿Qué pasaría allí?

Suzanne se escabulló hacia su habitación. Y una vez a salvo de aquella situación, se quitó la ropa que tantos problemas le había traído. No la quería ni ver.

Entre otras cosas, porque eso había hecho que Dane se sintiera atraído por ella. De otro modo jamás la hubiera visto más que como a una hermana pequeña.

Y lo peor era que ella lo había dejado hacer, se lo había

permitido, ¿y todo por qué? Porque ella lo había deseado intensamente.

Hundió la cabeza en la almohada de modo que no pudiera oír absolutamente ningún ruido.

Deseaba que Dane no hubiera aparecido en su vida. Porque frente a él se sentía totalmente vulnerable.

Volvió a sentir las mismas sensaciones que había sentido en la adolescencia. ¿Habría crecido realmente?

Lo ocurrido no tenía remedio. Lo único que podría hacer sería convencerlo de que para ella aquel incidente no había significado nada.

Y si él no le decía nada de ello, ella tampoco lo mencionaría. Los hombres tomarían esas cosas como algo instintivo. Y ella no le demostraría lo que realmente había significado en su vida.

Porque para ella no había sido un acto de pasión pasajero, o un capricho de adolescente. Sino que, ahora llegaba a la conclusión de que lo amaba.

Suzanne se levantó al día siguiente con la esperanza de que el episodio de la pasada noche y los sentimientos reveladores que había experimentado se desvanecieran como un mal sueño.

Pero había algo que permanecía inalterable en su interior: se había enamorado de él. Se había enamorado de un hombre que había perdido la cabeza transitoriamente, y que se había sentido atraído hacia ella solamente porque estaba vestida provocativamente, y que de no ser así, jamás la habría considerado otra cosa que una chiquilla.

Al llegar a la cocina se sintió aliviada al ver una nota en la que Dane le comunicaba que había tenido que salir en viaje de negocios, y que seguramente no regresaría hasta mitad de semana.

Pero Suzanne no lo creyó del todo. Al menos creyó que dondequiera que estuviese, estaría con Angela.

Por ello, cuando el lunes por la mañana llegó a la oficina y se encontró a Angela allí, se sorprendió mucho.

La puerta de la oficina de Angela, que estaba normalmente cerrada, estaba abierta, de modo que pudiera ver a todos los empleados que pasaban en procesión, y Suzanne tuvo la sensación

de que la había estado esperando para atacarla.

Al pasar Suzanne la saludó con la cabeza, porque no podía ignorar su presencia. Estaba sentada detrás de su escritorio, impecablemente vestida, como siempre, con su gesto habitual de frialdad y eficiencia.

—¿Puedes venir un momento, por favor? —le dijo sin moverse de su sitio, ni disimular la hostilidad en su tono de voz.

Suzanne fue a su encuentro.

—Supongo que sabes de qué quiero hablarte.

Suzanne se sentó, cruzó las piernas, y miró a la otra mujer.

—No, realmente no lo sé.

—Mira, no me vas a decir que no sabes de qué se trata, ¿no?

—Si tiene algo que ver con la noche del sábado...

—¡Claro que tiene que ver con el sábado! Puedo pasar por alto el modo en que te has puesto en ridículo, posando con ese uniforme ridículo. Pero, ¿has pensado que ésa era la única forma de atraer a Done? —se inclinó hacia adelante, y Suzanne se alegró de que las separase un escritorio.

—No creo que sea el mejor sitio para hablar de esto omenzó a 'decir. Y por la reacción de Angela, pareció lo último que se le debió ocurrir decir.

—Yo me encargo de esta oficina. Tú no eres más que un caso de caridad que Dane me ha traído aquí. Aunque supongo que ya se te está olvidando... —dijo Angela con voz de odio.

—No, no me olvido. Me doy cuenta perfectamente que él ha sido muy amable dándome... —pero estas palabras también fueron una equivocación.

—Sí, él ha sido muy amable. Demasiado amable. Pero parece que a ti no te alcanzaba la amabilidad... ¿Cuándo decidiste que necesitabas algo más que un techo y un trabajo? ¿Cuándo te pareció una buena idea que, puesto que lo conocías desde hacía tanto tiempo, os conocierais mejor ahora, mucho mejor?

—¡Nunca he decidido semejante cosa!

—¡Deja de mentir! —Angela golpeó la mesa con la mano e hizo sonar una taza de café que había a su lado—. Le echaste un vistazo a Dane y decidiste que, puesto que él sentía compasión por ti, ¡podrías hacer que sintiera otras cosas!

—¡Cómo te atreves a acusarme de algo así! —Suzanne estaba

pálida.

Y sabía cuál era la respuesta: Angela no podía reaccionar de otro modo, porque no tenía otro modo de comportarse. Pero no era por amor. Lo que ella quería era a Dane con todas las cosas que lo acompañaban: dinero, estilo, poder...

—¡Porque es cierto! Lo he sabido desde el primer momento en que te vi. ¿Qué has sentido cuando has visto que no ibas a llegar a nada con él? ¿Que él no se siente atraído por niñitas inocentes e indefensas?

Angela hizo una pausa, y luego agregó:

—Dane Sutherland quiere a una mujer. ¡No quiere una niña!

—¿Entonces, por qué reaccionas de este modo? ¿Qué temes de mí?

—¿Lo has decidido cuando te diste cuenta de que una ropa como ésa podía atraerlo?

Suzanne se sintió herida y humillada.

—¡Eso no es cierto!

—¿Es que crees que porque hayáis tenido un episodio en la cocina, en un momento en que él no estaba demasiado lúcido, habías conseguido lo que querías?

—No hemos tenido... —empezó a decir Suzanne, pero no pudo continuar con la mentira.

—Jamás conseguirás lo que te propones. Dane pudo sentirse atraído hacia ti porque se lo has puesto en bandeja, pero no significas nada para él. ¿Comprendes? Dane y yo congeniamos y nos comprendemos. Y yo quiero tenerlo.

Suzanne se puso de pie. Se sorprendió de que Angela no la hubiese despedido de su trabajo. Tal vez no fuera una gran ofensa haberse ido para no escuchar los insultos de un jefe. 0 tal vez no podía echarla. Simplemente tendría las manos atadas.

Angela había dicho que quería conseguir a Dane. Esa quería decir que todavía no había nada entre ellos.

Suzanne se estremeció. Angela se acababa de convertir en una enemiga muy peligrosa.

Capítulo 7

SUZANNE no vio a Dane hasta el final de la semana. Había deseado que volviera el miércoles, pero todos los días al terminar el día se acostaba con la decepción de no haberlo visto.

Por tanto, el jueves, cuando todavía no había sabido nada de él, se dijo que tal vez su ausencia representaba más un alivio que una decepción.

Esa noche soñó con Angela y Dane, que junto a ella constituían un triángulo. No recordó los detalles la siguiente mañana, pero sabía que el sueño había tenido todas las características de una pesadilla.

Fue una coincidencia encontrarlo al día siguiente de aquel sueño tan inquietante. Suzanne acababa de lavar los platos de la cena y pensaba irse a dormir, cuando escuchó la puerta de entrada. Al oírla se le hizo un nudo en el estómago.

Salió de la cocina deprisa y entonces se lo encontró. Se estaba arremangando las mangas de la camisa, y no pareció sorprenderse al encontrarla tan de repente, y siguió haciendo los movimientos que estaba haciendo, sin apenas mirarla.

Entonces Suzanne, que hasta ese momento había estado pensando irse a la cama, finalmente inició con él una conversación al preguntarle:

—¿Qué tal el viaje?

—Bien. Muy bien —le contestó mirándola—. Valió la pena el esfuerzo puesto en las negociaciones. Finalmente las cosas parecen empezar a funcionar. América era un paso intermedio para mis objetivos. Siempre has tenido tanta curiosidad sobre mi viaje a América... Te diré que según van las cosas, mi autoexilio habrá valido la pena —le sonrió, y luego agregó, cambiando de tema—. ¿Queda algo de café?

—¿Tiene algo que ver con Martha todo esto? —preguntó ella.

El le dedicó una mirada intrigante.

—¡Oh, sí! Tiene que ver con Martha —pero preguntó nuevamente—: ¿queda algo de café?

—¿Un café caliente, y recién hecho, esperando que lo pongan en una taza? No.

Dane no había dicho casi nada sobre Martha, pero ella no se atrevía a preguntar más, después de lo ocurrido entre ellos.

—¿Y no puedo convencerte de que me hagas un café? —se rió él.

—No, no creo. Pero si lo preparas, podrías hacerme uno, ¿no?

Ella se alegraba de que la relación entre ellos volviera a la normalidad, y de que él no hubiera mencionado el episodio íntimo entre ellos.

A los diez minutos estaban tomando café frente a frente en la cocina. Se encontraba cómoda así en esa familiaridad con él, con su ropa más vieja, y sin maquillaje, y escuchándolo hablar. Pero tal vez esa situación familiar fuese peligrosa a la vez.

Él le habló de Nueva York. Le contó sobre lugares de los que ella jamás había oído hablar. Ella nunca había podido hacer viajes así. Y lo escuchaba con entusiasmo. Pero él no volvió a mencionar a su madrastra.

—Estás haciendo algo muy peligroso sentándote ahí y dedicándote a escucharme —dijo él, de pronto, mirándola.

—¿Qué?

—Estás alimentando mi ego con esa atención que me prestas —y se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en la mesa—. ¿No te dijo tu padre que semejante atención puede ser turbadora?

—No.

¿Debía tomarlo en serio?

—No, por supuesto que no. Estaba demasiado ocupado hablándome de los pájaros y las abejas aún cuando tenía catorce años.

—Por supuesto...

—Aunque yo ya sabía todo eso por mis amigos...

—Claro...

—¡Deja de mirarme así! ¿Quieres? —se quejó Suzanne.

Suzanne acababa de darse cuenta de que él tenía una barba incipiente.

—Acabo de descubrir que me gusta mirarte...

Ella se rió nerviosamente y se puso de pie.

—¿Adónde vas? ¿Te he incomodado? —él se puso de pie también.

—A la cama —le contestó yéndose—. Y no, no me has

incomodado —mintió.

—¡Qué buena idea! Me alegra oírlo. Aunque sospecho que me estás mintiendo —se sonrió él.

—Tienes un ego tremendo —le dijo ella, notando que él la estaba siguiendo, y preguntándose qué se proponía.

Llegaron a la puerta del dormitorio de Suzanne. Él nunca había entrado allí desde que ella se había mudado a su casa. Y no creía que fuera a entrar, aunque emplease un tono seductor.

—¿Por qué crees que cada palabra tuya me deja en un estado de nerviosismo?

—Porque tu cara es transparente, y te delata.

—No me pongo nerviosa cada vez que tú me dices algo. No eres un turbador extraño que ha irrumpido en mi vida con un caballo blanco, como el príncipe de un cuento de hadas... Te conozco desde hace mucho tiempo. No debes dejar volar tu imaginación.

Sus palabras habían sonado bien. Pero él seguramente no estaría dispuesto a aceptar que se había equivocado al juzgarla. Y se reía mirándola.

—Tendré que hablar con mi ego esta noche —se rió él.

—Supongo que estás demasiado acostumbrado a que las mujeres se te echen encima. Pero no me metas en el mismo saco que a ellas.

—¿Ni siquiera después de lo que ocurrió al terminar la fiesta?

Hubo un silencio. Y Suzanne se dio la vuelta para abrir la puerta.

—Preferiría no hablar de ello.

—Estoy seguro de que prefieres no hacerlo —contestó él.

Él ya no sonreía. Pero era peor, porque se hacía más evidente la mirada de deseo.

Ella abrió la puerta y se resguardó en la habitación.

—¿Aún no hemos acabado de hablar, no, Suzie? Acabamos de empezar...

Ella sintió que se le aceleraba el corazón. Pero contestó con voz firme:

—Estoy cansada. Ha sido una semana muy dura.

Y era cierto. Angela no había vuelto a hablar con ella, pero de todos modos había tenido que estar atenta a un posible ataque de esa mujer feroz.

No le había dicho nada a Robert, pero él se había dado cuenta

de que algo no andaba bien.

Y por otra parte, no esperaba que él abriera la puerta y se metiera en su habitación. Que fue lo que él hizo.

Entonces le preguntó qué hacía allí, a lo que él contestó:

—Viendo cómo tienes la habitación —una respuesta perfecta.

Él miraba a su alrededor, las fotos y pequeños adornos que ella había colocado por allí. Cosas cuyo valor era sobre todo sentimental.

—No he hecho nada en ella —contestó Suzanne cruzando los brazos.

—Parece más alegre que el estudio en el que estabas —él se detuvo frente a una foto del padre de Suzanne con ella, en los tiempos felices.

—He puesto más cosas personales.

Él se detuvo a mirar un adorno mejicano, que ella le había ragalado a su padre en un cumpleaños de hacía unos diez años. Lo levantó, lo examinó.

Suzanne esperaba al lado de la puerta, preguntándose hasta cuándo estaría curioseando.

—Si quieres hacer algo más en la habitación, puedes hacerlo.

—¡Oh! Me gusta como está —exclamó ella.

Él la miraba mientras hablaba, y lentamente se acercó a Suzanne, lo que fue interpretado por ésta como que se iba a ir, ya que la puerta estaba allí.

—¿Te vas, verdad? La puerta está aquí.

—Siempre cruzas los brazos cuando hablas conmigo. Un psicólogo podría interpretarlo de alguna manera, estoy seguro.

Entonces (legó hasta ella, y le descruzó los brazos, dejándolos paralelos a ambos lados de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo?

—Cuando estás así, con los brazos cruzados, parece que te estuvieras defendiendo de un ataque. 0 que te avergonzaras de tu cuerpo —él se sonreía con picardía, pero había algo más en su mirada. Lujuria, tal vez.

—¿Tengo que temer algo de ti? No te temo, de todos modos. Y tampoco me avergüenzo de mi cuerpo. Reconozco que no me sentía bien como estaba cuando llegué a Londres, pero ahora he perdido peso —y tuvo la tentación de cruzarse de brazos nuevamente, pero

no lo hizo—. Nunca seré pequeña y delicada, pero no me molesta eso.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a molestarte? Yo tampoco he querido nunca ser pequeño y delicado —dijo él.

Y ella se rió.

—No, supongo que las mujeres de tu vida no lo hubieran apreciado.

La cercanía de él la estaba haciendo perder fuerzas.

—No hay mujeres en mi vida de momento.

—¡Oh! Ya veo... ¿Y Angela?

—¡Ah, sí, Angela! Te has supuesto cosas que no son. No hay nada entre nosotros. Respeto su capacidad para los negocios, que es el motivo por el que la traje a trabajar aquí.

—¿Y no se te ocurre que tal vez ella piense de otro modo?

—Ya le he aclarado eso —dijo él, sonriendo.

Y fue suficiente. Suficiente para que ella se pusiera contenta.

¿Y por qué tanta alegría? Si él no se había enamorado de ella tampoco...

—¡Qué idea tan tonta la de que Angela y yo tuviéramos algo que ver! —él le acarició la mejilla con un dedo—. Ella es una empleada excepcional, pero, ¿crees que puede ser mi tipo? De todos modos debí advertirlo antes. Yo quise darle la gran oportunidad de su vida con este trabajo que le ofrecí. Pero ella interpretó ese gesto como algo más.

—¡Pobre Angela! —Suzanne sintió pena por la mujer.

—No hace falta que te apenes por ella. Su paso por esta empresa será algo que infle enormemente su curriculum.

—¿Quieres decir que se va a ir?

—Fue decisión suya, no mía —la mano de él se dirigió de la mejilla a la boca de ella.

Y ella sintió el vértigo en su corazón. —Pero a ella le gusta mucho su trabajo.

—Sí, pero se ha dado cuenta de que no conseguirá lo que esperaba conseguir, es decir a mí.

—Pensé que eran las mujeres las que creaban falsas expectativas en los hombres...

—Yo nunca la engañé. Jamás le he dicho que lo nuestro fuese más allá de una estricta relación de negocios. ¿Es culpa mía que

haya malinterpretado mis gestos?

—¡Oh, no! —contestó Suzanne sarcásticamente—. Ya veo que eres inocente totalmente en esta cuestión.

—¡Oh, bien! Me alegra ver que me comprendes.

Suzanne abrió los labios para protestar, pero antes de que pudiese decir algo, la boca de él se posó sobre los labios de ella, y la abrazó contra la pared.

Por un momento ella respondió con ardiente pasión, pero luego luchó por apartarlo de ella.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo ella.

Él entonces la rodeó totalmente con sus brazos, de modo que ella no pudiera rehuir su mirada.

Le dibujó el marco de la cara, y no dijo nada. Su mano se movió hasta el cuello de ella, y ese contacto sobre la piel la debilitó.

—No quiero convertirme en otro trofeo de Dane Sutherland, del que luego te aburras.

—Te deseo, Suzie.

—¡No puedes tener todo lo que deseas! —Y tú me deseas.

—¡No me estás escuchando!

—Me doy cuenta cuando te toco —y para demos

trar lo que decía, le desabrochó la camisa y dejó al descubierto sus pechos grandes.

—Por favor, Dane. Creo que será mejor que te vayas antes de que hagamos algo de lo cual luego nos arrepintamos —dijo ella, sabiendo que sus palabras sonaban muy poco originales.

—¿Cómo vamos a arrepentirnos de algo que queremos los dos?

—No creo en las relaciones pasajeras, Dane. No me han educado para ello. Supongo que te sonará muy extraño, pero es así.

—0 sea que tu idea es mantenerte virgen hasta que aparezca el hombre de tus sueños. Tarde lo que tarde. Y eso, siempre que lo sea, porque, no sé si te das cuenta, a veces la gente no es como aparenta ser. Y si no, mira los índices de divorcio...

—¿Y eso debe servir para acostarse con todo el que aparece? —preguntó ella, separándose de él, y yendo hacia la ventana.

—¿Por qué crees que la alternativa al celibato es la promiscuidad? Yo disfruto del sexo —dijo él, yendo hacia ella, y quedándose detrás, observando desde la ventana el jardín oscuro allí abajo—. Pero eso no significa que yo me pase el tiempo libre

tratando de meter mujeres en mi cama.

—Será que no tienes que esforzarte mucho.

—Yo no voy a la caza de mujeres. Ni intento conseguir trofeos. Personalmente no me parece un estilo de vida ni deseable ni saludable. Por otra parte, cuando dos personas se sienten atraídas, aunque no sea amor, y quieren acostarse, ¿por qué no hacerlo?

Parecía tan razonable… Que era difícil imaginarse que alguien no estuviera de acuerdo con él.

—Porque a veces la gente se hace daño, ¿no?

—¿Y no hay daño cuando se lleva un anillo de boda en el dedo? —se rió él—. No es romántico tu punto de vista, es simplemente ingenuo.

—Esa soy yo. Una irremediable ingenua —contestó ella con frialdad.

Y pensó que más que ingenua era una idiota. Porque Dane Sutherland era un hombre sexy, inteligente, encantador, rico, y un gran manipulador. Porque con tantos encantos él podía lograr convencer a cualquiera de cualquier cosa. Debía ser cierto que él jamás había ilusionado a Angela con una relación íntima entre ellos, pero había sido lo suficientemente hábil para atraerla y lograr que fuera a trabajar a Londres, para resucitar una empresa suya casi en quiebra.

—¿Es que no crees en el matrimonio en absoluto? Tu padre tuvo un matrimonio feliz antes de…

—Precisamente ése es el tema. Prueba mejor mis teorías, incluso. Mi padre tuvo la experiencia de un buen matrimonio, pero luego cometió la tontería de casarse con una mujer mucho más joven que él, que no tenía más interés que el de su cuenta bancaria ——contestó él con voz tensa.

—Cometió un error.

—Eso es lo que sucede cuando dejas que tu corazón mande sobre tu cabeza.

—¡Qué frío eres! ¿Así que pierdes la confianza en la institución del matrimonio simplemente porque tu padre se equivocó una vez?

—No, no le quito crédito a la institución del matrimonio. Simplemente no voy a meterme de cabeza en ella, porque encuentre a una mujer deseable.

Suzanne se dio la vuelta. Le costaba mantener una conversación

de espaldas, si bien no deseaba mirarlo a los ojos.

—¿Y cuándo piensas meterte en ella?

—Cuando encuentre a la mujer adecuada. Cuando pueda tomar la decisión sin prisas y con la mente bien clara. Y cuando vea que esa mujer pueda ser útil en el tipo de vida que llevo.

—¡Estoy muy impresionada por el modo tan lógico con que analizas estas cuestiones! ¿Tendrá que rellenar un formulario la mujer ideal? ¿Necesitará referencias?

—¡No seas ridícula!

—¡Yo no soy ridícula, eres tú el ridículo!

«La mujer adecuada». Ella sabía perfectamente lo que significaba eso. Alguien elegante, guapa, de buena familia. En definitiva, alguien totalmente distinto a ella, con quien sólo quería una diversión.

—¡No me digas que no vas a acostarte con ningún hombre si no tiene el matrimonio en su agenda!

—Eso es lo que pienso precisamente. ¡No se me ocurriría meterme en la cama con un hombre sólo para pasar un buen rato! ¡Sería muy desagradable para mí!

—¿Y qué problema hay con pasárselo bien un rato?

Dane parecía impaciente. Pronto se aburriría al ver que no lograría lo que quería.

Sabía que con él disfrutaría lo suficiente como para recordarlo toda la vida, pero no quería ser una solterona aferrada a los recuerdos, sin poder entregarse a otro hombre, porque nadie pudiera ocupar el lugar que Dane había tenido para ella.

Y estaba segura de que eso sería lo que pasaría.

—¿Cuándo se va Angela?

—Le he dicho que se tomase el tiempo que le fuera necesario. Pero no creo que esté más de dos meses aquí. Tiene buenos contactos en América, así que supongo que encontrará trabajo enseguida. Y por supuesto, mis referencias serán impecables.

—Un gesto muy amable de tu parte. Pero tú siempres te quitas peso de la conciencia con gestos amables.

—¡Oh, por Dios! —se peinó con los dedos el cabello, y puso expresión de disgusto—. Pensé que ya habíamos dejado claro eso.

—Tú sí lo has dejado claro.

—¿Tú no, verdad? Me sigues considerando un traidor. Te gusta

darme ese papel.

—No te doy ese papel. Simplemente quiero poner en claro que tampoco te va el papel de benefactor.

Él le sonrió. Ella quedó desconcertada ante su reacción.

—A ver si luego quieres que te hagan un altar, o algo así —siguió quejándose Suzanne.

El siguió sonriendo.

—¡Y no es gracioso lo que estoy diciendo!

—No, tienes razón. No es gracioso. Pero quizás te interese saber que así estás muy sexy, con ese enfado.

«Y tú estás permanentemente sexy», le hubiera contestado ella.

De pronto pensó si tendría sentido no entregarse a sus encantos. ¿Acaso no la estaba hiriendo ya? Pero no traicionaría sus principios. Aunque la idea

de un epitafio al pie de su tumba en el que dijera: «Solterona solitaria que nunca se entregó», tampoco le gustaba.

—Yo no estaría enfadada si no hubieras entrado en mi habitación sin mi consentimiento.

—Mi habitación —la corrigió él.

—¡De acuerdo! Es tu habitación. Pero ahora yo vivo aquí. Y tú me has convencido para que me quede. Creo que tengo derecho a cierta intimidad.

—No cuando yo quiero hacer el amor contigo. «Estate quieta», se dijo ella. —¿No puedes tolerar un «no» por respuesta? —No suelo darme por vencido antes de tiempo. —¡Eres la persona más vanidosa que conozco! Y él se rió.

—Y tú eres totalmente predecible. ¿Dime que no te pongo nerviosita cada vez que te digo algo así? Ella deseaba fervientemente que él se fuera. Porque apenas podía respirar teniéndolo tan cerca. —Dime que no me deseas —dijo él, más suavemente.

Y como ella era incapaz de contestar, él se inclinó y le tomó la cara con las manos. La besó suavemente, explorando su boca como si en ella encontrase un néctar divino.

Ella ya no luchó. Rodeó el cuello de él y se entregó al beso. Entonces, mientras la besaba, la llevó hasta la cama, y luego buscó un nuevo territorio donde explorar.

Él le desabrochó la camisa, y jugó con sus pezones a través del

encaje de su sujetador. Sus pezones se endurecieron con las caricias.

Luego, le quitó el sostén y ella sintió la humedad de la boca sobre sus pechos. Entonces lo apretó contra sus senos. El deso se apoderó de ella como un torrente imparable.

Le sacó a él la camisa metida en su pantalón, y deslizó una mano por su espalda. Podía sentir los duros músculos debajo de sus dedos. Luego bajó la mano hasta la cintura del pantalón.

Entonces él, con un quejido de excitación y deseo apremiante, se bajó la cremallera del pantalón y se lo quitó tirándolo al suelo.

Él siguió acariciándola más abajo, explorando su vientre. Y ella se excitó más y más, deseosa de sentirlo por todo su cuerpo. Por ello fue un alivio que él le quitase el pantalón.

Entonces vio cómo él se abría paso por el camino hacia su femineidad. Cerró los ojos. No podía hacer nada sino disfrutar de la exquisita sensación que se apoderaba de ella. No quería ver nada, ni pensar. Sólo quería sentir.

Las manos de él acariciaron sus muslos, y su lengua probó la dulzura más íntima ofrecida sólo para él. Ella suspiró, se quejó de placer... Apenas tenía consciencia de sí misma. Había perdido totalmente el control.

Él se incorporó levemente y llevó la mano de ella hasta la evidencia del deseo que lo inundaba. Ella se estremeció.

Pero entonces, cuando él se apretó contra su cuerpo, el sentimiento de excitación se transformó de pronto en pánico y racionalidad. En un segundo había visto cómo iba a ser su vida si él le hacía el amor, si dejaba que él conquistara su cuerpo por completo.

Ella ya estaba enamorada de él, pero si hacían el amor sería enteramente suya, y él lo sabría. No podría luchar contra el deseo de querer estar con él, y cuando llegase el momento de abandonarla, lo que ocurriría finalmente, ella no tendría dónde resguardarse, ni siquiera en el orgullo de su dignidad.

Se imaginó persiguiéndolo como un perro apaleado, esperando un gesto de amor por su parte... y él, en cambio, harto de ella, no le ofrecería absolutamente nada.

¿Y cómo no vivir cada día con la sensación de que podría ser el último?

El jamás se casaría con ella. Y ella no podría mantener una

relación en la que no hubiera algún compromiso después de cierto tiempo.

Y lo único que podía imaginarse que ocurriría después de cierto tiempo era que él se cansara de ella.

—Lo siento. No puedo —dijo ella.

Pensó que él no la había oído, porque él continuó.

—¡No! —exclamó.

Entonces él paró. Levantó la cabeza, y la miró.

—¿No? ¿Qué quieres decir con «no»?

—Quiero decir que no puedo seguir. Lo siento —lijo ella apartando la cara. Pero él la obligó a mirarlo volviéndola con su mano.

—Estás bromeando…

—No puedo hacer el amor contigo. Pensé que podía, porque tú eres tan persuasivo, y yo me siento atraída por ti… Pero…

—No me vas a chantajear con el matrimonio, si ése es el juego que planteas…

—¡No te estoy chantajeando con nada!

Ahora que él no la abrazaba, sentía frío.

—Hay un nombre para mujeres como tú —le dijo él cortante.

Entonces se levantó y se puso los pantalones. Ella miró su torso bronceado, poderoso, y enseguida desvió la vista.

—Lo siento —fue lo único que atinó a decir ella. Tenía ganas de llorar, pero disimuló las primeras lágrimas que asomaron a sus ojos.

Se sentía tentada de olvidarlo todo y pedirle que se quedara con ella, pero no lo hizo. En cambio se quedó mirando el suelo en silencio, y sólo al oír el portazo de la puerta que retumbó en toda la habitación se dio cuenta de que se había quedado sola. Entonces suspiró profundamente, se echó hacia atrás, y se hundió a llorar en la almohada.

Capítulo 8

ERA difícil de explicar en detalle el cambio que se había operado en Darse. Pero la relación de Suzanne y Dane había dado un giro de ciento ochenta grados. Darse parecía haber pasado de Doctor Jekyll a Mr. Hyde.

Durante las dos semanas siguientes, apenas lo vio, y cuando lo había visto, su actitud hacia ella no era hostil, ni expresaba la frialdad de quien está ofendido, sino que se limitaba a una cortesía despojada del más mínimo sentimiento. Había algo terrible en ese comportamiento.

Y ella sentía un gran dolor al pensar que jamás le volvería a ver en los ojos la llama del deseo, ni que nunca más ella iba a ser motivo de sus bromas, y ni siquiera iba a ser nuevamente su interlocutora cuando hablase de sus cosas, de ese modo tan lúcido como irónico en que lo solía hacer.

No se había imaginado cómo echaría de menos todo eso.

Echaba de menos verlo, mirarlo, deleitarse observando su cuerpo. ¿La echaría de menos él también? ¿0 habría logrado quitársela de la mente sin esfuerzo?

Pero por el modo de comportarse, parecía un hombre dispuesto a seguir su vida normalmente, sin dejar que el antiguo deseo por ella interfiriera.

Por las noches, echada en su cama, fantaseaba con él. Pero en sus fantasías él era apenas una sombra del hombre que había sido. Dejaba de lado su arrogancia, su auto—control, y echaba abajo la puerta de su habitación para declararle su amor...

A la mañana siguiente, sin embargo, se encontraba con la realidad: en el momento en que lo veía, a punto de irse al trabajo o de salir a algún sitio, aparea cía el hombre que era en verdad; arrogante, controlado...

Entonces Suzanne empezó a trabajar más horas que antes, simplemente para no estar en el apartamento. Se quedaba sola en la oficina, revolviendo los legajos, extendiendo su trabajo más allá del que se le había asignado. Robert, en cambio, se iba a su hora, porque no quería robarle tiempo a los encuentros con su novia.

Era un modo de no pensar en Dane. Y además sentía un cierto

placer en investigar información y cuestiones que no estaban ligadas directamente con su trabajo, lo que jamás_ podría haber hecho en presencia de Angela. No había nado malo en ello, pero seguramente no habría podido hacerlo con semejante impunidad en presencia de Angela. No había oído

nada más acerca de su marcha de la oficina. Pero era evidente que Angela ya no se mataba por un trabajo que estaba a punto de abandonar.

Aunque también era notorio que debía dejar algunas cosas resueltas antes de irse, porque una vez que Suzanne había ido a la oficina muy temprano, sobre las seis y media, después de una noche casi en blanco, se la había encontrado en su escritorio ya. Esa vez Angela no había visto a Suzanne, y ésta tampoco había querido hacer notar su presencia.

Un día, cuando Suzanne estaba absorta en la lectura ávida de legajos, encontró algo que supuso una bomba. Pero al principio no se dio cuenta de que lo que sostenía en sus manos era dinamita.

Lo que llamó su atención fue el hecho de que el legajo estuviera incompleto. Le faltaban los detalles acerca de conversaciones previas, cartas de directores financieros y de bancos, sólo el apunte de unas partidas escritas a mano por Angela. Entonces tuvo la sensación de que lo que acababa de descubrir una tarde del viernes a las ocho y media, cuando toda la gente de su edad seguramente estaría celebrando el comienzo de fin de semana, era algo que ella no debía haber visto, y que había hallado por casualidad. Ni siquiera estaba con los demás legajos. Estaba caído al final de todo, y de no haber sido porque ella había forzado el cajón hasta el final al tirar de él, seguramente no lo habría encontrado. La persona que lo hubiera puesto allí, habría errado el cajón, y lo habría puesto equivocadamente entre el fondo del cajcin y la pared, o se habría caído allí.

No podía haber sido Joan, la secretaria legendaria, cuya eficiencia y precisión eran indudables. Tal vez habría sido la empleada temporal que había trabajado con ellos durante dos días, después de los cuales Angela la había despedido por incompetencia.

Recordaba perfectamente a la chica, Julia Femes. Le había caído bien. Pero Angela la había tildado de «charlatana y no a la altura del trabajo que se le había asignado». Se lo había oído decir a la

agencia que la había enviado, hablando por teléfono un día que ella misma estaba esperando sentada en su oficina, esperando supervisar unas cuentas con Angela.

Esa noche no regresó a casa hasta las diez de la noche. El apartamento estaba vacío, y siguió vacío durante sábado y domingo. Ese fin de semana fue a la oficina a trabajar también. Para entretenerse en algo. Entró con una tarjeta de acceso codificada. Era un privilegio que se les daba a los empleados de la dirección, y ella acababa de estrenarlo.

Después de unas cinco horas de investigación y comprobaciones, y algunas llamadas telefónicas, se dio cuenta de que la empresa que figuraba en el legajo que había hallado no existía. Había sido inventada. Y en cinco minutos se dio cuenta de que para averiguar más sobre el asunto debía entrar en la oficina de Angela, lo que hizo con extremo cuidado, de puntillas, como si fuera un niño que entra en una habitación prohibida.

La oficina de Angela era igual que ella. Impecable y ordenada. No había ningún objeto personal en ella.

Pero no había ninguna información que pudiera encontrarse en los archivos que formaban parte del

mobiliario de su escritorio. Y en la siguiente semana, lo que había empezado siendo una especie de rompecabezas a resolver, se convirtió para Suzanne en una necesidad compulsiva de encontrar todas las piezas a cualquier precio.

Un sábado por la mañana, Suzanne estaba bebiendo una taza de café, vestida con vaqueros y una camisa de hombre a rayas suelta, lista para ir a la oficina a seguir el rastro del enigma, cuando apareció Dane.

Llevaba una semana sin verlo, y después de tanto tiempo su presencia la puso nerviosa. Era evidente due todavía era muy vulnerable en relación a él.

El se sorprendió tanto como ella de verla allí. Aunque pareció recuperarse rápido de la sorpresa y fue a hacerse un café.

Unas semanas atrás él le hubiera pedido que le hiciera un café,

pero parecía haberse perdido esa familiaridad.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó cordialmente mirándola brevemente, mientras se instalaba en la mesa de la cocina para leer el periódico.

—A trabajar.

Suzanne se preguntaba al verlo si los encantos que había desplegado con ella habrían sido una estrategia simplemente para llevarla a la cama.

Él hizo una mueca y siguió leyendo el periódico.

—Gracias por interesarte tanto —dijo ella fríamente.

Él no dijo nada. Siguió echando un vistazo a los titulares de la primera página, cruzó las piernas y contestó, mirándola por primera vez desde que se había ido de su habitación dando un portazo y lleno de rabia.

—¿Es esto lo que quieres, Suzie? ¿Que te preste atención y me interese por cómo pasas un sábado?

—¡Oh, olvídalo! —dijo ella, metiendo la taza en el fregadero y lavándola luego.

Al darse la vuelta vio que él la seguía mirando.

—Como todas las mujeres, te duele pensar que yo no me muero por ti.

—¡Por supuesto que no! —negó Suzanne.

—¿Acaso esperabas que derribase la puerta de tu habitación?

—Me voy —dijo ella pasando al lado de él.

Pero él la detuvo sujetándola por la muñeca, aunque permanecía sentado a la mesa.

—¿Por qué vas a trabajar, Suzie?

Ella sabía sin embargo que no tenía el más mínimo interés en lo que le preguntaba.

—Porque la atmósfera allí es más saludable que la que hay aquí.

—Tú has dejado bien clara tu posición: nada de cama sin amor y matrimonio. Así que por favor… Ahórrame el típico rencor femenino… —dijo fríamente.

—Debí imaginármelo… —dijo ella, sin pensar mucho en lo que decía—. Que una vez que mi utilidad para tranquilizar tu conciencia rescatándome de la miseria y la angustia se hubiera acabado, y que la idea de llevarme a la cama hubiera fracasado, todo lo que yo dijera o hiciera sería irrelevante para ti.

—¡Pobre, mi pequeña Suzie! —dijo él, soltándole la mano—. ¿Quieres que sea una figura paterna, ahora, para ti?

¿Cómo se le ocurría semejante cosa? No podía ni imaginarlo en ese papel.

Pero de algún modo él había metido el dedo en la llaga. Porque él había sido la primera persona, después de la muerte de su padre, que la había escuchado. Y le dolía pensar que todo había sido una artimaña para seducirla.

—Soy una estúpida. No debí decir eso.

Él se puso las manos detrás de la cabeza y la miró sin decirle nada.

Ella se arregló nerviosamente el pelo.

—Echo de menos hablar contigo —se escuchó confesarle—. ¿Tú no echas de menos hablar conmigo?

Y pensó que eso era el amor, algo que la hacía decir cosas que era mejor no decir.

—¿Entonces por qué te vas a trabajar hoy?

—Estoy trabajando en algo —dijo ella irguiéndo~.

—¿En qué?

—En distintas cosas. Nada importante —Suzanne se sintió incómoda ante la pregunta, pero contestó como distraída.

—¿Qué estás ocultándome?

La voz de Dane era amenazante. Tanto que ella dio dos pasos hacia atrás. No tenía sentido contarle sus sospechas hasta que no tuviese los datos bien amarrados.

—Nada —dijo ella enseguida.

—¿Seguro que vas a trabajar? —preguntó él, como cambiando de tema—. No hace falta que te sientas incómoda ante mí si vas a encontrarte con un hombre. ¿Acaso piensas que voy a estar celoso? ¿Es por eso que vas a salir?

—Sí ——contestó ella, aliviada ante lo que parecía una escapatoria—. Sí, eso es. Soy una tonta por haberme sentido incómoda si lo decía, pero ya me conoces —se rió nerviosa.

Él no se rió.

—¿Y vas a acostarte con él? Olvídate de que te lo he preguntado —se levantó y fue hacia el fregadero.

Entonces dijo de espaldas a ella—: Si quieres traerlo

aquí esta noche, hazlo. No estaré por aquí.

—¡Oh, claro! Lo pensaré. Gracias —dijo ella. El se quedó mirando por la ventana.

¿Adónde se iría él esa noche? Ella se moría de celos, al pensarlo, mientras se dirigía al metro. Angela ya no andaba por allí.

Durante el rato que estuvo en la oficina trató de distraer ese pensamiento pensando en el misterio de la empresa inexistente, pero no funcionó.

Pero ahora la asaltaba otra duda.

¿Creería él, como lo había hecho Angela, que ella iba detrás de su dinero y de un anillo de bodas?

La sola idea le dio náuseas.

La hija del chófer que busca escalar posición en la sociedad. Él sabía bastante de eso. Su propio padre se había casado con una mujer así.

Casi pasa de largo por el bloque de la oficina de distraída que estaba con sus elucubraciones.

Pero una vez allí, recordó la tarea que la esperaba, y subió las escaleras deprisa. Luego se aseguró de que no hubiera ninguna sorpresa desagradable esperándola, como que estuviera Angela rondando o algo así.

En un cajón pequeño de su escritorio, después de

haberlo limpiado de clips, basura y bandas elásticas,

había almacenado fotocopias de todo lo que iba descubriendo.

Ahora se disponía a trabajar, y de momento no pensaba en Dane.

La oficina de Angela tenía la llave en la puerta. Se aseguró nuevamente de que no había nadie allí, y entró.

Entonces, haciendo uso de un conocimiento que había adquirido a los trece años al lado de un compañero de clase cuyo padre trabajaba fabricando cajas—fuerte, abrió con una tarjeta de crédito un cajón del escritorio de Angela que permanecía cerrado con llave.

Hizo fotocopias de todo. Luego, a solas, analizaría todo el material. De momento no quería exponerse a que la descubrieran. Pero a simple vista, por las cifras que aparecían en las primeras columnas, las cosas estaban peor de lo que ella imaginaba.

Trabajó rápido y silenciosamente, alerta a cualquier ruido que pudiera oír.

A las siete volvió al apartamento, y eran más de las once cuando

terminó de leer los documentos fotocopiados.

A medianoche oyó que volvía Dane. ¿No había dicho que pasaría la noche fuera? Recogió rápidamente los papeles desparramados sobre la cama, y los escondió en uno de los cajones de la mesilla.

No se imaginó que fuera a entrar en su habitación, y cuando lo hizo, se alegró de haber escondido los papeles. Pero después de esto, lo segundo que pensó fue que no se había ni molestado en golpear la puerta. Suzanne se sintió indignada. Había abierto la ptlclla como si tuviera derecho a hacerlo, y ahora estaba allí, de pie, dibujando su silueta en el marco de la puerta.

—¿Sí? —le preguntó, incorporándose en la cama, y sentándose con las piernas cruzadas por debajo. Su camisola dejaba parte de sus muslos al descubierto, pero no podía remediarlo—. ¿Quieres algo, o te has equivocado de habitación?

La cara de él se ensombreció, y su gesto se descompuso completamente.

—Estás levantada todavía —dijo simplemente, con la mano todavía en el picaporte. No parecía tener intenciones de entrar.

—Sí, estoy levantada todavía.

—¿Qué estás haciendo, sentada en la cama de ese modo? ¿Leyendo? No veo ningún libro...

La miraba severamente, pero había algo torpe en su expresión que no alcanzaba a entender.

—No estaba leyendo ningún libro —se ruborizó, pensando en los documentos del cajón.

Tarde o temprano tendría que contárselo, pero no en ese momento.

—¿Entonces qué estás haciendo?

¿Es que su arrogancia no tenía límite?

—Practicando el antiguo arte de la meditación trascendental ——dijo ella.

En la oscuridad, la figura de Dane allí, de pie, era inquietante.

—Y ahora, si no te importa...

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Por qué tienes ese aspecto misterioso?

Ella se sintió más culpable aún.

—No ocurre nada. Y no hay nada misterioso. ¿Has estado

bebiendo por casualidad?

—¿No me digas que escondes un hombre en el ropero? —la expresión de Dane pareció delatar algo más, además de su frío sarcasmo.

¿A qué quería llegar?

—En el baño —dijo ella—. El pobre chico desapareció en el mismo momento en que oyó la puerta de entrada. Él pensaba, lo mismo que yo, que ibas a estar fuera toda la noche.

Hubo un silencio tenso, en el que ella lo observaba cómo miraba alternativamente hacia el ropero y el baño.

¿Sospecharía realmente que ella había escondido un hombre en el baño? La sola idea casi la hacía estallar de risa.

Ella abrió la boca para decirle que era una broma, pero él no le dio tiempo. Dio un paso hacia atrás y cerró la puerta de la habitación, dejándola sola.

Suzanne no tenía demasiado tiempo para pensar en lo que acababa de ocurrir. Le preocupaba más qué haría con todos esos papeles del cajón.

Pero no podía hacer más que una cosa con ellos, pensó con resignación.

El lunes a las cinco y media de la tarde, cuando la oficina empezó a quedarse vacía, paró a Angela, quien salía con su maletín, y le preguntó si podía hablar un momento con ella.

Ella había estado deseando la quietud del lugar para hablar, pero ahora que llegaba el momento hubiera deseado más ruidos que la distrajeran un poco de lo que tenía que hacer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Angela irritada ante

la interrupción de sus planes para esa tarde.

Suzanne la miró, como si quisiera descubrir al

gún rastro de arrepentimiento en la cara de la mujer. —A menos que sea importante, lo que me tengas

que decir tendrá que esperar hasta mañana. Suzanne sonrió y dijo:

—Me temo que es bastante importante.

—Cinco minutos puedo dedicarte. Luego tendré que irme —Angela se dirigió a su oficina, esperando que Suzanne la siguiera.

Cinco minutos bastarían, pensó Suzanne, mientras volvía a recoger el legajo que había encontrado detrás del cajón, con sus

originales.

Si Angela revisaba el legajo, y le salía con algo que pudiera probar su inocencia, dejaría las cosas como estaban... '

Cerró la puerta de la oficina, pero no se sentó, aunque Angela lo hizo.

—Sé que estás ocupada —dijo sin preliminares—. Sin embargo creo que te interesará ver esto —y sacó el legajo, como si fuera un mago que saca un conejo de un sombrero—. Lo encontré hace unos días caído detrás del cajón de los archivos, en la oficina.

—¿Y por qué va a interesarme ver eso?

—Porque aparece tu letra en los papeles. Parece tratarse de una compañía que no existe. Lo sé. Lo he comprobado.

Angela no tomó el archivo. Se levantó y fue hacia la ventana y miró a través de ella, dándole la espalda a Suzanne.

Suzanne había esperado que todas sus sospechas fueran infundadas, que el asunto quedase terminado, pero ahora veía que no sería así.

—También encontré otros papeles —dijo Suzanne con calma—. Parece que algo no anda bien aquí y creo que tú sabes a qué me refiero.

Angela se dio la vuelta para mirarla. Ahora parecía
mayor, y sus rasgos se habían endurecido más aún.

—¿Has estado muy ocupada, no es así? Pon ese
legajo en mi escritorio, y vete —dijo Angela.

—Por supuesto —dijo Suzanne dando un paso atrás—. Tengo fotocopias de todo, naturalmente.

Se miraron mutuamente, como combatientes en una pelea de boxeo. El aire era tenso.

—Has estado metiendo tus narices en puertas cerradas con_ llave, ¿no es así? —Pensé que la gravedad del caso lo merecía.

—Te podría haber echado a la calle por ello.

—No creo —dijo Suzanne, y sus palabras sonaron más valientes de lo que ella se sentía—. Te vas de aquí pronto, y de todos modos, no te hubieras arriesgado a hacerlo sabiendo que yo sé lo que sé. Angela parecía nerviosa.

—¿Cuánto quieres?

—¿Qué? —Suzanne no podía creerlo.

—¿Cuánto? Por mantener la boca cerrada...

—No quiero dinero —Suzanne se acercó a la puerta—. Esto es algo que tienes que arreglar con Dame. Es cosa suya lo que haga contigo —la miró con horror.

—En ese caso, quiero que tengas algo claro. En una semana estaré fuera de aquí. Si cometes el error de decir algo a alguien, te aseguro que tu querido Dane va a pagarlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El sólo quiere una cosa —dijo sonriendo Angela, sin el más mínimo humor—. Y yo me aseguraré de que no lo consiga si le dices algo de esto.

—¿Qué cosa?

—¿No te lo ha dicho? Me sorprendes. Pensé que vosotros erais inseparables. Él no te quiere a ti, que

rida, como nunca me quiso a mí. Lo único que quie

re es la empresa de su padre y la venganza contra su madrastra.

Angela se dio cuenta de la expresión de sorpresa de Suzanne.

—¿Por qué piensas que regresó cuando lo hizo? Porque los acuerdos básicos para la entrega de la compañía de Martha estaban casi terminados.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó Suzanne.

—Casi. Dane sólo dice lo que quiere, como te habrás dado cuenta, querida. No, cuando yo trabajé con él en Nueva York, tenía acceso a los archivos. Un par de llamadas me advirtieron de la existencia de un legajo muy especial, hice mis comprobaciones y descubrí todo por mi cuenta. Era una información que pensaba guardarme, o almacenarla para tiempos peores. Los tiempos peores han llegado, desgraciadamente, y tengo los medios para destruir lo que más valor tiene para él.

Hizo una pausa. Luego agregó:

—La cuestión es la siguiente: tú me delatas, y te arriesgas a destruir el objetivo de su trabajo de los úlitmos tres años. Si lo haces, él nunca te perdonará, y ¿dónde irás a parar tú y tu estúpido amor? —son

rió como un reptil—. No es que hayas tenido alguna vez la posibilidad de casarte con él, pero... ¿Quieres que te odie? Espero que podamos entendernos...

Suzanne no le confirmó ni le negó nada. Simplemente llegó hasta la puerta y la cerró. Salió hacia el corredor, y bajó las

escaleras.

Afuera, al aire libre, todavía se sentía sofocada. La elección era muy simple: dejar que Angela saliera impune de un fraude, o arruinar el proyecto de Dane de recuperar la compañía de su padre.

Volvió al apartamento. Preparó la cena, que no pudo comer, y esperó a que volviera Dane.

A las once se oyó la puerta de entrada. Ella había tenido tiempo de bañarse, ponerse sus vaqueros, y pensar acerca de lo que tenía entre manos y cómo manejarlo.

Lo detuvo cuando él se disponía a entrar en su habitación.

—¿Sí? —preguntó él, mirándola con frialdad.

—Tengo que hablar contigo.

—Ahora no —él se dispuso a seguir sus movimientos.

—Por favor, es importante —le dijo ella, sujetándole dale la muñeca.

Dane la miró, luego se encogió de hombros. Ella lo llevó hasta el salón y comenzó a caminar de un huso a otro con impaciencia, hasta que él le dijo:

—¿Quieres sentarte? ¡Me estás poniendo enfermo con ese ir de un lado para otro!

Suzanne se sentó, inclinada hacia él, con los codos apoyados sobre sus rodillas.

Y se cruzó de piernas.

—Si puedes mantenerte despierto, pienso que te interesará lo que te voy a decir.

El respondió con un gesto de indiferencia, y luego dijo:

—Supongo que podré soportarlo.

—No sé por dónde empezar.

Se levantó y comenzó a dar vueltas otra vez.

—Lo siento, me he olvidado de que te ponía nervioso —y entonces se sentó otra vez—. Y no puedo permitirme ponerte nervioso, ¿no? El asunto es que he estado trabajando mucho en la oficina.

—Si se trata de un aumento… Tendrás que discutirlo con tu jefa. Deberías esperar a que Angela se vaya, entonces. No creo que encuentres demasiada comprensión por su parte en ese asunto…

El comenzó a levantarse, entonces ella dijo rápidamente:

—No tiene nada que ver con eso. Es sobre Angela.

Hubo un silencio y él se sentó nuevamente, esta vez con expresión de interés.

—¿Qué ocurre con ella?

—He estado haciendo un montón de trabajo extra, indagando en legajos, más que nada por curiosidad, y usándolos como una especie de modelo para ver si yo los hubiera llevado del mismo modo.

—¿Y?

—Y encontré un legajo por casualidad. Estaba caído, o escondido detrás de los archivos, entre el cajón y la pared. Era un legajo de Angela con notas en su letra, y la mención de una compañía que he descubierto que no existe.

—Ya veo —respondió él con calma.

—Ha estado malversando fondos, Dane. Lo siento, tengo otra documentación que lo prueba. No lleva mucho tiempo haciéndolo, pero las sumas de dinero han ido en aumento.

—Ya…

—Puedo mostrarte todo —le dijo ella poniéndose de pie.

El la miró con la misma frialdad anterior, y le preguntó:

—¿Hay algo más?

—Sí —ella dudó un momento—. Me ha dicho que si te lo decía, estropearía tus planes de hacerte con la empresa de tu padre.

—¿Te ha dicho eso? —su rostro se ensombreció, y se puso de pie.

—Aparentemente ella descubrió tus planes por casualidad y luego indagó hasta que encontró la prueba que lo confirmaba.

—Ya veo —su calma era más inquietante que una explosión de ira—. Gracias por decírmelo —le dijo él, pensando en otra cosa.

Luego la miró detenidamente y le dijo:

—Mañana haremos un pequeño viaje. Ha llegado el momento de volver a casa.

Capítulo 9

SE fueron poco después de almorzar, con el sol brillando sobre un cielo azul. No era un día ideal para confrontaciones. Pero estaba claro que iba a haber una.

Dane no fue a trabajar. A las siete y media, cuando Suzanne se levantó, se encontró con Dane hablando por teléfono en voz baja, frente a un montón de papeles.

Levantó la vista al verla, pero inmediatamente siguió con su conversación. Ella entonces abandonó la sala y cerró la puerta.

Suzanne había tenido tiempo de pensar acerca de lo que ocurría. Poco a poco fue encajando las piezas: su viaje a América, su regreso a Inglaterra, su conocimiento sobre lo que había pasado con la empresa de su padre. Él se había preparado para el ataque, observando primero, informándose de todo lo que acontecía, esperando el momento propicio para actuar.

Ella preparó el desayuno, hizo una taza de café para ambos, pero cuando se acercó nuevamente a la sala, lo encontró hablando por teléfono aún. El le hizo señas de que dejara el café sobre la mesa, y entonces ella se retiró.

Dane no salió de la sala hasta después de las once. —¿Qué es lo que va a ocurrir, Dane? —le preguntó ella sin dilación al verlo aparecer.

—Gracias por la taza de café —y fue a sentarse a la cocina.

Se peinó con los dedos en un gesto nervioso.

—No me has contestado la pregunta. —Eres muy insistente —le dijo él.

—Pareces medio muerto. ¿Cuánto hace que te has levantado? —bebió un sorbo de café.

—Estoy en pie desde las cinco —contestó él, frotándose los ojos.

—¿Y llevas desde entonces hablando por teléfono?

—Sí. He estado despertando a la gente, y haciéndolos trabajar por su dinero.

—Estoy segura de que lo deben haber apreciado —contestó ella con una sonrisa.

Era extraño estar allí, conversando con él, cuando ella debiera haber estado en la oficina trabajando.

Era un alivio no tener que ver a Angela después de las acusaciones del día anterior.

—Exacto —él se levantó distraídamente, y se acomodó la camisa dentro del pantalón—. ¿Estás lista?

—Realmente me gustaría saber si es absolutamente necesario que vaya yo. Porque este asunto es algo tuyo exclusivamente, parte de unos planes ideados hace mucho tiempo. ¿Realmente quieres que yo esté por medio?

—Te estoy dando una oportunidad única en tu vida —le dijo él con una sonrisa perezosa que no estaba dirigida a ella sino a algo que tenía en mente—. Te llevaré al origen de toda tu amargura. ¿No quieres eso? ¿No quieres ver a Martha y tener la oportunidad de dar rienda suelta a la rabia que has dirigido contra mí en los últimos meses?

Ver a Martha. La sola idea le hacía aflojar las piernas. Nunca se había enfrentado a ella.

Cuando había muerto su padre había estado demasiado turbada como para descargar su amargura contra Martha. Y luego se había marchado a Londres, y Martha se había vuelto una figura borrosa en la distancia, que sólo conspiraba a veces para hacerla sentir peor.

—Supongo —dijo ella, dudosa.

Y él se rió, sin humor.

—¿Lo supones nada más? ¿Eso es todo?

—¿Qué sentido tienen ahora las recriminaciones hacia ella? —preguntó—. Lo negará todo. Me dirá que mi padre se podría haber ido cuando hubiera querido. Y que ella hizo lo que pudo para llevar la casa. Y yo no seré capaz de contestarle. Lo único que le preocupará será cómo echarme de su casa.

—Mi casa —la corrigió.

—Sí, lo sé. Pero ella lleva allí tres años, y tú no has vuelto desde entonces por tu casa. Debe considerarla suya.

—En ese caso, estará cometiendo un error grave —Dane miró el reloj, y entonces dijo—: Es hora de irnos.

A lo que ella contestó poniéndose de pie de inmediato y sonriéndole.

—Pareciera que van a devorarte los tiburones... Es un bonito día de sol, y no trabajas hoy...

—Es cierto. Trabajar hoy con Angela sería un poco incómodo

después de lo de ayer.

El se rió.

—¿Cuándo has decidido...? ——e1 coche de Dane había salido de la urbanización y se sumergía en las calles de Londres.

—¿Devolverle a Martha lo que le hizo a mi padre?

—Él fue feliz.

—Ella lo usó —su expresión era dura.

¿Tendría razón Angela en que él había dedicado todos sus esfuerzos a conseguir eso?

—No está mal esto. Podría acostumbrarme sin problemas...

—¿A qué? ¿A que te lleven en un BMW o a que te lleve yo en un BMW? —se rió él.

—El transporte público puede ser insoportable. Esos olores a sudor...

—Encantador... ¿Por qué no tomas un taxi para ir a trabajar?

—¿Y por qué no me voy a Marte en las próximas vacaciones?

Él se rió.

Suzanne miraba las calles atestadas de gente. Se preguntaba si no echaría de menos Londres si volvía a su pueblo. Porque ahora parecía haber llegado a superar la muerte de su padre. Y a construir su propia vida.

—Háblame —dijo él de pronto.

—¿De qué?

—De lo que quieras. Me gusta oír tu voz.

—Podemos hablar de Angela, si quieres.

—Háblame de lo que quieras menos del trabajo.

—Creo que debería volver a vivir al lugar donde nací.

—Es una buena idea. Siempre supe que iba a ser así.

—Gracias. ¿Supongo que es un alivio para ti, no?

—¿Por qué deduces eso, sólo porque digas que quieres volver al campo y yo esté de acuerdo contigo?

—Porque siento que con eso me dices que yo no

estoy hecha para vivir en Londres, que pertenezco al campo, donde las cosas son tan lentas como yo...

—No creo que hayas sido muy lenta en el caso de Angela.

—Jamás hubiera sospechado nada de no ser por que encontré ese legajo ahí escondido.

—Pero lo hiciste, e indagaste hasta descubrir lo que pasaba.

—Sí, soy un genio...

—Será una pérdida muy grande para la compañía que te vuelvas al campo.

—Sí, seguro. Se quedarán llorando, estoy segura.

—¿Vas a volver a trabajar?

Suzanne pensó que él había dado por hecho que ella dejaría su empleo. Era evidente que él no veía la hora de sacársela de encima.

—No. Es una empresa demasiado pequeña.

—Sabía que dirías eso...

—Me gustaría que no actuases como si lo supieras todo. ¿Para qué te molestas en preguntar entonces?

—¿Tienes hambre?

—No.

—Pararé en una estación de servicio. Podemos tomar unas salchichas y patatas fritas.

La estación de servicio estaba llena de gente. No era un lugar muy agradable. Ella comió de prisa.

Y cuando Dane se puso a hablar sobre la calidad de la carne, Suzanne le dijo que nuevamente actuaba como si lo supiera todo, incluso sobre hamburguesas.

—Lo tendré en cuenta —le contestó él.

—¿Por qué estás de tan buen humor? ¿No tendrías que estar tenso en una ocasión así?

Él se adentró en la carretera, y le sonrió perezosamente.

—¿Y? —insistió ella.

—Estoy de buen humor, pequeña, porque las cosas parecen estar volviendo a su cauce. El asunto está resuelto.

—Me alegra que adivines el futuro, hagas los movimientos necesarios, y logres lo que te has propuesto...

En cambio ella era una tonta que había terminado enamorándose de él, dirigiendo sus sentimientos adonde no debían dirigirse.

—Así es.

En ese momento estaban adentrándose en los campos. Pronto estarían allí. En el lugar que contenía tantos recuerdos.

—No hay que ser tan presumido. No es muy agradable.

—Pero como según tú, no tengo ningún rasgo agradable... —él hizo una pausa, y luego dijo como sorprendido—: ¿Entonces por

qué te has enamorado de mí?

Suzanne lo miró en estado de shock.

—Estás loco —murmuró ella.

No podía desviar la vista del rostro de Dane, porque tenía curiosidad por encontrar en su expresión alguna clave de lo que acababa de decir.

—¿Sí? No había ningún hombre en tu cuarto el otro día, Suzie, ¿no es así? —preguntó suavemente. Y luego, al ver que ella no contestaba agregó—: ¿Y? ¿Había o no un hombre el otro día en tu habitación?

—Yo jamás he dicho que lo hubiera. Fuiste tú quien lo dijo.

—Pero tú no lo negaste. ¿Por qué? ¿Querías ponerme celoso?

—¡No seas ridículo!

—Estabas leyendo los papeles de la compañía que Angela había falsificado. Cuando entré, los metiste en alguna parte, y por eso tenías ese aire de culpabilidad...

Suzanne no podía creer lo que estaba oyendo. Era increíble. Pero trató de no expresar su sorpresa, y decidió mirar fijo hacia adelante.

—Sabía que te había resultado atractivo en un momento dado. Pero después me di cuenta de lo que ocurría, al ir recomponiendo el rompecabezas.

—No estoy enamorada de ti. Y no quiero escuchar lo que dices.

—Por supuesto que estás enamorada de mí.

—Si quieres pensar eso, allá tú. No tengo modo de impedírtelo.

Ahora se daba cuenta del por qué de su buen humor. Su orgullo de macho se sentía de fiesta. Porque

ahora pensaba que la tenía en la palma de la mano, para hacer lo que quisiera con ella. Era un modo de venganza por la humillación que había sufrido cuando ella lo había echado de su habitación. Ella se sentía furiosa y humillada viendo la actitud de él.

Habían dejado la carretera, y habían entrado por caminos secundarios, rodeados de campos llenos de ovejas y vacas. Bajo el brillo del sol, el verde de los campos y el azul del cielo hacían daño a la vista.

—¡No me voy a acostar nunca contigo! —dijo ella con voz trémula—. ¡Nunca!

—0 sea que admites que lo que digo es cierto.

De pronto paró el coche a un lado de la carretera. Suzanne lo miró con aprensión. Se sentía como la presa de un ave depredadora.

—¿Por qué hemos parado aquí?

—Porque estamos muy cerca de la casa. Y me parece que debemos hablar.

—No hay nada de qué hablar —murmuró ella con amargura—. Supongo que estás satisfecho. ¿Por qué no me dejaste donde estaba? —preguntó ella con pesar.

—Eras muy infeliz.

—¡Yo era feliz siendo desgraciada! —por lo menos sabía cómo enfrentarse a esa infelicidad.

—Todavía te deseo —dijo él, quemándola con la mirada. Tenía una mano en la caja de cambios, y la otra en el volante—. Me molesta admitir que es así, pero debo rendirme a la evidencia.

—¡No quiero oírte hablar de deseo! Pareces un pescador obstinado en pescar el pez que se le escapó. ¿Por qué no buscas lo que deseas en otra cama y con otra mujer? Debe haber cientos de mujeres dispuestas a irse a la cama contigo inmediatamente.

—Pero ninguna de ellas presentan el desafío que significas tú.

—¿Es ése el motivo por el que me has traído hasta aquí? ¿Porque creías que me atraparías cuando hubiera bajado la guardia, al encontrarme en un territorio tan familiar? ¿Acaso has pensado que podías conseguirme antes de que abandonase Londres definitivamente?

—No soy tan monstruoso —dijo él serenamente.

Ella, por otro lado, sabía que estaba al borde del ataque de histeria, y le reprochaba que la expusiera a semejante vulnerabilidad.

—¿Estás seguro de que no eres un monstruo?

—Parece que has aceptado la muerte de tu padre.

—¿Y por eso crees que puedes hacer cualquier cosa?

—No, por supuesto que no. Pero te he dado un objetivo en tu vida.

—Un millón de gracias —dijo ella sarcásticamente—. Me parece que has escogido mal tu carrera. Deberías estar trabajando por la paz en el mundo.

El se rió secamente. Al mirarla expresó cierta calidez. Ella desvió los ojos de él abruptamente.

—Eres muy divertida, ¿lo sabes?

—Ya me lo has dicho una vez —ella entrelazó nerviosamente sus dedos.

—Y deseable.

La palabra quedó suspendida en el aire provocativamente, como queriendo minar la resolución de ella.

Él no la tocó. Y eso parecía ser lo que Suzanne

menos podía soportar. Ella debía ser fuerte para vencer la tentación de abandonarse.

—Piénsatelo —dijo él suavemente. Y entonces encendió el motor.

Ella pensó todo el tiempo acerca de la conversación que acababan de tener. No podía dejar de pensar en ello en realidad.

De pronto llegaron al camino que conducía a la casa.

—¿Nos está esperando Martha?

—No —la expresión de él era grave—. Pero estará allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he arreglado como para que sea así.

Pasaron al lado de la casa del jardinero. Suzanne se quedó mirándola. Estaba igual. Su padre había librado una fuerte lucha con la hiedra, para que no se adueñara de la casa, y parecía que el jardinero ahora seguía en ella.

Pensamientos y recuerdos de su padre, que volvían a aparecer, desordenados y confusos.

Acudían a su mente, también, imágenes de su niñez: su padre y ella caminando de la mano, él explicándole cosas sobre los diferentes tipos de flores en los campos, y sobre los diferentes tipos de pájaros. Imágenes de adolescencia, de pronto se vio con su primer vestido de señorita, a los trece años, presentada torpemente en sociedad por su padre en un cumpleaños. La imagen era tan vívida, que en un momento dado creyó verlo aparecer por la puerta principal saludando...

—¿Estás bien? —le preguntó Dane.

Ella se recostó en la ventanilla.

—Estoy bien —contestó ella.

La casa del servicio quedó atrás, y enseguida vieron la mansión. Entonces Suzanne recordó cada uno de sus ladrillos y cada una de sus ventanas. Ella se preguntaba si a él le ocurriría lo mismo.

Después de todo hacía mucho tiempo que no la veía.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Sientes que vuelves a casa? —preguntó ella.

—¡Oh, sí! —contestó él, mirando la casa—. Todos los demás sitios han sido de tránsito. Éste era el destino al que llegaría después de estos años de distancia.

No había coches por allí. Ella se preguntó si no habrían hecho el viaje inútilmente. Luego recordó el terreno detrás de los establos, donde aparcaban habitualmente los coches.

Martha siempre había insistido en tener dos coches: el Rolls—Royce, un coche azul metalizado que solía usar su padre para llevarla de un lado a otro, y su coche deportivo, un Mercedes convertible, que ella misma conducía. Suzanne recordó a Martha, pasando a toda velocidad con la capota baja, el pelo sujeto con un pañuelo de seda.

Por un momento sintió resentimiento. Y agradeció la oportunidad que le había dado Dane de acompañarlo.

Una muchacha joven abrió la puerta. Enid, la criada que siempre había trabajado en la casa, había sido despedida. A Martha nunca le había gustado. Había sentido que la mujer no le confería la suficiente autoridad, y en cuanto había tenido la oportunidad, la había despedido, después de lo cual, había

habido una sucesión interminable de criadas que apenas duraban en su puesto.

La muchacha miró a Dane con curiosidad, pero no pareció reconocerlo.

—La señora Sutherland está en la sala, si quiere puede acompañarme...

—Sé perfectamente el camino.

La chica pareció sorprendida, pero parecía entrenada para escuchar órdenes, porque enseguida los dejó pasar y cerró la puerta a sus espaldas.

—Veo que Martha ha impuesto su gusto en la casa —dijo Dane, mirando todo, una vez que la criada se había retirado a la cocina.

Suzanne se había acostumbrado a los cambios, pero para Dane eran una novedad.

Donde antes había pintura, ahora había papel floreado, algo que no iba muy bien con un salón, que parecía perder la dignidad bajo

un bombardeo de flores con un pajarito detrás de sus hojas.

—Dijo que la pintura que tenía antes lo hacía triste.

—No fue eso lo que dijo cuando vino aquí por primera vez con mi padre.

Suzanne no dijo nada. Entonces se dirigieron al salón.

Martha los estaba esperando. Se puso de pie cuando entraron.

Estaba igual. No había envejecido nada. Llevaba un traje amarillo y un collar de perlas y una expresión de sorpresa en la cara.

—Dane, querido —dijo, recobrándose rápidamente—. Me temo que no te esperaba. Pensé que... Bueno, que el señor Martin...

—No había podido hacerlo. Estoy aquí, en cambio —dijo él.

—Por supuesto. Siéntate. Es una alegría verte —se dirigía a Dane exclusivamente, ignorando a Suzanne.

—¿Te acuerdas de Suzanne Stanton, no es así? Martha miró hacia Suzanne de mala gana. —Por supuesto. Siento mucho lo de tu padre... —Lo dudo —dijo Suzanne con amabilidad.

Y entonces cambió la atmósfera de cordialidad

por una menos artificial.

—¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos?

—preguntó Martha.

—Ella está conmigo —dijo Dane—. Le pedí que

viniera.

—¿Sí? ¡Qué curioso! —Martha desvió la vista de Suzanne, como si le desagradara mirarla, y se sentó nuevamente en el sofá—. Pero por supuesto sé toda la historia con la chica.

Ahora que se había quitado la máscara, se le veía claramente su desagrado por Suzanne, y en su hermosa cara, parecía empezar a notársele la edad.

—¡Pero qué poco original, Dane, querido! Pensé que eras más listo.

Hubo un silencio espeso. Dane tenía tal expresión de desagrado, que Martha se vio obligada a mirar a otra parte.

—¡Sería una buena idea que no hablase de mí como si no estuviera presente! —dijo Suzanne con rabia—. Si quiere insultarme, por lo menos tenga la valentía de hacerlo con clase, en mi cara.

Suzanne sabía que el hablarle de «clase», sería un golpe certero.

—Bien. En ese caso, no sé qué es lo que está haciendo mi hijastro con una embustera como tú —miró a Dane—. Si tu padre supiera lo que estás haciendo, se caería en su tumba nuevamente.

—¿Y de dónde viene tu información? ¿0 no hace falta que pregunte?

Martha se rió, en el momento justo en que se oyó un golpe en la puerta.

—Estás en la pista correcta. Y como tú tienes tan pocas ganas de recuperar viejos tiempos como yo, voy a ir al grano, Dane. Tu viaje aquí ha sido una pérdida de tiempo. Sé a qué has venido, y has cometido un error. Por una vez en tu vida, te has equivocado —sus ojos expresaban odio.

Suzanne se preguntó qué había detrás de todo ese asunto entre ellos.

La puerta se abrió, y todos giraron la cabeza para

ver quién aparecía. Era una escena muy teatral. Pero

con un elemento de peligro que el escenario no hubiera propuesto.

Dane apenas alteró la expresión. No pareció sorprendido. Pero Suzanne no podía entender qué hacía allí Angela

—Me preguntaba cuándo ibas a venir aquí —dijo Angela, sentándose al lado de Martha.

Las dos mujeres se parecían mucho. Parecían madre e hija. Las dos rubias, las dos con sonrisa de serpiente. 0 sería el gesto lo que las igualaba. Un gesto de triunfo.

—Te lo advertí —dijo Angela, mirando a Suzanne—. Pero por supuesto, tú no podías abstenerte de contárselo. Y ahora has arruinado los planes de Dane. Podría haberme marchado simplemente con una suma de dinero interesante, un dinero que bien me merecía. Pero tu pequeña amante lo descubrió todo, así que, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Hay otro comprador —dijo Martha—. He tenido conversaciones con Geoffrey Martin y Greg Thompson. Has perdido el tiempo. La empresa ya está vendida.

Suzanne no se atrevía a mirar a Dane. ¿Sería cierto lo que decía Martha? ¿Se la habría dejado quitar de las manos? Se sintió desfallecer. Ya no le importaba que ella no fuese importante para él. Lo quería tanto...

Dane fue hacia la puerta que daba al patio, y se quedó mirando.

—No debiste mezclarte con esa chica. Si no lo hubieras hecho, nada de esto habría ocurrido.

Dane se volvió a mirarlas.

—¿De verdad piensas que eres más lista que yo, Angela?

Las palabras cayeron en un silencio espeso.

Angela y Martha expresaron cierta confusión.

—Los directores de la compañía...

—Han estado trabajando para mí —terminó Dane la frase—. Han estado en contacto conmigo desde el mismo día en que me fui a Inglaterra. La compañía, querida, ya no te pertenece.

—Me aseguraron... —comenzó a decir Martha débilmente, mientras se incorporaba. Luego, aturdida, volvió a sentarse en el sofá, nerviosamente.

—Me han informado de todos los movimientos. No había vez que no abrieses la boca para respirar, que no me informasen de ello, a kilómetros de distancia —Dane caminó hasta el centro de la habitación—. El contrato ha sido firmado anoche. Las negociaciones están completamente terminadas. Y en cuanto a ti —dijo él, dirigiéndose a Angela—. Vas a tener que devolver cada céntimo que has estafado, así tengas que fregar casas para hacerlo, porque, te lo aseguro, va a serte muy difícil conseguir un trabajo, tanto aquí como en América, por el fraude que has cometido. La mayoría de las empresas no quieren empleados que actúan contra sus jefes, en beneficio propio.

—No puedes hacer eso —dijo Angela, con voz trémula.

Él no se molestó en contestarle. Luego señaló a Suzanne, que estaba muda ante los hechos y palabras que habían salido a la luz.

Se acercó a Dane, y para su sorpresa, éste la rodeó por los hombros.

—Me parece que te olvidas, Martha, pero esta casa me pertenece. Quiero que te vayas y que te lleves todas tus pertenencias, a lo largo del día de hoy.

—Pero, ¿dónde iré? —preguntó Martha con horror.

Angela y Martha tenían una expresión de gran turbación. Parecía que el mundo se había hundido a sus pies.

—Supongo que todavía tendrás algo de dinero de la herencia de

mi padre. Úsalo. Puedes llevarte los coches si quieres. Véndelos si te hace falta. Suzanne se asegurará de que te vayas en el tiempo acordado —Dane miró a Suzanne. Luego agregó con voz amable—: Ella tiene todo el derecho del mundo a querer que te vayas de este lugar, porque tengo intención de casarme con ella.

Capítulo 10

SUZANNE se quedó estupefacta. Y no pudo hablar con Dane sobre la afirmación que acababa de escuchar hasta unas horas más tarde. Las cosas, desde que él había hablado, marcharon muy deprisa.

Ella no sabía si él quería que ayudase a Martha a recoger todo, pero parecía que sí, porque él se había ido al estudio a arreglar algunos asuntos, y había dejado a ambas mujeres haciéndose compañía.

Una de las cosas que él tenía que arreglar era el tema de Angela, quien lo siguió por el corredor protestando.

Suzanne, a pesar de la amargura acumulada a lo largo de años, empezaba a sentir cierta pena por Martha, pero enseguida se le pasó, porque la actitud de ésta no era en absoluto de dulzura hacia ella, después de que sintiera que la echaban de su castillo.

—Supongo que no puedes esperar a desquitarte —dijo Martha furiosa.

No le dio la oportunidad de contestarle, y además, se dedicó a proferir un monólogo de insultos, mientras recogía sus pertenencias.

Después de un rato, Suzanne recorrió las habitaciones con Martha, asegurándose de que no se había olvidado nada en ellas.

¿Realmente Dane tenía intención de casarse con ella? ¿0 lo había dicho para molestar a las dos mujeres?

Martha había tirado su ropa cara en sus elegantes maletas. Y cuando Suzanne comentó sin ánimo de ofender, que tendría mucho trabajo en deshacerle las arrugas a la ropa, la mujer la miró con odio, y se pasó cinco minutos despotricando, e insultando a todos: a Dane, al señor Sutherland, al padre de Suzanne. Y hasta se quejó de vivir en una mansión a millas de distancia de las buenas tiendas.

Suzanne tenía la mente ocupada en especulaciones acerca de las palabras que había pronunciado Dane, y en tratar de poner todas las piezas del puzzle donde correspondían.

Al anochecer, Martha ya había recogido bastantes cosas. Se había llevado todo lo que consideraba suyo, incluso algunas cosas que Suzanne sospechaba que no eran de su pertenencia, pero que no se molestó en advertir a Dane, hasta un tiempo después.

Martha le había echado el ojo a varios cuadros, defendiendo su propiedad sobre ellos, a lo que Suzanne había insistido en que hablase con Dane antes de llevárselos, ya que pertenecían a la familia, y habían pasado de generación en generación. Martha, finalmente, había aceptado la derrota.

Martha estaba en medio del hall, rodeada de bolsas y maletas de varios tamaños, y entonces apareció Dane. Fue un alivio para Suzanne, porque ya no sabía qué más tenía que hacer después de que Martha recogiera todo.

—¿Está todo, Martha? —le preguntó Dane, con estudiada cortesía.

Martha tensó el rostro. Dane volvió a rodear los hombros de Suzanne, como lo había hecho antes, cuando había dicho que se casaría con ella. Y fue imposible no especular nuevamente sobre cuáles serían sus intenciones verdaderas.

—Espero que tu consciencia cargue con esto el resto de tu vida —dijo Martha con odio.

Angela se había ido ya. ¿La habría echado antes Dane?

—Igual que tú con el peso de haber echado a los trabajadores de la casa sin el menor miramiento. Tú, por lo menos, tienes la posibilidad de arreglártelas hasta que encuentres otro hombre rico.

Martha los miró alternativamente.

—No puedo decir que os deseo felicidad. Me da igual que vuestro matrimonio sea un fracaso o no. Lo que sí me atrevería a decir es que has trabajado duro para conseguirlo, querida, pero no podrás retenerlo, como te puedes imaginar. Eres demasiado simple para él —le dijo a Suzanne. Y luego agregó mirando a Dane—: Entre nosotros hubiera sido distinto, Dane.

Suzanne no podía dar crédito a sus oídos.

—No lo creo, Martha —y apretó más a Suzan

ne—. Además, me parece que ya es hora de dejar esas historias, ¿no crees? Harry está esperando para llevarte en el Rolls—Royce. El resto de tus pertenencias te serán enviadas a la dirección que nos dejes.

—América —le dijo Martha desafiándolo.

Él no contestó.

—Angela y yo hemos decidido hacer negocios juntas. Tenemos intención de montar una empresa de diseño de interiores. Angela

dice que hay mucho campo en los Estados Unidos para explotar mi estilo de decoración.

Suzanne disimuló la risa bajando la cabeza. Aunque, desde luego, tesón no les iba a faltar para convencer a los clientes de cualquier cosa que quisieran.

Cuando Martha se marchó, Dane le puso las manos sobre los hombros a Suzanne y le dijo:

—Y ahora, tú…

Ella se puso nerviosa. No sabía qué iba a pasar.

—Yo —dijo ella, desviando la mirada.

Él le acercó la cabeza, y le sonrió.

—Me parece que tenemos algo pendiente tú y yo.

Su corazón dio un respingo.

—Dane… —empezó a decir ella.

—No me digas que ya vas a discutir con tu futuro esposo —murmuró él.

Y ella sintió que se le aflojaban las piernas.

—Tú no tienes intención de casarte conmigo…

—¿No?

—Ha sido sólo un golpe de efecto.

—¿Estás segura? —la llevó hasta la biblioteca que siempre había admirado tanto desde niña, y luego la condujo por el corredor, donde los custodiaron los retratos de los ancestros de Dane, y terminó el recorrido en la puerta de su dormitorio.

Esa habitación, por lo menos, no había sufrido los estragos de las manos de Martha. Estaba pintada de azul; los muebles eran de madera oscura y desde las ventanas se divisaban los jardines y campos de los alrededores.

—Mi dormitorio —dijo él.

Y luego acarició el rostro de ella. Al contacto de su mano la piel de Suzanne pareció quemarse.

—¿Realmente quieres casarte conmigo? —preguntó ella.

Él se rió suavemente.

—Lo dices de un modo que pareciera que voy a
meterme en algo horrendo.

—¿Lo que quieres es casarte conmigo para poder acostarte conmigo?

—¿Y eso es tan tremendo?

Ella sintió que volvía a pisar la realidad, después
de sentirse entre las nubes.

—Sí, sí sería tremendo —ella intentó soltar la mano de él, entrelazada aún a la suya, pero él no se lo permitió.

—En ese caso... —él se inclinó hacia Suzanne, y hundió sus dedos en la cabellera de ella—. ¿Qué te parecería si te digo que quiero casarme contigo porque me he enamorado perdidamente de ti? ¿Eso estaría mejor?

—¿Que te has enamorado de mí?

—Siempre igual. Repitiendo todo lo que yo digo. Una mala costumbre.

—Por favor, Dane, no bromees.

—¿Bromear? ¡Oh, mi querida! —él la besó suavemente primero, y luego de una forma más íntima—. Nunca he hablado más en serio en mi vida. Hace años, cuando empecé a conocerte, me pareciste una cosita muy interesante... ¿Cómo iba a imaginarme que te transformarías en una bruja capaz de hechizarme de este modo?

Ella lo rodeó con sus brazos.

¡La amaba! Suzanne se sentía en la gloria...

El la alzó y la colocó en el medio de lu cama de matrimonio. Entonces se echó junto a ella, y la miró intensamente.

—No sé cuándo me di cuenta de que me sentía atraído por ti. Creo que el mismo día en que fui a verte a aquel estudio horroroso, hubo algo en mi interior que empezó a bullir. No había ido a buscarte. Pero al verte supe que tenía que llevarte conmigo. Me dije muchas veces que era un sentimiento altruista simplemente, pero más adelante me descubrí pensando en ti cada vez más, y siempre que estaba contigo no podía dejar de mirarte y de tenerte en mi mente.

—¡Pero yo estaba gorda! —dijo Suzanne alegremente.

Ella había sentido lo mismo que él. Pero quería que él siguiera hablando.

—¡No creas nunca que tu tamaño es un impedimento para ser extremadamente atractiva! —murmuró él, desabrochándole la blusa, y deslizando su mano sobre el sostén, acariciándule el pecho. Ella entonces se lo desabrochó, y él gimió de placer.

—Cuando apareciste vestida de ese modo en esa maldita fiesta, y los hombres no te quitaban los ojos de encima, me volví loco de

celos. Nunca había estado celoso. Siempre me había parecido un sentimiento un poco pueril, pero estaba desquiciado. ¡Hubiera querido encerrarte en una habitación para que te cambiases de ropa!

Él le acarició la juntura de los pechos con la lengua. Luego los pezones. Ella sentía que se hinchaban y endurecían bajo la humedad de su boca. Y apretó su cabeza contra sus pechos más y más.

Entonces él se desnudó rápidamente, como queriendo abreviar el rato que no estuviera a su lado. Ella entonces también se desnudó, y se encogió desnuda, ante la mirada de él.

—Pero sin embargo en la cocina me reprochaste ir vestida así —dijo ella.

Él se sonrió secamente.

—Si mal no me acuerdo, también quise llevarte a la cama conmigo.

—Yo lo deseaba —confesó Suzanne.

—Lo sé. Eso era lo peor. Sabía que me deseabas, y eso me volvía más loco todavía, porque sabía que no ibas a dar tu brazo a torcer.

Él le acarició las piernas. Y ella las abrió para que él pudiera sentir su deseo con la palma de su mano.

—¿No crees, como Angela y Martha, que yo sólo iba a entregarme cuando pagases el precio que yo quería? —dijo ella a la ligera, pero en realidad en su voz se notaba la amargura de esa idea.

El la besó suavemente en la comisura de la boca, mientras sus manos la recorrían expresando la pasión entre ellos.

—Nunca se me ocurrió. No intentaste seducirme, con esa boca tuya, ¿no te parece? Además, Angela y Martha sólo ven en los demás sus propios defectos. Angela quería mi dinero, y Martha, el dinero de mi padre. Y lo consiguió por fin.

—¿Te fuiste porque Martha no te gustaba, no es así?

—Me fui porque ella intentó seducirme una vez. Aún vivía mi padre; ella entró en mi habitación, y trató de convencerme de que hiciera el amor con ella. La única razón por la que me quedé esos meses en casa fue por mi padre. Pero cuando falleció, no pude permanecer un minuto más en esta casa.

Suzanne lo miró horrorizada.

—¿Fue entonces cuando decidiste volver y quitarle la empresa?

—Decidí hacerlo cuando me di cuenta de lo rápido que se había venido abajo. Mi padre sacó adelante esa empresa él solo. Y Martha la trató como si fuera un juego, echando gente sólo por motivos personales. De todos modos debo admitir que había un elemento de venganza en lo que hice también.

—Casi no lo logras.

—Pero lo logré, mi querida, lo logré. Y ahora, dejémonos de hablar. Hay cosas más interesantes que hacer —sonrió él.

E hicieron el amor con una intensidad que la dejó sin aliento.

Esta vez no hubo freno, ni voces que le dijeran en su cabeza que estaba haciendo algo malo.

Él le acarició los pechos, los besó, los lamió suavemente. Su boca la acarició desde su estómago hasta el pubis. Ella gimió de placer y disfrutó de esas caricias tan íntimas.

Ella respiraba rápidamente, cuando finalmente él se introdujo dentro de ella, primero con ritmo suave, luego algo más enérgicamente, y finalmente más rá

pido, provocando en ella un aumento de sensaciones de placer que pedían urgentemente satisfacción, y luego pedían más placer.

En la cama, con él sintió como si hubiera encontrado lo que había estado buscando siempre. Había sentido esa profunda comunión del espíritu y el cuerpo, que hacía insignificante cualquier otra cosa a su alrededor.

Se puso de lado y se apretó contra la cara de él.

Ya no debía temer expresar sus emociones. Podía disfrutar de la libertad de mostrar sus sentimientos.

—¿Sabes? —dijo él perezosamente, mientras ella le dibujaba los rasgos de la cara con sus dedos—. Te hubiera matado si hubieses llevado a cabo tu plan de irte a vivir a otro sitio.

—¿Sí? —sonrió ella.

—No, en realidad te hubiera seguido a cualquier lugar adonde hubieras ido, y te hubiera armado una escena, hasta que volvieras junto a mí.

—¡Qué hombre más civilizado! —dijo ella riendo.

—¿Es vergonzoso, no? —él le guió la mano hasta el corazón de su masculinidad, y le hizo hacer círculos con los dedos.

Ella disfrutaba de aquel aprendizaje. Y le gustaba descubrir el

deseo que podía despertar en él, haciéndolo echarse hacia atrás, y gemir de placer.

Después de un rato, ella se puso de rodillas encima de él. Sus pechos pesados lo rozaban. Él tomó uno de sus pezones en su boca, y lo succionó. Ella se quejó de placer.

Cuando él hundió su cabeza entre sus pechos, ella se bajó y se deslizó por encima de él, y como

una novata que hubiera descubierto la llave de la felicidad, ella le hizo el amor, maravillada ante aquel sentimiento de amor verdadero.

—Tú, lasciva traviesa —lo oyó murmurar.

Ella se arqueó de placer. Y él le tomó los pechos otra vez, y los acarició.

Estaban tan unidos que parecían una sola persona. Una fusión del alma y del cuerpo. Ella cerró los ojos para disfrutar mejor de aquellas sensaciones que enloquecían cada poro de su piel.

Cuando vio que oscurecía, se dio cuenta de que habían pasado mucho tiempo juntos en la cama.

—Te amo —le dijo ella sobriamente—. No te estoy diciendo nada que no sepas. Me quise morir cuando me dijiste que sabías que yo te amaba —Suzanne estaba de espaldas, con la cabellera alborotada a su alrededor.

—Lo hubiera proclamado a los cuatro vientos. Estaba orgulloso de haberlo descubierto... Pero, de momento, no me has contestado a mi proposición de matrimonio.

—¿Todavía lo dudas después de que has sido tan persuasivo? Me parece que ya no puedo rechazar esa proposición.

—Me parece que eso acelera tu regreso aquí —le dijo él—. Mantendré mi piso en Londres, pero quiero volver aquí para arreglar todo lo de la empresa.

Suzanne no dijo nada. Pero estaba encantada con la decisión de Dane.

Ahora que estaba lejos de la ciudad, y de su constante ir y venir de gente y ruidos, se daba cuenta de que su lugar estaba ahí, en esa casa, y no en Londres.

Aunque Londres había servido para sus propósitos.

—¿Qué sientes ante la perspectiva de vivir aquí? ¿En la casa? ¿No están demasiado cerca los recuerdos de tu padre?

——Mis recuerdos son buenos. Será agradable vivir aquí. Espléndido.

—Puedes decorarlo como tú quieras —ambos se rieron, teniendo en mente la decoración extravagante de Martha.

—Tal vez te acostumbres a su decoración si tienes que convivir con ella —dijo Suzanne riendo.

—¿Y no será perjudicial tener que usar gafas de sol todo el tiempo en las habitaciones, para soportarlo?

—Cierto. Eso puede que sea un problema.

De pronto ella pensó en ser la dueña de esa gran casa, una casa que había amado aun siendo la hija del chófer. ¿Qué pensaría su padre si la viera allí, ocupando ese lugar? Probablemente se habría sentido feliz. No tocaría para nada la casa del servicio y sus alrededores y cuando sus hijos crecieran, podrían ir allí cuando quisieran.

—¿Cómo te sientes al ver que Martha ha tenido que abandonar el lugar? —preguntó él.

—Pienso que ha sido una mujer muy estúpida —Suzanne le dijo —. Se casó por dinero, y pagó el pecado arruinándolo todo después de que tu padre murió. Pienso que, en cierto modo, no pudo refrenarse. Se vio de pronto con posesiones, riqueza, y poder, y abusó de ellos. Trató a todos como si fueran inferiores a ella, excepto aquéllos a los que consideró de su nivel social, y, por supuesto, a quien le pudiera hacer un favor. Nunca se imaginó que regresarías a vengarte. ,

—No. En tres años se confió —dijo él.

Dane hablaba con satisfacción. Y Suzanne la compartía. Éste era su hombre, su amante, su amigo, su marido, su protector, y todo lo que le hiciera falta.

—¿No tienes miedo de que yo termine como ella? —bromeó ella, dándole un beso suave en los labios, porque no podía resistir la curvatura sexy de su boca.

Él sonrió con tanta ternura, que su corazón se sintió feliz.

—¿Tú? Tú, mi querida, eres un diamante en bruto —y le devolvió el beso, moviendo la mano hacia su pecho—. Tengo miedo de que alguien lo descubra y quiera raptarte.

—Soy lo suficientemente mayor para poder con cualquiera que quiera raptarme —le aseguró ella, y él rió.

—Y ahora viene la segunda proposición: que te unas a la empresa. Has demostrado de sobra que puedes ser tan obstinada como yo cuando te lo propones, y que te metes hasta el fondo de las cosas. Quiero que lleves la parte financiera de la empresa, al menos hasta que se levante un poco.

—¿Y entonces?

—Y entonces, mi amor —le besó los ojos y le tomó el rostro—, ¿Quién sabe? Tal vez no quiché seguir trabajando.

—¿De verdad lo crees? ¿Y cuál puede ser el motivo por el que decida no trabajar más?

—Lo sabes tan bien como yo —le acarició la barriga.

—Quizás lo sepa —contestó ella—. Pero, ¿no sería mejor ver qué podemos hacer en relación a ese tema, en lugar de hablar?

No podía imaginarse nada más hermoso que llevar un hijo de Dane en su vientre…

Cathy Williams — La mejor amante (Harlequín by Mariquiña)